



Francisco Candel

# BARRIO



Con BARRIO, Francisco Candel ha escrito uno de sus mejores libros. ¡Y cuidado que se le advirtió! "Haznos un libro ligero, amable, de esa parte de la ciudad que todos olvidan y muy pocos visitan, un libro para esta colección del RECUERDO, complemento de otros que se dedican a la ciudad".

Pero Candel, obstinado él, se ha dejado de recomendaciones y ha escrito un ensayo, una historia, una biografía y hasta una confesión del BARRIO. Hemos calculado que para manejar y ofrecer los datos que Candel nos entrega en este libro, un equipo de sociólogos, estadísticos, sanitarios, técnicos, urbanizadores y educadores, hubiesen necesitado varios meses y algunas máquinas para ordenar los materiales. Y aún así, no les hubiera salido un libro, una confesión tan completa como la de este barrio —por antonomasia, todos y cada uno de los suburbios españoles—. Pero es que de algo ha de valer la experiencia humana, el vivir día a día los problemas, el ser, desde los tiempos de "Donde la ciudad cambia su nombre" y "Els altres catalans", el escritor español que más y mejor conoce los problemas de esas aglomeraciones —casas y hombres— que les brotan a las ciudades.

Este libro, BARRIO, nos atrevemos a decirlo, es un complemento y resumen de los dos que hemos citado y asombra pensar como un sólo hombre ha calado tan hondo y ha escrito tan completo. Aquí está todo: ratas, lozadales, escuelas, transportes, moscas, chabolas, inmigración, la ciudad que crece y anega. Y, en el centro, "los otros ciudadanos", los seres humanos, aceptándolo todo, pero también luchando por su condición social. Y si este espectacular, tremendo libro le ha salido así al Candel, ¿qué podía hacer el editor? Ponerle fotografías (excelentes, por cierto, de Luis Viadel), ponerle tapas y, en suma, editarle. Este libro no les va a divertir; pero les va a enseñar muchas cosas que desconocen y a no dudarlo, va a ser un libro para estudiosos, para técnicos, para educadores. Y es que cuando un hombre tiene talento y está "ahí", suceden estas cosas.

Los libros  
del Recuerdo







*Los libros  
del Recuerdo*



Fotografías de Luis Viadel

Francisco Candel  
**BARRIO**

*EDICIONES MARTE / BARCELONA*



W. 10. 22  
3 URB- 384

VICTOR URRUTIA

© Francisco Candel, 1977.

EDICIONES MARTE

Concilio de Trento, 131.

Galería Comercial, 18 / Barcelona - 5

☎ 3076565

Primera Edición: Marzo 1977

Fotografías: Luis Viadel

Diseño de Angel Ardévol

ISBN 84-7249-118-8

Depósito Legal: B. 6.099-1977

Gráficas Manuel Pareja

Montaña, 16 / Barcelona-13

Impreso en España / Printed in Spain

1

Bueno, aquí, lo inmediato que cabe advertir, antes de tirar adelante, dejémonos de monsergas, es que yo soy un barrio. A fin de cuentas, igual, luego, lo tendríamos que decir. Porque las literaturas de ahora juegan a estas bromas. Rodeos, rodeos, y tú diciendo: de qué se trata, de qué se trata, y ellas, pam, a las tantas páginas o puntos y aparte, pam, la sorpresa, pam, se trata de esto: de una gaviota que vuela como un avión o de que la vida es una mierda, sorpresa, por otra parte, que no es sorpresa, pues ya todo el mundo se lo calaba. Bien. Entonces, aquí, fuera sorpresas. Yo soy un barrio; nada tampoco de un niño balbuceante que cuenta su pícara y lacrimógena historia. Sí, porque hasta ahora, los únicos que en el mundo han sido, eco: hablado, pero hablar de verdad, nada de figuradamente, han sido los hombres, bien sean niños-futuros-hombres, bien sean hombres-que-fueron-niños. Tanto da. Los animales también lo han hecho, hablar, amén de rebuznar, balar, mugir, rugir, au-lar, ladrar, graznar, croar, gañir, la tira de tales sonoridades, pero han hablado articulando palabras a base de voz prestada. A los animales les han dejado su voz los fabulistas y cuentistas. A algunas cosas también les han prestado la voz estos egregios —ilustres, insignes, chulos— elementos, sobre todo a los objetos inútiles; y a los

árboles, y a las plantas, y a las flores; incluso a las frutas y a las hortalizas. Aunque estas especies vegetales han recibido tal voz de los poetas, que son más egregios —majetes— que los fabulistas y cuentistas. Sin embargo, a los barrios, nadie nos ha querido dejar su timbre articulado. Nadie. Los barrios no hablamos, aunque producimos ruido, mucho ruido, y, a través de las asociaciones que nos representan, nos hacemos oír. De todos modos, yo, ahora, no redacto una instancia ni presento unos pliegos de firmas ni escribo una carta de reclamación. No. Yo, ahora, solamente hablo, sólo me propongo hablar a la buena de Dios, sin ton ni son y a lo que salga, soltando lo que a mí me suelte mi inspiración, y si se me escapa algún disparate, que se me escape. Mejor. Yo, para ello, para que me oigan, le he alquilado —nada de pedir prestado— su vocinglería al Candel, que no es fabulista ni cuentista, ni tampoco poeta, ni siquiera literato, dice él, únicamente escritor, cosa que a mí me parece ya mucho, y escritor de oficio, como dice él, que todavía me parece más, puesto que da a entender que igual aprovecha para un roto que para un descosido, roto o descosido literario, se entiende, o sea, lo que le echen, y por eso, ahora, ha aceptado mi encargo, aunque yo me huelo que Francisco Candel —el Candel; a él le gusta que lo





llamen así— ha aceptado mi petición por algo simplemente visceral: porque él es carne de barrio prácticamente desde que nació, y carne de barrio pobre, además, que son los auténticos barrios, ya que los barrios ricos no son barrios, son mixtificaciones —aparentar esto y ser lo otro—, o ni eso. Candel es carne de barrio y carne de barrio morirá. Allá él y allá se las componga. En este piojoso mundo todos tendemos a escapar de nuestro maldito sino, sobre todo porque es maldito, rigiéndonos siempre en tal baremo de lo maldito por la maldición económica —baremo: libro de cuentas ajustadas, pero, en este caso, manera de medir o calcular. Lo que pasa es que existen los que esto no lo podrán conseguir en jamás de los jamases porque ello está reñido con el destino que le trazaron los dioses. En mi caso, los dioses son los urbanizadores al servicio de la especulación, y a mí ya me parieron así: pobre, desgraciado, deficiente, atornillado a una zona ídem: pobre, desgraciada, deficiente...

Paréntesis:

(Pobre, desgraciado, deficiente, sí, pero alegre. ¡Ole! ¡Viva la alegría! Bueno, bueno; ¿viva la alegría?, pues viva. Como decía aquel: muchos piropos, pero no comemos. Lo decían en una película antigua en la que el chico me han explicado que era el Angelillo, un cantaor que ya pasó de moda. El Angelillo este era algo así como un chulillo, de familia pobre y necesitada, muy necesitada. Como era tan pinturero, siempre contaba que cuando salía a la calle echaba piropos a las chicas, hasta que el hermano pequeño, muy pragmático él —tocar con los pies en el suelo—, que no crecía a causa de la gazuza, siempre replicaba: muchos piropos, pero no comemos. Porque su hermano mayor era un vago que no daba golpe.)

Punto y cerrado el paréntesis.



Los barrios son los pueblos de las ciudades, ha dicho mi copiadador. Lo dijo en una novela suya llamada *Esa infancia desvaída*. La novela la contaba un tal Celedonio, un chavea majete y tal, que hablaba así, en golfante, como yo, como en el fondo hablamos en los barrios, como de verdad-de verdad hablan los barrios, como escribe mi transcriptor, por eso le busqué a él para la chapuza. Transcribir es copiar. Candel sólo copia lo que le digo. Con Celedonio, y en *Esa infancia...*, no sé cómo se las apañaron, quién tiró de quién, quién obedecía a quién. Aquí salta a la vista que voy a ser yo quien lleve las riendas en el asunto. A fin de cuentas, y puestos a escoger —si ellos hubieran querido, eso siempre, que uno es demócrata y nunca obliga a nadie—, yo hubiera podido elegir tranquilamente entre bastantes plumíferos que hoy en día le atacan con gusto a esto de los barrios en los periódicos —atacan defendiéndolos, ojo—, y que lo hacen de rechupete. Tales escritores, con esos sus temas, han hecho pupa a mucha gente. Entendámonos. No es que hayan fastidiado a los habitantes de los lugares que han denunciado y puesto en evidencia, no. A éstos les han ayudado. A quienes han hecho pupa con lo tratado ha sido a otra clase de gente, gente que más que gente son guntuza, sobre todo a poderosos y envidiosetes, a los primeros por los temas en sí y a los segun-







dos por la insistencia en tocar esos temas, hasta el extremo de que estos segundos han bautizado a esta clase de escritores con los apelativos —esto es: sobrenombres— de “barriobajeros”, “barraquistas” —antes, y en cuestión de barrios, las barracas siempre ocupaban un puesto singular, pues quedaban muy literarias además de muy merecedoras— o “populistas”, especialmente “barraquistas” y “populistas”. Yo creo que estas

definiciones son muy hermosas, pero como los envidiosos las pronunciaban en tono despectivo, hay que creer que no, por lo menos referidas al arte de escribir, arte que explicando estas cosas se ve que no es tanto arte. Incluso, y de la revista que durante un tiempo llegó a dirigir uno de estos escritores, se dijo, por abundar en tal temática número sí, número no —los detractores decían: número sí, número también—; se dijo,

acusándola de escatológica —relacionada con lo excrementicio, en este caso— que parecía una “claveguera”, palabra catalana que, en castellana, quiere decir “cloaca”. Todos estos escritores escriben sobre mi idiosincrasia —modo de ser de cada uno— más científicamente que el Candel, con más pelos y señales geográficos e históricos, más doctrinariamente, o con más conocimiento de la doctrina, pero yo le he escogido a él por lo que le he escogido, y aunque eso no es una razón de peso, pues lo es. Esos otros escritores beneméritos —que merecen premios y honores—, paladines de los barrios, adalides suburbanos —paladín es defensor; adalid es guía y capitaneador, sobresaliente—, son, más o menos,

el Huertas Clavería, que anduvo sufriendo de prisiones a causa precisamente del escribir, el Jaime Fabre —estos dos, además de escribir de los barrios en los periódicos andan recopilando barrios barceloneses en varios libros—, el Rafael Pradas, el Manuel J. Campo, el Ignasi Riera, otros que no puedo recordar. Pero —me pongo pesado insistiendo— yo escogí al Candel por lo que lo escogí; por eso del lenguaje que dije, del mío asequible al suyo, del suyo asequible al mío, y sobre todo, ahora que lo pienso bien, a qué disimular, porque él vive dentro de otro hermano mío aquí al lado mismo de donde yo estoy. Así es que el trabajo, a ambos, nos resulta más cómodo, y esto siempre hay que mirarlo.





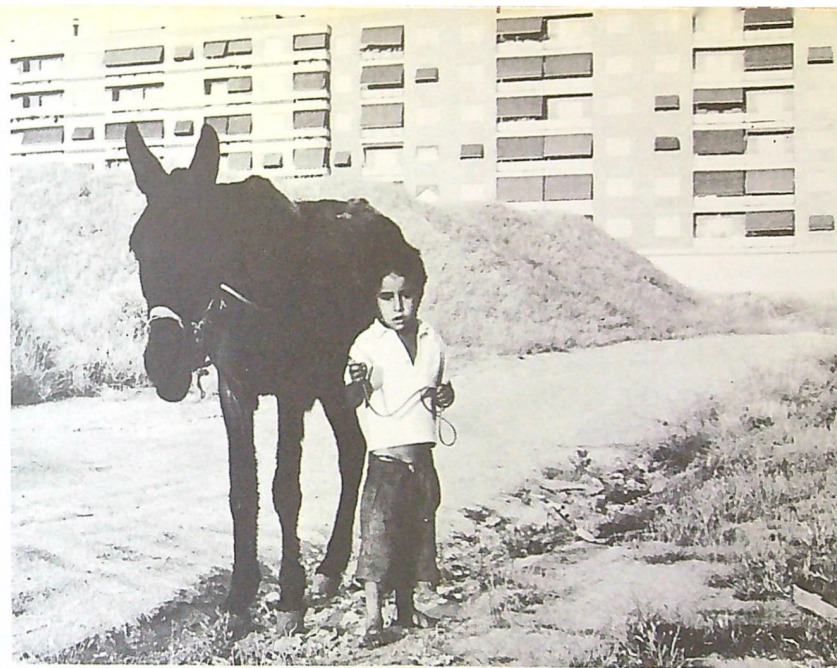
Los barrios son los pueblos de las ciudades. Tiene gancho la expresión; hay que reconocer que la oración es bonita. Para quedar como un tío he querido emularla —rivalizar haciéndolo mejor—, pero no he sabido superarla. En lugar de frase me sale un trabalenguas. Para morirse. Repitamos: los barrios son los pueblos de las ciudades. Démosle la vuelta, pam: las ciudades son los pueblos de los barrios. No. Los pueblos son las ciudades de los barrios. Tampoco. Los pueblos son los barrios de las ciudades. Menos. Las ciudades son los barrios de los pueblos. Que no, macho, que no. Las ciudades son los barrios de las naciones. Esto ya es más plausible, digno de aplauso, admisible; aunque aquí también equivale a posible. Mas esto no deja de ser un tratar de hinchar el perro, perro que se nos ha desinchado ya demasiado. Los pueblos y las ciudades son los barrios de los estados o naciones. Mejor que abandonemos el campo de la fraseología, que aunque no quiere decir hacer frases, sino ordenarlas, aquí como si lo dijera. Así es que dejémoslo. Así es que dejado. Pero dejado de dejar, claro, de dejar las cosas a un lado, no de prestar, no de prestarlas, ¿entendido? ¡Qué poco me sé explicar! Candel, Candel... El, y además de la frase de marras, fue y también dijo: los barrios son ciudades pequeñas, pero aún tienen más ca-





racterísticas de ciudades pequeñas los pueblos. ¡Qué tío! Igual que las naciones tienen provincias, las ciudades tienen barrios. ¡Qué tío! A él —ahora que no le dicto y que no creo pueda leer mi pensamiento os lo digo— le salían las frases a punta pala, sin embargo, y aquí, no me quiere echar una mano. Dice que todo me lo tengo que hacer yo. Eso mismo les dice la gente que va a los barrios a los que viven en ellos. Estos últimos han aprendido al final la lección y les sueltan, a los que así les adoctrinaban, que “ya” no tienen por qué poner los pies por allí. Ahora son ellos quienes dan lecciones a los otros. En los barrios se “está” y se “es”, nada de “ir” a visitar la reserva india. Yo no entiendo mucho este lenguaje cifrado, pero sé que tiene su miga. Al mismo tiempo, esos que viviendo en los barrios o siendo de los barrios —yo creo que más “siendo” que “viviendo”, pues se puede “vivir” y no “ser”— han aprendido la lección, se la repiten a los otros camaradas o paisanos que no están tan chulamente rebozados de política y cultura como ellos. Todo os lo tenéis que hacer vosotros mismos; no tenéis que esperar a que vengan los de fuera a sacaros las castañas del fuego. La gente dice bueno y va dejando que hagan lo que sea los demás, aunque cuando a ellos les apechugan e incordian también acaban por hacer algo, también.

De todos modos creo que tendríamos que aclarar un poco esa frase tan bonita de los barrios pueblos de las ciudades, ya que tampoco es muy tajantemente cierto, pues de pronto uno va y descubre que un pueblo no es una unidad, y si no es una unidad no puede erigirse en gajo, porción o lote de esa naranja, pastel o “un todo” distributivo que es la ciudad. A ver si nos expli-



camos. Sí, veréis. Un pueblo es un conjunto en miniatura de casas, calles y plazas. Su miniatura es lo que hace que no llegue a villa ni ciudad; y esa su miniatura es lo que le otorga semejante sensación de homogeneidad —esto es: igualdad, género único, no discrepancia—, esa sensación de ser un todo compacto y no andar dividido, ser armónica unión, un uno, en una palabra, y no un dos o un tres o el número que sea. Y de ahí, de esa aparente sensación, ha venido el intentar meterlo o incrustarlo, digamos que metafóricamente, que es lo mismo que de un modo figura-

do —diciendo que los barrios son los pueblos—, como elemento único e indivisible en el contexto —algo considerado en su conjunto y enlance— de la ciudad. ¡Ejem! Pero resulta que no, o que no es del todo así, ya que hay pueblos que no son un todo compacto porque les pasa lo que a la ciudad, que también tienen barrios, dos o tres, y hasta cuatro. La diferencia con las ciudades es que éstas tienen a veces hasta cien. ¡Sopla! Barcelona, por ejemplo, cuenta con sesenta y cuatro. En una más populachera división llegaríamos a esos cien y hasta pasaríamos. Mi



transcriptor, que por lo visto pensaba como yo en esto de los pueblos sin barrios, me hablaba de la sorpresa que tuve una vez que fue a conferenciar precisamente sobre nosotros los barrios a un barrio perteneciente a un pueblo, al barrio de (se ha hinchado de buscar en unas libretas a las que llama Diarios y en las que anota todo lo que dice y hace y no halla el lugar ese) en el pueblo de (el pueblo, me dice, le baila por la cabeza que es Calella; no, no, Malgrat, después de Calella, y el barrio se llamaba igual que uno de Barcelona: La Verneda) (1). Bien, para lo que planteábamos

(1) A Candel ya le bailaba bien por la cabeza el que hubiera conferenciado en Calella, y sobre el imaginado tema. Lo hizo el 16 de marzo de 1973, en un barrio

es lo mismo. Si el pueblo, y debido a esto —a esto de tener barrios como la ciudad, pero menos— no es un elemento único e indivisible, quizá lo sea entonces la aldea, la partícula atómica de las poblaciones, o el átomo de las pobla-

cercano a Calella pero perteneciente a Pineda, dos poblaciones de la costa catalana. Luego ya viene Malgrat. En Malgrat conferenció el 10 de ese mes, ídem tema, pero no en ese barrio llamado de La Verneda, tal como él parece creer. El saber que había un barrio llamado de ese modo, le hizo confundirse. Yo añado esta nota algo así como para hacer más abundante el caos y cacao que el barrio que explica todo esto y Francisco Candel se están formando.— *(Nota del Autor Omnisciente, o sea, de ese autor que a caballo y por encima de sus criaturas, como Dios, todo lo sabe.)*



ciones, imposible de ser subdividida en barrios o barriadas, sólo en casas. Así resultaría entonces, siempre en busca de la perfecta definición, que los barrios son las aldeas de los pueblos y de las ciudades, aunque no sé, no sé, ya que en las grandes ciudades te encuentras con que existen barrios monstruosos grandes como diez o quince aldeas, grandes como cuatro o cinco pueblos. O más. No es este mi caso, desde luego. Yo soy un

barrio pequeño, joven y... lba a decir guapo, pero no. Pequeño, joven y mono. Eso decían todos, sobre todo las mujeres y las autoridades el día de mi inauguración. Qué mono, qué monada de casas. Pero yo ya conozco estas monadas y sus monerías de escasa duración. Y me da miedo. A poco que te descuidas, ya no vives para contar-lo. Y si vives, ya no eres mono, eres asco. Y qué asco.



Al llegar a estas alturas del asunto, mi transcriptor, que no suelta ni mut a todo lo que digo, él sólo copiar, copiar —ese es el pacto, que yo hable y él escriba, nada más—; al llegar a estas alturas va y me dice que un momento y que no confundamos, que parece como que yo tengo la teoría del volumen en esto de las poblaciones, y como yo, muchos. Creemos que los conjuntos de viviendas formados por el hombre van algo así como de mayor a menor o de menor a mayor y ya está: ciudades-villas-pueblos-aldeas o aldeas-pueblos-villas-ciudades; los barrios son las piezas en que anda dividido el rompecabezas de las ciudades, siendo las barriadas, a su vez, las lo mismo de los barrios. El, echando mano de enciclopedias y diccionarios, aclara un tanto estos conceptos.

Mira, dice. La ciudad es una población de construcción estable cuyas dimensiones se han forjado en función de numerosas y diferentes consideraciones. Por encima de los criterios administrativos, la ciudad es definida por el conjunto de una serie de factores, como el número de habitantes, sus condicionamientos históricos, su morfología y el tipo de vida de estos habitantes. Tales factores pueden cambiar según los países y las áreas culturales, pero es fundamental una cierta aglomeración de población y unas funciones no agrícolas de esta población.

Esto plantea la cuestión de la oposición campo-ciudad. La ciudad ha estado considerada tradicionalmente como la negación del campo, todo lo contrario del pueblo y la aldea. Actualmente, la gran evolución de las ideas sociales y el perfeccionamiento de los medios técnicos han hecho desaparecer esta oposición, dificultando más el precisar qué agrupaciones humanas constituyen una ciudad y cuáles no, volviendo a destacar el factor numérico, claro que adaptado a las diferenciaciones regionales. En los tiempos antiguos, la ciudad era un verdadero Estado. Roma fue el típico ejemplo de ello. Con la invasión de los bárbaros quedó anulada la independencia de las ciudades, renaciendo más tarde en forma de autonomía municipal. Con la institución de las grandes monarquías las ciudades perdieron, por lo general, fueros y libertades, subsistiendo la organización municipal, llegando así a los tiempos modernos en que, la ciudad, sometida a la autoridad del Estado, dispone, eso sí, de un radio de acción cada vez más intenso, sobre todo en las ciudades grandes, donde el régimen municipal impera sobre numerosos servicios públicos de policía, higiene, instrucción, tráfico, beneficencia, etcétera.

Yo miro sorprendido a mi transcriptor. Pese a que todo eso lo anda sacando de libros, Dios, sí que sabe. Pero interperrito —impertérito, me

dice él; alguien que no se apura por nada— sigue: la aldea, del árabe *ad-dayha*, que quiere decir lugarejo, es un lugar o pueblo de corto vecindario carente de ayuntamiento propio y dependiendo de otro municipio, al cual está agregado. El pueblo, y en el simple sentido que aquí nos interesa, es sencillamente una población pequeña. La villa viene a ser una población al estilo de lo que vamos nombrando, esto es: pequeña, relativamente pequeña, pero que por alguna razón, principalmente histórica, es poseedora de algunos privilegios que la distinguen de las aldeas y lugarejos. El barrio es cada una de las partes en que se divide un pueblo grande, una villa o una ciudad. Se trata de un elemento constitutivo de toda agrupación urbana. Como todos los conceptos urbanísticos, corresponde a una entidad sociológica e inaprensible que hace referencia a un grupo social componente de la comunidad o bien a un marco físico componente de la geografía. La combinación de unas homologaciones o afinidades, con una frontera convencional o de escaso interés urbano, delimita un barrio. Corrientemente, pero no necesariamente, puede resultar una homogeneidad por parte de quienes lo habitan o frecuentan. No pongas esa cara al decir eso de quienes lo frecuentan. (Se ha visto que el que hablaba era el Candel y yo, por tanto, quien pone esa cara, ¿no?) Te pondré un claro ejemplo sobre frecuentadores. Quienes visitan el barrio Chino, el barrio Gótico o antes el barrio del Borne, pueden constituir tres grupos humanos homogéneos: viciosos, turistas y comerciantes, ¿entendido? (Yo: Sí, sí, sí.) Cuantitativamente (sigue el Candel) es difícil dar medidas tipo. Se dice que un barrio oscila ente los límites de 500 y 1.500 familias. La regla falla en relación



PROHIBIDO FIJAR CARTELES  
R. E. A.





con viejos núcleos ciudadanos y con pueblos por debajo de los 10.000 habitantes. En cuanto a su extensión, acostumbra a ser consustancial con la población a la que pertenece, y en los barrios o barriadas de nuevo cuño, con unas ordenanzas urbanísticas a gusto de los urbanizadores. Igualmente, nuestras enciclopedias y diccionarios definen al barrio como un arrabal, como sitio extremo de una población, y te ponen como ejemplo el barrio de Triana en Sevilla. O como era antes, y respecto a Barcelona, mi antiguo barrio de

Can Tunis (sigue hablando el Candel), barrio formado por varios barrios o barriadas a la vez, tócate las narices. También constituye un barrio —y una barriada— un grupo de casas dependientes de una población, aunque se halle algo apartada de ella, tal como ocurre con el barrio o barriada Angel respecto a Molins de Rey, donde conferencí no hace mucho (sigue hablando el Candel) en torno a problemas de barrio (algo de lo que siempre habla cuando predica; ahora hablo yo, el barrio que cuenta la historia), y me

encontré con que era un barrio (sigue hablando el Candel) alejado de la población o núcleo principal, encaramado en un talud de montaña como un nido de águilas o de cóndores. La barriada, y termino de darte la lata (el Candel a mí), es igualmente un barrio o también parte de un barrio, o sea, algo así como un barrio dentro de otro barrio, debiendo añadir lo siguiente: hay autores que discrepan y dicen que barriada es un barrio grande; incluso, también, que al denominar genéricamente de ese modo a un sector de la ciudad, puede comprender más de un barrio esa denominación; hasta puede ser una parte diferenciada de un barrio. Ahora bien, siempre indican que se trata de un núcleo de población de un estrato social mediano o inferior, esto es: no

hay barriadas ricas y pobres, sino más bien pobres, mientras que entre los barrios sí. Yo creo, resumiendo todo lo que te he dicho para tu uso particular y para que te empapes, que la fórmula definidora de todo este tipo de concentraciones humanas no es matemática, sino muy aleatoria, eso no lo olvidéis nunca.

Veamos si he aprendido la lección. (Ahora soy yo volviendo a dictar.) La escala de población cuantitativa y de núcleo denso humano, empezando de menos a más, podría situarse muy bien así: barriada-barrio; aldea-pueblo-villa-ciudad.

Candel (en plan doctoral): Eliminando lo de “muy bien” podría situarse así, claro, muy esquematizado el asunto, claro igualmente, sin esta supremacía de barriada sobre barrio y acogiéndonos plenamente a lo del aleatorio. Total, hermano, que la lección no la aprendiste ni poco ni mucho ni medianamente.

Yo: Mira, metido ya como en más alegres combinaciones se me ocurren todas estas otras, verás, verás, verán, verán. (Desde luego, y sin que me oiga, este coño de Candel es despiadadamente cruel para toda creación individual que no sea la suya; no deja ilusión con cabeza.) Sí, estas otras combinaciones se me ocurren, verás, verán. Barriada: parte de un barrio; barrio: parte de una barriada (aunque no es frecuente que la gente lo guise así); barrio: parte de un pueblo; barrio: parte de una villa; barrio: parte de una ciudad. Podríamos hacer la misma planificación con la barriada, pero tampoco es frecuente guisarla de ese modo. Sólo la aldea queda viuda, huérfana y aséptica —desinfectada; en este caso, algo así como sin aditamentos o añadiduras, desembrazada—, o quizá más que huérfana, sin hijos. Los barrios son los hijos de los pueblos, villas y





ciudades. Invirtiendo términos, también podrían ser los padres de esas poblaciones, los gérmenes fundadores o fundamentales, o los núcleos celulares. Probemos, caray, esta otra génesis: familia, clan, tribu, población. A partir de esa génesis —creación, origen, principio— todo es posible. Si la taberna es una de las más viejas instituciones humanas, no puede fallar el axioma —verdad evidente— de que donde hubiera tabernas habría barrios, con lo que resulta...

Candel: Bueno, bueno; frena, frena. Tal vez tengas tu chispa de razón, pero será mejor que no te lies.

Yo (en un aparte, para que Candel no se entere): Perdonadle su grosería y dèstemplanza como yo se la perdono. Los genios son así. Ya habréis notado con qué pavería ha soltado su docta explicación sin aclarar vocablos técnicos y confusos —morfología, por ejemplo; autonomía, instituciones, fueros, privilegios, homologación, discrepar, estrato, homogeneidad, aleatorio, etcétera—, sin aclararlos ni una vez, al revés de lo que hago yo o le obligo a hacerlo, siempre que me doy cuenta, claro, que más de uno se me debe deslizar ina, inaver, inavertidamente, inad-vertidamente, siempre de cara, ¡natural!, a mis posibles lectores de barrio. Qué más quisiera yo que alcanzar ese público, ¡ay!

Candel: No suspires, que me resfrías. Venga, va, prosigamos el dictado, de lo contrario nunca acabaremos, y mi tiempo es oro, mi obra me espera y yo no puedoirme desperdigando con estas tonterías.

Yo (por lo bajini): Demasiado sé yo, que te tendré que pagar, que tu tiempo es oro, bandido. (Con voz normal.) Es verdad; sigamos.



Aunque barrio de escasa cultura a causa de mi pobreza —soy barrio de piedra y lodo; soy barrio de lodo, barro y esperanza; soy barrio de ladrillo, cemento y madera; soy barrio de todos los nobles y menos nobles materiales (qué poético, ¿eh, Paco?; bueno, no tuerzas el morro)— me ha dado por pensar, se me hace a mí, vamos, que en la historia de la habitación humana ha habido siempre barrios, de un modo o de otro; los ha habido hasta cuando no los había, tanto si eran llamados así como si no lo eran. Porque entre ciertas tribus primitivas y muchos barrios de ahora, ¿qué diferencia habría? Mas no sigamos por ahí, que algunos hermanos se nos podrían picar.

La verdad es que yo ahora tendría que estudiar todo este asunto. Tendría que estudiar algo así como la genealogía del barrio —ya sabéis: ascendencia, ramas, raíces antes de llegar al tronco— para explicároslo, pues cuando uno se mete en un oficio que no es el suyo, razón de más para hacerlo mejor que los profesionales, ya que si ellos trabajan por rutina, nosotros currelamos por devoción. Pero una cosa es hablar y otra conseguir eso que te propones. Yo no sabría cómo enterarme de la cuestión. Y si se lo pido al Candel, me sacará la lengua. Este le da menos importancia a las cuestiones eruditas que un ciego al arco

iris. Aunque a mí se me hace que es un modo como otro de disimular sus incapacidades, concretamente dos de ellas: la de no saber nada —o saber muy poco— y la de aprender algo más de lo que ya sabe. Pero no es cuestión de andar metiéndonos con él; a lo mejor, estos fragmentos que yo hablo como para mí, él anda cogiéndolos también al dictado. Quién sabe si no lee hasta mi pensamiento, siendo capaz, entonces, de escribir incluso estas cosas que andan fuera de mi programa, cosas que, en cierto modo, si se supieran, a él le perjudicarían.

Bien. Lo que en realidad yo quiero es agotar mi filosofía y mi raciocinio sobre los barrios —no te me enfades como antes, Paco, y no me llames pesado— antes de llegar a mi testimonio personal directo, pues si no lo hago no me quedará tranquilo; por ello, y aparte de las génesis de antes, sigo con otras deducciones, otras gansadas que se me iluminan como bombillas sobre la marcha. Examinémoslas. Por favor, Candel, o Paco, mécame como sólo tú sabes hacerlo en alas de mi improvisación.

Candel: A la orden.

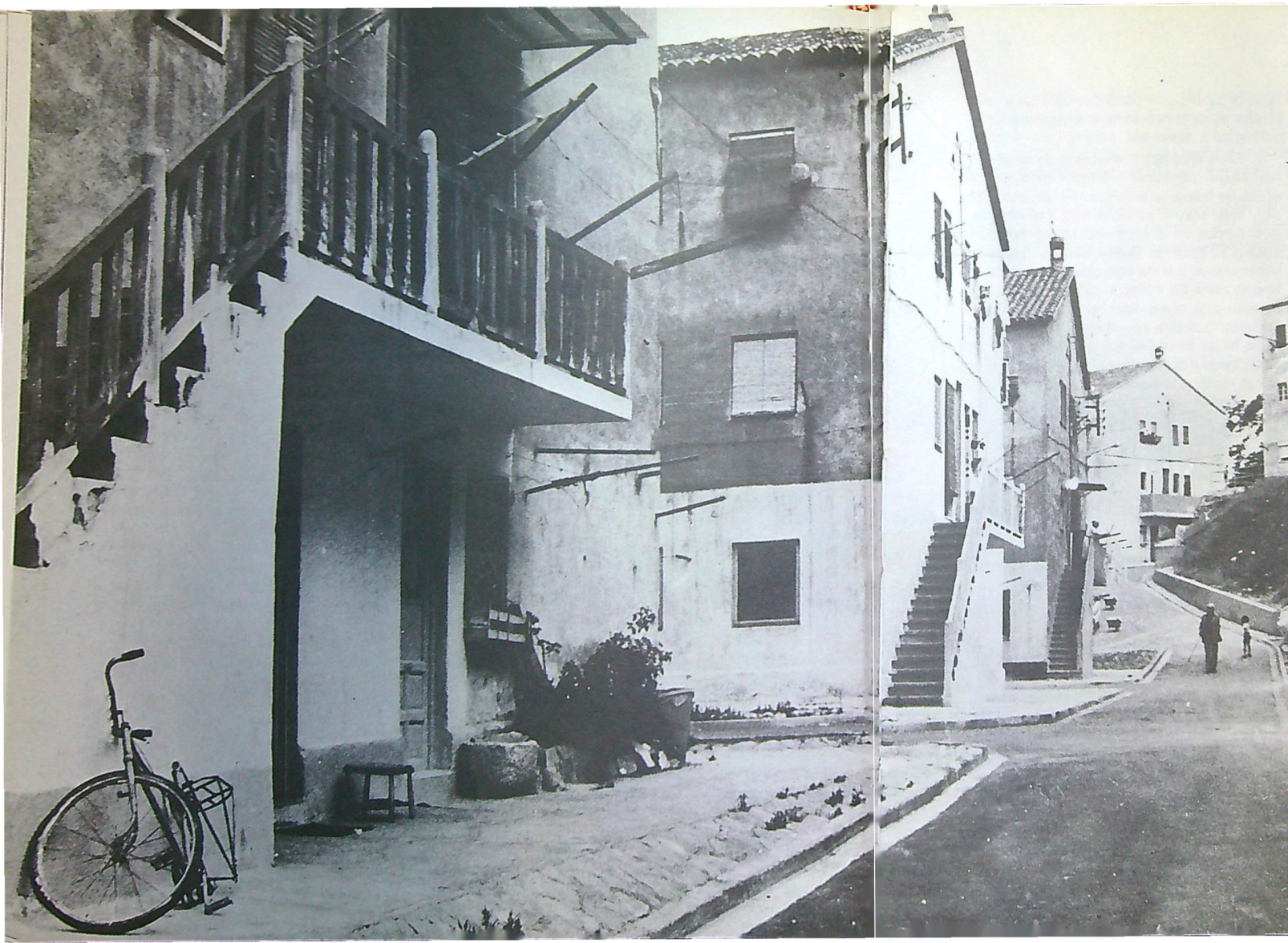
Yo: Eso no lo pongas.

Candel: A la orden de nuevo.

Yo: No, que no lo pongas eso, que lo borres.

Candel: Lo borro, pero es inútil; se puede





borrar lo escrito, pero no lo dicho.

Yo: De acuerdo. Sigamos. Atención. Dicto. ¡Ejem! Bien. Aun cuando hayas llegado a la nebulosa conclusión de que desde que el hombre aparece formando urbanizado poblado —Egipto, Grecia, Roma— tuvieron que haber barrios, resulta que eres capaz de evocar momentos históricos en que la célula barrio se te configura más —dibujarse mejor en la mente constituyendo con más propiedad aquello que imaginas—, tal, pongo por caso, la Edad Media, donde los barrios o burgos formaban sus núcleos urbanos, primero fuera de las murallas, como verdaderos suburbios, más tarde acogidos al amor de la ciudad, y donde iba agrupándose la gente de la misma categoría y de la misma profesión, con sus talleres, sus tiendas y sus herramientas: toneleros, cordeleros, queseros, joyeros, maestros de obras, yo qué sé. Aún quedan calles, barrios, sectores enclavados en las antiguas zonas ciudadanas ostentando nombres a tono con esos grupos de menestrales o artesanos —personas con manitas que efectuaban trabajos mecánicos o manuales—, pobladores en su momento de semejante geografía, tal las calles o plazas de los cordeleros, de los plateros, de los cuchilleros, de... En el Casco Antiguo de Barcelona —lo mismo en otras ciudades, supongo; yo, por mi anclaje urbano; no viajo— nos encontramos con calles, me parece a mí —¿verdad, Paco?; verdad, dice el Candel—, como las de la Formatgeria (la de la quesería), la de Mirallers (la de los espejeros), la de l'Argenteria (de la platería), etcétera, etcétera. (Candel: Siempre que se dice "etcétera" es que ya no sabe uno qué más decir.)

Yo: ¿No?; calle de Ferrers-herreros. (Candel: ?).





Con la aparición de las grandes ciudades industriales (Candel: ¡Vaya manera de quemar etapas! Yo: ¿Qué? Candel: Nada) o reconversión —transformación, readaptación— de la ciudad burguesa, artesanal y menestral —la de los pequeños talleres, la de los tradicionales oficios— surgen —van surgiendo— los grandes barrios obreros. El alud migratorio atraído por esa industria —alud migratorio es cantidad de forasteros— produce los cinturones suburbanos, barrios y barrios y barrios que se multiplican en las zonas de extrarradio o de los alrededores hasta formar eso que creo dijimos antes: cinturones de bloques como montañas de casas. A semejantes cinturones, en algunas ciudades extranjeras, París por ejemplo, se les llama cinturones rojos.

Aquí, en las ciudades populosas e industriales de España, se les podría llamar así; seguramente se les llegará a llamar así.

Sí. Estos arrabales —afueras, para entendernos mejor— se saturan —llenan— de barrios. Y es que los barrios no procreamos —procrear: hacer y tener hijos—, pero lo parece. Y no procreamos porque en nuestra especie no tenemos machos ni hembras. Somos híbridos —hijos de elementos de distinta naturaleza—, ni chicha ni limoná, como los mulos, ni caballo ni burro; como los mulos, que aunque hay mulos y mulas no procrean. Nosotros, por un igual. Ya hablábamos antes de las barriadas, que pueden ser el barrio de un barrio y que son también un barrio en sí, y, por el nombre, la hembra del barrio. Pues bien, aunque haya barrios y barriadas tampoco procreamos. Y eso que, además, y respecto al género —esto es: el sexo, lo masculino y lo femenino—, hay, entre nosotros —si acaso no admitimos el ayuntamiento: unión carnal, la-drillera en nuestro caso, entre barrio y barriada—, barrios con nombres masculinos y barrios con nombres femeninos. Masculinos, por ejemplo, sin salirnos de la ciudad de Barcelona y su radio de influencia, tenemos: el Carmelo, el Verdún, Port, Plus Ultra, Can Clos, el Polvorín, el Guinardó, Sants, Hortafrancs, el Clot, San Adrián, San Cosme, Pomar..., puntos suspensivos, muchos puntos suspensivos; y en femenino: la Trinidad, la Guineueta, la Barceloneta, las Casas Baratas de (aquí los cuatro grupos de la ciudad), la Mina, las Cinco Rosas, la Ciudad Meridiana, la Bomba, la Florida..., también puntos suspensivos, también muchos puntos suspensivos. (Los barrios y barriadas con nombre femenino siempre llevan el artículo “la”, como las litera-

tas o escritoras, las golfas y las putas, como muchas, pero muchas mujeres; los barrios y barriadas con nombre masculino no llevan el artículo “el”, como lo llevan los delincuentes, los personajes del Candel y el Candel, o no los llevan todos o tantos.)

Antaño, y urbanísticamente, los suburbios o arrabales eran malos, cual barba de adolescente, salpicando los campos que rodeaban la ciudad.

Pero todos esos malos, huecos o malos han sido rellenados con bloques de pisos. Algunos de estos bloques han engordado los barrios que ya existían, bien barrios vetustos —viejos por antiguos—, bien barrios de más reciente nacimiento. Otros han formado barrios independientes. Pero otros se han quedado en medio, algo así como a caballo de la frontera jurisdiccional, no siendo de un barrio ni de otro y sin capacidad

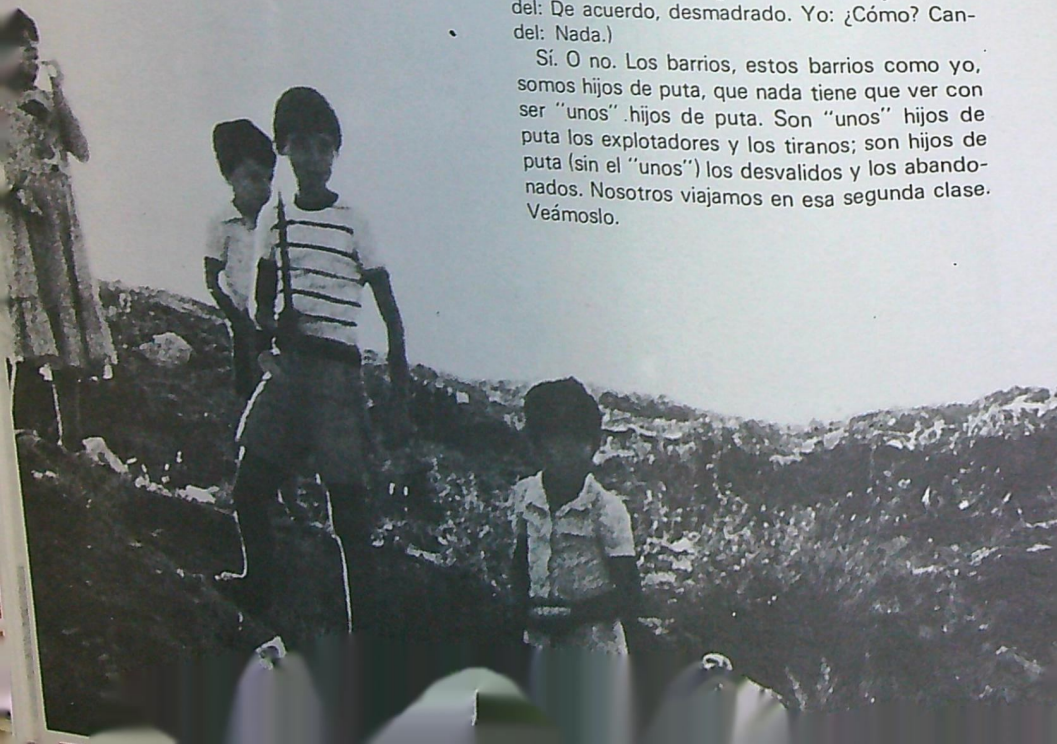




para tener entidad propia. Parecen barrios ilegítimos, naturales o bastardos, y no tienen nombre, máxime se les llama "pisos": pisos de esto o de lo otro, generalmente de la empresa que los construyó. En realidad son como una marca de fábrica y como unos anodinos hijos de puta.

Efectivamente, yo he deducido que todos los barrios a que me ando refiriendo durante todo el rato, los de mi categoría social, pelo de categoría más alto, pelo de categoría más bajo, mejor o peor contruidos, de mayor o menor cubicaje, pero medidos todos por el rasero de la misma ubicación —ubicación: lugar donde estás situado; lo dicen mucho los argentinos—, somos "barrios hijos de puta". Al tanto con la denominación, que no es insultante como parece ni mucho menos. Y esta afirmación apuntádmela a la cuenta del disparate. ¿De acuerdo, majo? (Candel: De acuerdo, desmadrado. Yo: ¿Cómo? Candel: Nada.)

Sí. O no. Los barrios, estos barrios como yo, somos hijos de puta, que nada tiene que ver con ser "unos" hijos de puta. Son "unos" hijos de puta los explotadores y los tiranos; son hijos de puta (sin el "unos") los desvalidos y los abandonados. Nosotros viajamos en esa segunda clase. Veámoslo.



De acuerdo. Somos barrios hijos de puta. Y qué. Hijos de puta, pero con perdón. Con perdón y honra. Porque nosotros no tenemos la culpa de ser así. Nosotros, incluso, luego, nos automejoramos. O lo intentamos. Pero el deterioro natural se nos come antes. El deterioro o la desidia de diversos factores. Un factor, aquí, es un elemento culpable de algo, un motivo o motivación. Este factor, elemento, motivo, motivación del deterioro, igual son las autoridades, llamadas las "dignísimas" —los papeles impresos o las palabras enlatadas que suenan como regaderas (tele, radio, nodo) siempre las llaman así: "dignísimas autoridades"—, igual son ellas que los mismos habitantes de los barrios con su negligencia y abandono, pero los habitantes menos que los otros, en este caso, otras. ¿Qué es negligencia? Pues el a mí plim y el encogerse de hombros sin que te pique ningún bicho ni tengas calambres.

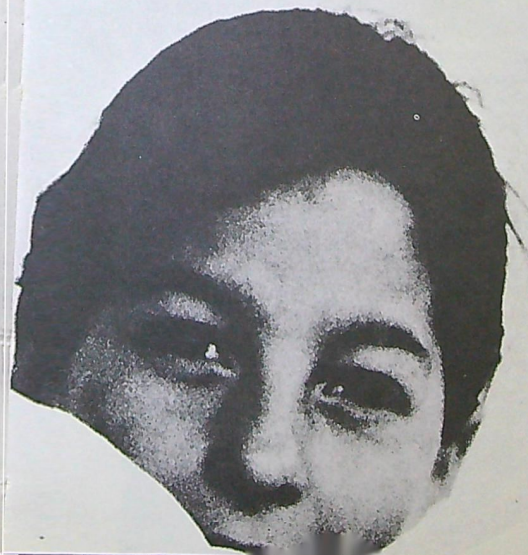
Estos barrios como yo, sitios en los arrabales de la ciudad, no de antigua tradición ni nacidos por el natural engorde de la población autóctona —originarios del país donde viven—, sino plantados allí por el desparramamiento del alud migratorio, son barrios, perdón, somos barrios ideados y contruidos con el propósito de que quepa la mayor cantidad posible de gente en el mínimo espacio vital, habiendo gastado lo menos posible en hacerlos, hasta el extremo de que sea el

precio que sea el que se les coloque a sus viviendas, siempre resulta un pingüe negocio para los constructores, sobre todo si estos constructores —inmobiliarias, se llaman— son elementos particulares. Cuando se trata de entidades oficiales del ladrillo y la argamasa, que parece construyen altruísticamente —como de regalo o de beneficencia—, los precios, aunque mucho más reducidos, también les cubren gastos, también. Las tales viviendas son edificaciones febles —delicadas, pero no en el sentido lánguido y romántico, sino en el sentido de no aguantar ni un escupitajo. Parecen casas de juguete. Recién hechas, muy cucas, muy cucas; pero después, muy asquerosillas, muy asquerosillas.

Candel: La verdad es que si hace o no hace, con las otras ocurre lo mismo.

Yo: Bueno, sí, claro, pero no tanto. Y no si hace o no hace, sino poco más o menos. Diríase que es la zona o sector el que estigmatiza y deteriora. Los problemas comunes de zona o barrio igualan al ático y a la planta, al piso de sesenta metros cuadrados y al de cien, a la vivienda de tres habitaciones y a la de cuatro, al de cien mil pesetas de entrada y al protegido de cuarenta mil. Pero no vayamos a caer en la demagogia loca, blanda y blanca de decir que ricos y pobres quedan así igualados, porque aquí los ricos no son ricos y los pobres sí son pobres.





Candel: ¿No explicarás qué significa estigmatizar y deteriorar, guapo? ¿O es qué predicas lo que no crees?

Yo: Estigmatizado quiere decir marcado, en este caso profundamente marcado; deteriorar es estropearse, gastarse, irse echando a perder.

Candel: ¡Ele!

Yo: ¡Mierda! ¡Ay, perdón! Supongo que no se me ha oído.

Por todo lo aducido —esto es, lo presentado a modo de pruebas— estas viviendas tipo como yo, estos barrios-yo para entendernos, están, estamos contruidos y urbanizados —admitamos lo de urbanizados pese a tanta degradación (rebajamiento, humillación, vileza) como nos acorrala y devora— sin las más necesarias y elementales condiciones de habitabilidad —habitar, poder vivir—, resumidas, por lo general, en los dos importantes capítulos —aparte de las divisiones que en este redactado vamos ordenando con números, 1, 2, 3, 4, 5, 6, los capítulos son también otro tipo de divisiones—, los importantes capítulos de falta de medidas higiénicas y de falta de servicios públicos, ambas faltas, y otras faltas, faltando de un modo impresionante y alarmante. Alarmante: capaz de producir alarma. Alarma: susto, sobresalto, ponerte inquieto, desasosegarte.

Candel: Hermano, yo creo que te excedes en ese desmenuzamiento de explicaciones haciendo al lector demasiado en la inopia.

Yo: Inopia: indigencia, escasez, penuria, pobreza. Candel emplea la palabra equivocadamente; él quería decir algo así como estar en la higuera.

Candel: No tienes remedio.

Yo: ¿No? Procuraré tenerlo.



Los barrios somos los culos de las ciudades. (Los barrios como yo, los barrios a los que yo me refiero, los barrios que hemos llegado los últimos al plasma o cataplasma de la gran ciudad, los barrios arrabales de las ciudades, los barrios que formamos las zonas suburbanas, los barrios situados en la parte más baja del escalafón urbano —peldaño que ocupan los que en las listas del enchufamiento ostentan menos galones—, los barrios que...)

Somos el culo y la espalda. La espalda porque estamos como detrás de todo, los zagueros en la piña o alcachofa que es la comunidad ciudadana, el rabo de la población de la que formamos parte. Somos la espalda y nos dan la espalda. Es lo mismo. No contamos. De ahí que seamos el culo en toda su acepción vergonzosa y vergonzante. Todo lo malo que espele la gran aglomeración lo encauzan hacia nuestra geografía, desagua por nuestro recto, desaloja por nuestro ano. Pero también somos como el culo porque por nuestra condición vergonzante —pobre con disimulo: somos ya casas, no barracas— todo te lo plantifican encima. Somos el culo, el vertedero, el recógelotodo, la escupidera, el water, el... la... yo qué me sé. Todo. Me, me, me...

Candel: ¿En qué te quieres ciscar? No te repriemas y hazlo. ¡Duro!

Yo: Es que es cierto. Siempre divididos en ricos y pobres, siempre tasados por el tener o no tener. En las zonas residenciales nada de cuanto me quejo ocurre. Las zonas residenciales son limpias, siempre aparecen como recién terminadas y siempre semejan nuevas. Las calles de los barrios residenciales son espaciosas, bien asfaltadas, como brillantes. Allí todo funciona.

Candel: Un momento y permíteme un inciso, pues es algo que quiero aclarar de cara a ti y de cara a todos. Yo ya sé lo que tú quieres decir respecto a zonas y barrios "residenciales". Aquí, y en Barcelona, te vienen en seguida equis nombres a la punta del bolígrafo y de la lengua, a las teclas y cinta de la máquina: Pedralbes, Bonanova, Sarriá, geografía de Ganduxer, Calvo Sotelo, Diagonal, Parque de Eduardo Marquina, otros, más. Sin embargo, y en la *Gran Enciclopedia Catalana*, que es un monumento del saber, se nos advierte que el "barrio residencial" es aquel en el que domina la residencia, o sea, que llevado el término al extremo, acaba en barrio-dormitorio. Al definir el "barrio-dormitorio" ya nos habían advertido que es el barrio exclusivamente residencial. Y siguen aclarándonos los enciclopedistas que el concepto de barrio residencial no hace referencia, urbanísticamente, al status social de los habitantes del barrio, por más que el uso vulgar suele aplicarlo inexactamente a los

barrios o sectores en los cuales domina la edificación lujosa.

Yo: ¡Jo!pe, si sabes!

Candel: No. Los que saben son los de la *Enciclopedia*. Aunque yo te digo, siempre sin ánimo de enmendarles la plana a los técnicos y estudiosos que confeccionan estas catedrales de la sabiduría, que por barrios dormitorios entendemos esos barrios cuchitriles donde la gente duerme más que vive, pues por el día trabajan y prácticamente sólo necesitan la casa para esas horas del sueño, con lo que con poco espacio basta. Claro que moran en sus viviendas los días de fiesta y, cuando ellos trabajan, sus familiares, a no ser que éstos también breguen fuera del nido. Se trata, por lo general, de esos barrios o barriadas edificados por estamentos oficiales o

en combinación con ellos o de alguna otra mezuquina manera, que son la mínima expresión del habitáculo y como construidos en serie, algo así como el barrio que tú eres...

Yo: No tanto, no tanto.

Candel: Mira, si yo, habitante de la Zona Franca o antiguos barrios de Casa Antúnez o Can Tunis, con todo y lo bien que no deja de estar mi casa, que tiene terraza y dos cuartos de baño, algo que no tienen tus casas, voy y digo que vivo en un barrio residencial, me van a llamar majara. Y si algún capitoste, para qué citar nombres, todos los tenemos en la punta de la lengua más que en la del bolígrafo, va y nos dice que él vive en un barrio dormitorio, acabaremos diciéndole que se vaya a tomar por el saco y que no nos tome el pelo...







Candel: Nosotros... Bueno, tú ya sabes que los escritores, por lo general, decimos "nosotros" para referirnos a nuestro "yo"; el "nosotros" es nuestro "yo". A veces, en el mismo escrito, inconscientemente e inconsecuentemente, igual empleamos la primera persona en singular que en plural. Esta segunda fórmula del plural también la emplean los papas y otros jerarcas. Ellos dicen "nos". El por qué de ello, tanto en los papas como en los escritores, yo no lo sé. No creo que muchos de los demás escritores lo sepan. Lo hacemos —lo hago— por costumbre. Los papas deben de hacerlo por tradición. De todos modos, yo, aquí, casi diría que empleo el "nosotros" no por mí solamente, sino en nombre de todos esos escritores que tú, amigo barrio que me dictas, citaste al principio, cuando te decidiste por mí. Seguro que ellos, tales escritores, en lo que entonces viene, piensan como yo. Nosotros, entonces y siguiendo, que es gerundio, añadido so-so que emplean los castizos, usamos la palabra "barrio" un tanto peyorativamente...

Yo: Peyorativo quiere decir que empeora, o sea, que se usa el vocablo "barrio" en el mal sentido de la palabrá...

Candel: A callar. Este capítulo lo escribo yo solamente. Esa palabra, y por decirlo de algún modo, la empleamos un tanto peyorativamente,

no en el sentido despectivo, pero sí en el aspecto agravante de la cuestión...

Yo: ¡Puñeta! Y me quejaba yo al principio de que mi transcriptor no decía ni mut...

Candel: ¡Chis! Nos ha pasado, a este respecto, con la palabra "barrio", lo mismo que con la de "suburbio". Según definición académica, enciclopedia y diccionarista, se entienden por suburbios los arrabales de una ciudad dentro de su jurisdicción. Pero se empezó a llamar así, más que nada, a los cinturones obreros que iban creciendo como anillos al entorno de una población y ellos acapararon este bautizamiento. Como estos barrios eran pobres, miserables, amezacotados, densos, conflictivos, fueron arrebataando el vocablo, hasta que la tal definición adquirió figura concreta, una especial plasticidad, y te encajaba perfectamente en un tipo de arrabal sí y en otro no. Es más, ciertas zonas de arrabal, esas a las que un tanto falsamente, como dije, llamamos residenciales, se nos resisten a la definición de suburbio. Incluso estos cercos suburbanos han ido dejando ya dentro suyo a otros suburbios, suburbios que debieran, entonces, naturalmente, perder su nombre de suburbio, y no lo pierden, tal la Bordeta, Hostafrancs, Sants, Can Tunis... Aunque han sido rebasados completamente y son ya plenos



núcleos ciudadanos, no arrabaleros ni suburbiales, continúan sin embargo siendo suburbios, y suburbios seguirán, y suburbios morirán si acaso muriesen... Llevados incluso por ese cliché de la pobreza, que es la característica suburbial, aquí, en Barcelona, todos llamaríamos tranquilamente suburbio al Distrito Quinto o Barrio Chino, corazón ciudadano, mientras nos rechazarían en cambio esta etiqueta si se la intentáramos poner a las zonas lujosas y ricas de la parte alta barcelonesa...

Yo: ¡Suisi! (Silbido de admiración.) No sabes tú ni nada...

Candel: ¿Sí? Pues anda, corre y sigue tú con el rollo, que yo creo me pasas ya la mano por la cara en semejante tema...

Yo: ¿De verdad?



## 9

Bueno, pues a mí, y bajo esta filosofía candeliana, se me ocurre lo siguiente: hay barrios ricos y barrios pobres. Existen más barrios pobres que barrios ricos. Sucede como con las personas. Esta división, además, es casi tajante. No hay barrios muy ricos, barrios ricos, barrios menos ricos, barrios intermedios, barrios menos pobres, barrios pobres, barrios muy pobres, no. La división hay que ejercerla de un modo tajante: ricos y pobres. Los barrios de barracas, que podrían ser los barrios archipobrísimos; los barrios de viviendas protegidas, hechas por algún organismo municipal o estatal, que podrían ser los barrios pobres, y los barrios del tipo de construcción privada, donde vive el menestral y el pequeño comerciante aparte de gente obrera como en los otros, y que podrían ser los barrios menos pobres, se ubican todos en las mismas zonas suburbiales, en los mismos radios y estadios geográficos. Si pasamos entonces ya a la esfera opuesta, zonas prepotentes en la parte elegante de la ciudad, donde la ciudad es ciudad, donde es cara y no culo, pecho y no espalda, hallamos los barrios señoriales de los ciudadanos sin problemas, o de los problemas que no son los de la subsistencia urbana, los de trabajar para vivir, los de la agotadora lucha por la vida. Sí, sí, exagero; ya sé que tienen problemas, y como piensan los



tales ciudadanos, problemas de envergadura, de los que te hacen calentar el coco, porque parece ser que a los ricos los problemas les calientan la cabeza mientras que a los otros, a los que en el gran englobamiento son los pobres, a éstos, los problemas les enfrían el alma o el corazón. Aunque yo os digo que los problemas que se pueden resolver untando a alguien con un unto que a ti no te falta, no son problemas, son irregularidades, e irregularidades en el sentido de algo que no funciona como ordinariamente funcionaba, pero que pronto volverá a funcionar.





Ergo: los barrios ricos no tienen problemas. O si los tienen es como si no los tuvieran. Y es como si no los tuvieran por varias razones. La principal es que sus habitantes son gente influenciable, con repercusiones en las altas esferas administrativas, o que chillan alto, y cuando chillan se les oye, y se les teme, y se les acata. Son gente influenciable porque tienen dinero. Y tienen dinero porque son gente influenciable. Las dos cosas van como ligadas y son insolubles. La gente rica de los barrios pobres, los de los comercios: estancos, farmacias, bares, mercerías, carnicerías, tiendas en general, pequeños talleres, también tienen dinero, y a veces más que muchos de los habitantes de los barrios ricos, puesto que algunos de éstos son quiero y no puedo o poco más, pero no alcanzan la trascendencia de los ricos en los barrios ricos. Los ricos de los barrios ricos defienden sus barrios ricos. Los ricos de los barrios pobres no defienden los barrios pobres. El rico de barrio pobre es quien menos se compromete en la lucha sostenida y diaria de las reivindicaciones del barrio pobre. Es conservador y teme comprometerse y parece como que todo lo que en el barrio sucede no va con él. A la gente rica de barrio pobre —el estanquero, el panadero, el droguero, el lechero, el del taller de planchistería...— el comunista de barrio pobre les

llama 'la pequeña burguesía', culpándoles, infinidad de veces, del chirrido en los intentos de rodaje de estos barrios, entendiendo por rodaje el arte de rodar bien, de deslizarse perfectamente. Y a fe que la mayoría de veces tienen razón.

Ergo: los barrios ricos, quedamos, no tienen problemas.

Ergo: los que tienen, como si no los tuvieran. (Acordaros del unto que engrasa todo lo personalmente engrasable.)

Ergo: son barrios que no son barrios.

Ergo: los barrios ricos no existen. No forman núcleo, no forman comunidad, pues no les une una o unas necesidades. El sentido cómodo de la vida le impide al rico esta osmosis —osmosis: fenómeno físico consistente en el paso recíproco de líquidos de diferente densidad a través de una membrana o tabique poroso que les separa; por consiguiente, comunicación—, esta osmosis humana que hace que la gente forme piña con sus cubiles. El pobre defiende el nido; el rico la fuente de sus ingresos. Ellos se apiñan por intereses creados, por sectores económicos, por algo así como familias prepotentes, por clanes de intocables. Sus viviendas son de otro tipo, como aislantes y aisladas por más que ocupen el mismo sector, la misma calle, idéntica escalera, común portería. O como no tienen una sola residencia



viven en barrios en los que no viven, o viven como si no vivieran en ellos, a lo santa Teresa, pero al revés. Todo esto nos llevaría espacio desmenuzándolo, puntualizarlo, clavarlo con alfileres. Yo me entiendo y bailo solo.

Ergo: los barrios ricos no existen.

Ergo: si suburbios son las zonas pobres, no los arrabales, barrio es la población que puebla el suburbio, no las colonias de vecinos ricos.

Ergo: si los barrios ricos no tienen problemas y sólo son barrios los que los tienen, los barrios ricos son como si no existieran.

Ergo: los barrios ricos no existen.

Ergo: sólo existen los barrios pobres.

Ergo: sólo existen barrios.

Ergo: con todos sus matices y su gama de viviendas entendemos por barrios los barrios a que me refiero definiéndome y hablando constantemente de mí mismo.

(Ergo. Conjunción latina. Por tanto, luego, pues.)

Candel (aplaudiendo): Bien, bien, bien...

Yo: Gracias (1).

(1) Los barrios tradicionales, habitados por la pequeña burguesía, solamente pequeña burguesía, se están quedando inadecuados, y sin poderse pagar privadamente sus equipamientos, como hicieran en el pasado. Ni pueden ni quieren. Es la colectividad quien tiene que correr con el gasto, piensan. La hegemonía monopolista está arrinconando a la pequeña y mediana burguesía, no sólo en la producción, sino también en las condiciones de vida doméstica y urbana. — (Nota del Autor Omnisciente.)

Candel y yo: ¡Suisit! (Silbido de admiración, recuérdese.)

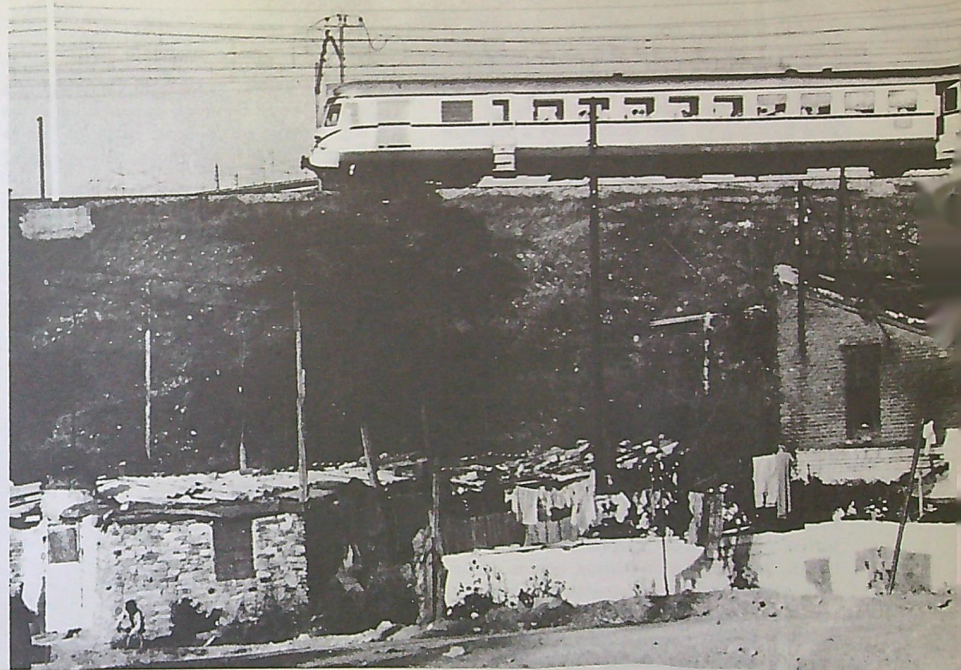


Bravo. Yo veo que me explico. Que me explico y no me explico. Que mi transcriptor me lo coge todo, incluso lo que no debiera. Yo soy como un topo abriéndose paso ciegamente y como puede por la galería del filosofarlo baratamente todo, procurando triturarlo enteramente bien para que quienes lo reciban lo dígieran mejor. Soy como un tanque oruga desbrozando camino, penetran-



do el bosque intrinca, intrican, intri, ¿cómo se dice?, intrincado, lo tenía en la punta de la lengua, cargándome los árboles que sea para conseguir ver mejor y con la mayor claridad la selva de los barrios. ¡Jolines, qué bien salió! Intrincado equivale a enmarañado, espeso, oscuro, lleno de maleza...

Bueno, en los barrios pobres —barrios a secas, mejor dicho; ¿no habíamos quedado que únicamente hay barrios y no barrios?— todo problema tiene su asiento. Los barrios son como los mercados. En los buenos y abigarrados mercados todo lo encuentras. Abigarrado quiere decir reunido sin orden ni concierto. En los barrios, y en cuanto a problemas, también los encuentras todos, pero todos. Te imaginas lo más dispar y, ¡zas!, allá que te lo tropiezas. Imaginémolos. A ver. Una calle donde, por ejemplo, los postes eléctricos, en lugar de estar a los lados, se hallen en el centro, cual árboles nacidos allá al azar. Cric, crac, le damos a la manivela mágica y ya está, localizada: Vía Fabencia en el barrio del Verdún. Además de postes, torretas metálicas, como si buscaran petróleo. ¿Vale otro ejemplo? Vale. Calle con desagüe al aire libre, por sus orillas o por su centro. Cri, cra, manivela mágica y conseguido. Barrio de La Clota, en Horta, con sus aguas residuales deslizándose por



sus rúas. Hay falta de alcantarillado y cuando llueve, el agua, esta vez la del cielo, te anega. Sigamos, seguimos, pedid, pidamos. Hagamos una petición como de cuento de hadas. A ver, a ver. Unas viviendas, también por ejemplo, que en lugar de cimientos de cemento tengan los cimientos de agua. Cri, cra, manivela. Viviendas de La Paz, de la Obra Sindical del Hogar. Acerquémonos. Veinte mil litros de agua putrefacta en sus sótanos, como sosteniéndolas. ¿Más?

Practiquemos el surrealismo. (Surrealismo: tendencia artística que coge sus imágenes de los sueños fortuitos e incoherentes, con lo que tiene algo de locura su resultado.) Casas con pulpos en las paredes. ¿Qué no se puede creer exista cosa tan loca? Pues ya está. Cri, cra, manivela antes, perdón. Barrio de San Cosme y San Damián, en El Prat. Todas las paredes de sus viviendas aparecen resquebrajadas, formando largos tentáculos. ¿Seguimos? No es necesario. Etcétera.

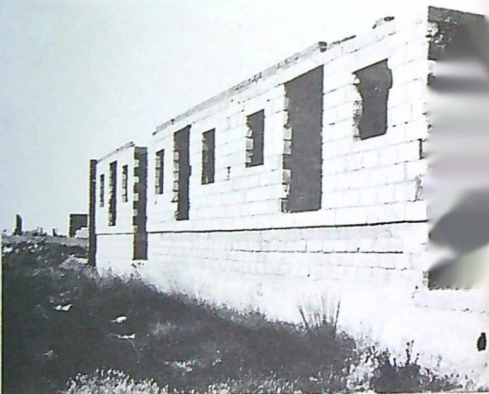


Bueno, pues aunque no es necesario yo quiero aportar más ejemplos. Sí, porque resulta que este libro que yo ando dictando va a aparecer ilustrado con fotografías sobre menda y mis compadres, muchos más barrios, no todos, porque esto es imposible, ya que barrios colmena, barrios ghetto, barrios amazacotados, barrios monstruosos, suburbiales, uniformados, desgraciados, lisiados, pobres, depauperados, barrios todos los adjetivos de la desolación, habemos tantos en tantos lugares y tantas partes, que sería imposible. Yo creo que habemos más especies de barrios que especies de pájaros o de peces, lo que ya es decir. Bueno, pues estas fotografías las va a hacer, las ha hecho, las está haciendo el Luis Viadel, un entrañable amigo del Candel. Luis Viadel es un hombre que viaja, y siempre lleva su cámara con él, y cosa que le llama la atención, clic, la clava en el cliché de su máquina, y estos días pues sólo ha clavado barrios, edificios de barrios, anomalías de barrios, inscripciones de barrios, gentes de barrios, escenas de barrio, putadas de barrio..., y estas "clavadas" se las va mandando en grandes sobres al Candel, quien las mira y remira, pues las tendrá que seleccionar (1). En esta selección —seleccionar ante lo abundante es más difícil que meterte desnudo en un termo—, muchas de las fotos por las que yo me inclinaría —¿y vestido no?—, no las pondrán en el libro —vestido, también—, pues ellos son artistas y buscarán más lo que queda bien que lo que, a lo mejor, interesa realmente. Porque la selección, ya

(1) Pensemos que si en el libro se reproducen cincuenta o sesenta fotografías, Luis Viadel envió trescientas o más.— (Nota de Francisco Candel.)

me lo estoy viendo, la harán el Candel, el Luis Viadel y el Tomás Salvador, que es el editor, ya que aquí siempre ocurre igual, hasta los que te cogen por bandera te esquilman. ¿Que me calle? No me da la gana.

Bueno, pues yo voy mirando estas fotos de las anomalías —otros dirían de las peculiaridades—



y las voy a describir. Las que aparezcan reproducidas en el libro, eso que se llevarán por delante.

Bueno, pues hay una en la que se ve un tren como volando, a caballo de unas barracas. Como las barracas están al pie del terraplén ferroviario, lo parece. Hay que imaginarse cada vez que cruce el tren en su desenfundada correría diabólica igual que estaba pasando en aquel momento... Trac, trac, trac, trac. Todo tiembla y parece venirse abajo.

Bueno, vayamos, cri, cra, forzando la imaginación, que no hay que forzarla, pues estas

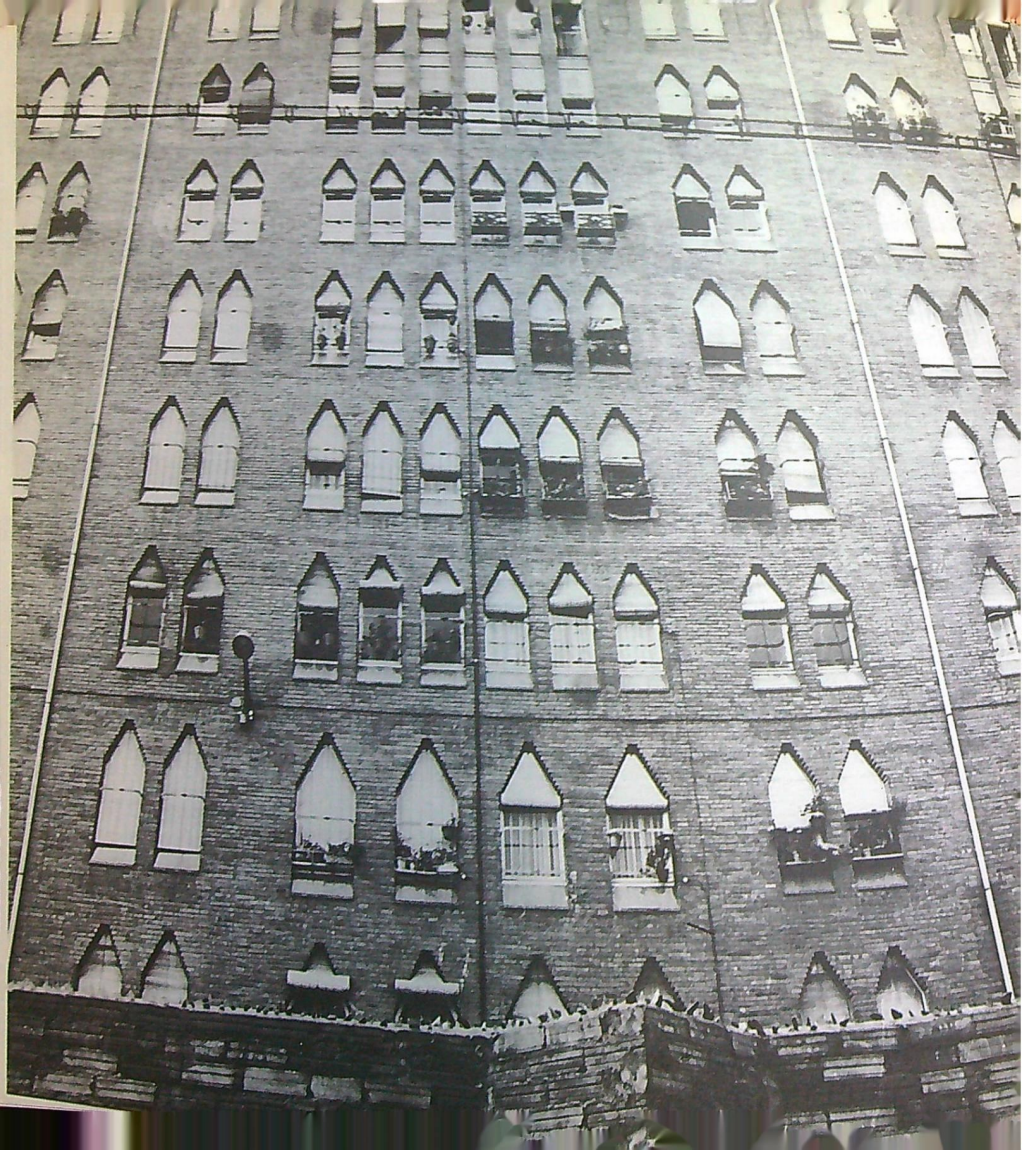
fotos, que son la realidad, la han forzado por ti. Existe el barrio desolado que nunca llegó a existir, esto es: a ser completamente, que nunca se llegó a habitar, pues se quedó a medio hacer. En la fotografía sólo aparece la primera planta. Hasta ahí llegaron los ladrillos, unos ladrillos grandes, esponjosos, y si la foto fuese en color, grises y rosados. En la base de la edificación a medio edificar crecen los juncos. Este barrio inacabado e inhabitado se halla cerca del aeropuerto de El Prat. De pronto se dieron cuenta de que los aviones, al despegar, podrían afeitarlo, y

lo dejaron así. Cuando el Luis Viadel echaba esas fotos, dicen, él y el Candel, que le acompañaba, que los reactores bronzaban y afeitaban sin parar. ¡Brounzzz!, cual viento huracanado.

Bueno. Cri, cra. Ahora rascacielos encarcados, pues están fotografiados a través de extensas alambradas. Parecen campos de concentración; también campos de experimentación. Sin embargo se trata de una zona de Bellvitge. Cri, cra. Lo que aparece ahora, ¿qué es? Toda una fachada, amplia fachada por cierto, repleta de ventanales ojivados, igual que un convento.







Se trata del barrio de La Viña; antes hubo una viña allí; ahora las llaman las casas del Convento. Las musas populares nunca tuvieron que esforzarse demasiado. Cri, cra. Gente con botas altas y paraguas chapotea en el ancho canal que se supone es calle o plaza de barrio. ¿La Venecia suburbial acaso? No, le dice el Luis Viadel al Paco Candel; la Valencia suburbial sin acaso. Lo que se lee en el toldo de una tienda no es en absoluto italiano. "Fábrica de pan-Carmen Navarro." ¿Verdad que no? Cri, cra. ¿El Far-West?



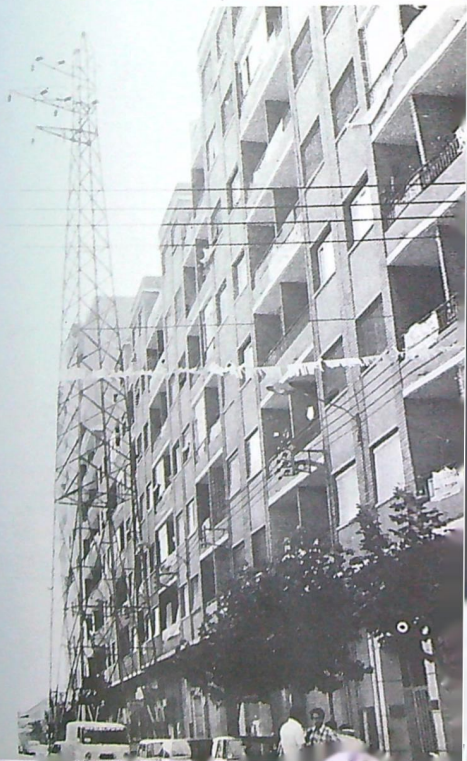
La calle fotografiada es de porches encalados. No, no. Can Clos. Junto a las columnas, donde debieran atarse los caballos, automóviles. Cri, cra. Más surrealismo. Ahora no son tentáculos de pulpo sino telas de araña. Tantos cables eléctricos, diríase que envuelven como una red, o gasa los edificios. Cri, cra. El fantasma de las torres metálicas no es peculiar de un barrio ni de una vía. La cartulina fotográfica testifica de una de ellas alzándose como paralela a lo largo, alto y raso de todo un edificio, superándolo incluso en



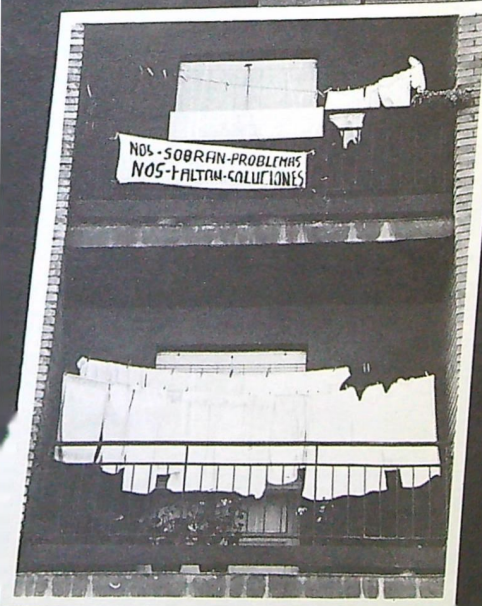


altura. Cri, cra. Luis Viadel se entusiasmó —era en Zaragoza— con la torre en cuestión y en otra foto aparece un primer plano de ella. Justo detrás de su esqueleto de hierro, plantada en unos balcones, grita su grito una colgadura o pancarta. Por el contenido del texto deduces que hubo allí algo así como un bosque de torres eléctricas que la misma compañía de la luz quitó para que se edificara el edificio, lo justo para ello y nada más. Los motivos bien claro los explica la colgadura. Y los explica en jotica, aquí jotaza. “Eléctricas: la inmobiliaria te ha untado y las torres has quitado, si has empezado la obra, ¿por qué no la has terminado?” ¡Vivan los maños! Alguna colgadura o pancarta, ídem retratada por Viadel, vaticina que tendrá que haber algún muerto. Sí, porque la experiencia que hemos

adquirido los barrios en estas escaramuzas con los que trazan, mandan y deciden, es la de que sólo entonces, con fiambre por en medio, habiendo ocurrido lo irremediable, el accidente que se preveía, se arregla si se arregla alguna cosa. Cri, cra. Nos detenemos. Candel me avisa que ya hay bastantes ejemplos. Abusar de ellos, en literatura, es malo. Bueno, y a mí qué. ¿No dice él que no es literato?



ELECTRICAS: LA INMOBILIARIA TE HA UNTADO Y LAS TORRES HAS QUITADO. PEZADO LA OBRA QUE NO LA HAS T

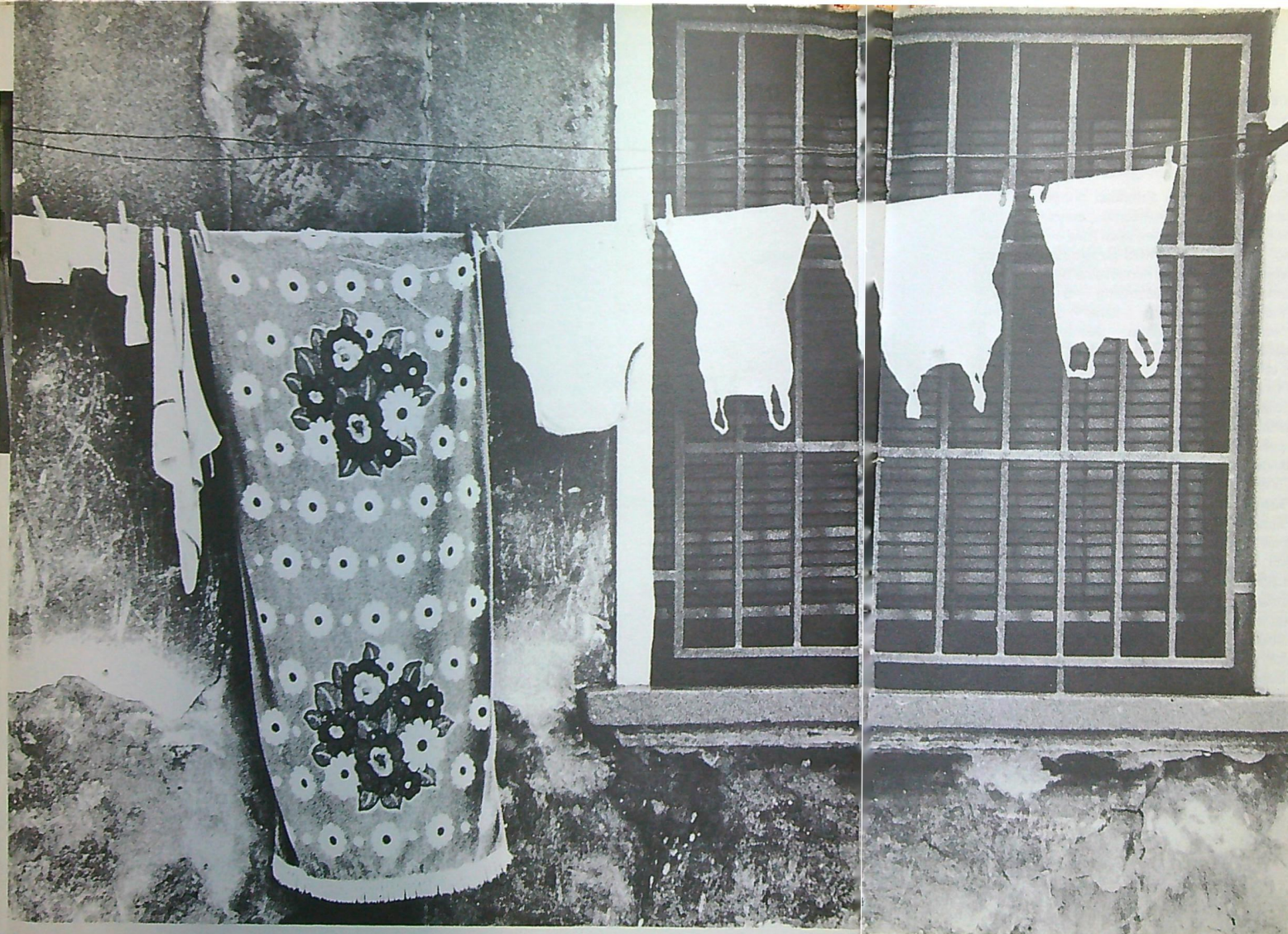


NOS-SOBRAHN-PROBLEMAS  
NOS-+ALTAN-CALUIONES



¡TORRES HAS QUITADO  
Y LA OBRA HAS QUITADO  
¡TENDRA QUE HABER UN MUERTO!





Bueno, pues yo creo que otra pancarta, en otra foto de la montonada de fotos, nos da la clave de la madre coraje del cordero barrio: "Nos sobran problemas; nos faltan soluciones." ¿Que el refrán de la madre y el cordero no es así? Bueno, y a mí qué. Esta sobra de problemas y falta de soluciones podría ser la enhiesta y gallarda, divisa de los barrios. Porque, bueno, hete tú aquí que los intentos de solucionar todos estos problemas que según voz de pancarta sobran, y de solucionarlos colectivamente, en solitario no hay tu tía, llevan a tenerse que enfrentar con la madrastra Autoridad, a quien, empleando un eufemismo —no decir las cosas gordamente—, llamamos la Administración.

Bueno, pues yo no sé si ustedes saben que aunque la Autoridad es una, como Dios, se divide en dos personas, como se dividiría la Santísima Trinidad si fuera "bi" en lugar de "tri". Lo que pasa es que si en la Santísima Trinidad las tres personas son un dios igual, en la Autoridad nuestra no; de las dos personas, una es más Dios que la otra. Por lo general —aunque cada vez menos, este por lo general—, en sus conflictos y problemas de barrio, a los barriobajeros les toca apechugar y hasta enfrentarse con la menos-hueso de las dos personas que forman tan nuevo Dios.

Bueno, de acuerdo, Paco. No me enrolló y voy





al grano. ¿Qué era lo que estaba construyendo? ¿Metáforas? Si tú lo dices... ¡Caray!

Bueno, yo sólo quiero decir que los barrios, a causa de tanto problema sobrante y solución escaseante, siempre están en pie de guerra conflictiva. Eso que dicen que nadie ha descubierto, el movimiento continuo, diríase que ellos sí, por lo menos el conflicto continuado. Antes, en los barrios se tragaba tila. Ahora, duro y tentetieso contra lo que se pueda, que tampoco nunca es demasiado.

Bueno, pues el intento de solucionar estos problemas te lleva a enfrentarte con la Autoridad o Administración, pero más con la municipal que con la gubernativa. El Gobierno Civil y el Ayuntamiento son las dos personas del dios Autoridad-Administración, dos personas iguales y distintas,

más distintas que iguales, dos dioses también, el Ayuntamiento tal vez un dioscecillo y el Gobierno Civil un diosazo.

Bueno, Paco, bueno, voy a olvidar las metáforas.

Bueno, pues con la autoridad gubernativa no se tienen tantos enfrentamientos, aunque los que se tienen cuando se tienen sean más de aúpa. Incluso, a veces, la autoridad gubernativa atiende paternalmente —o sea, dándoselas de padre— y digamos que demagógicamente —o sea, dando la razón a quienes le van a llorar— a las representaciones de los barrios cuando acuden a quejarse —una razón esquivadora: “Ya hablaré con el alcalde”, dice el gobernador, cargándose un tanto las entidades municipales—; esto, el Ayuntamiento no lo hace ni lo hará nunca. Se guardará muy mucho. La torta podría volvérselo un pan, mientras que a los otros no. ¿Se me va entendiendo lo que quiero decir?

Candel: Yo creo que demasiado.

Bueno, pero sin embargo, a la hora del leñazo, la autoridad gubernativa participa más activamente que la municipal, pues puede hacerlo mejor. En infinidad de conflictos, aun cuando la petición se le haga al Ayuntamiento y la protesta también vaya contra el Ayuntamiento, como la aglomeración de gente sea excesiva y sus gesticulaciones escamantes, si la gente se pone tonta, vaya, mano de policía gubernativa y hala.

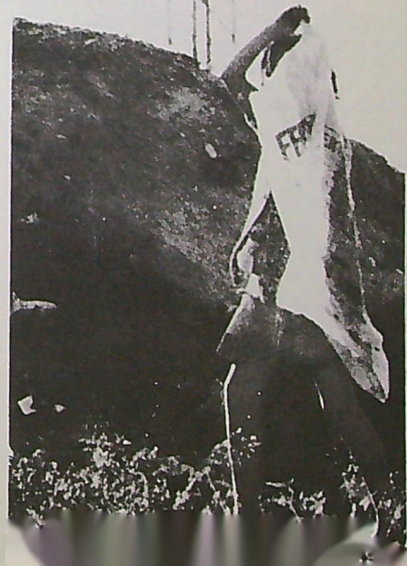
Bueno, la verdad es que la gente, a los municipales, no les tiene demasiado miedo. Se ve que el color azul no impone; en cambio, el gris, sí.

Bueno, porque yo lo he visto. La gente terne que terne ante los agentes municipales. Les hacen caso en las multas, eso sí, aunque con reparos, y los ladronzuelos de coches y otros

cacos también les temen, pero más, no. Cuando intentan deshacer una aglomeración de peticionarios, los peticionarios se los rifan; cuando aparecen los grises y ceros noventa y uno, ya es otra cosa. Estos tienen mala hostia.

Bueno, no hay que ir a buscar ejemplos muy lejos. Cuando los vecinos de la barriada de Can Clos y demás barrios de su radio de alcance se empiparon por las basuras de Barcelona que allí mismo les endiñaban, se organizó una especie de algo que se llama gincama y que nunca he sabido bien cómo se escribe ni qué es. Esta vez era todo de coches con pegatinas y letreros diciendo “no” a las basuras. Se tenían que realizar ciertas absurdas y jocosas proezas, creo, pero el objetivo concreto era encaminarse hacia el Ayuntamiento en fila, uno tras otro, tocando cláxones igual que si fuera música. En fin, cuando llegó el momento, los urbanos solos —los motorizados y los de a pata, claro— se bastaron para disgregar a los participantes de tan singular caravana a base de comunicarse entre ellos con los chismes de radio y cortar la fila por aquí y por allá y hacer que unos echaran por un lado y otros por otro.

Bueno, pues cuando la cosa se puso más grave, tal como cuenta Candel en su libro *Apuntes para una sociología del barrio*, capítulo *El día más largo de la batalla de Can Clos* —no repetiremos los hechos, pues allí están prolijamente narrados— los urbanos se vieron desbordados y el Ayuntamiento pidió auxilio al Gobierno Civil, o quizá no tuvo necesidad de pedirlo, pues cuando estos gubernativos ven que lo que ellos llaman orden público se altera, y que les parece que es siempre que ven reunidos a más de cuatro, bueno, pues acuden volando. Esta vez acudieron como una división blindada: jeeps,







tocineras, cascos, porras, quinientos tíos bien pertrechados contra trescientas personas, incluyendo mujeres y niños, que formaban barrera de carnaza humana frente a los lugares donde no querían que les arrojaran más basuras.

Bueno, lo bueno es que no ganaron los del casco. Y los de los barrios se salieron con la suya. Ocurre pocas veces, pero ocurre. Y esto levanta la moral de los barrios.

Y bueno, algo así —intervención de la policía en ayuda de los urbanos, y no ayudándoles, sino simplemente interviniendo— ha ocurrido y ocurre infinidad de veces. El 13 de septiembre, sin ir

tampoco más lejos —sin ir tampoco más lejos porque en ese mes ando dictando y casi acabando este libro—, los vecinos del Distrito IX de Barcelona (1) quisieron ver a su alcalde, el señor Viola, alcalde ni muy visible ni muy viable. Para ello, doscientos vecinos se personaron en la Plaza de San Jaime, que es donde está el Ayun-

(1) El Distrito IX, ¿casualidad?, está formado por nueve barrios —de ahí su nombre en general y el de su Asociación de Vecinos—: Vallbona, Torre Baró, Trinidad Vieja, Ciudad Meridiana, Trinidad Nueva, Guineueta, Prosperidad, Verdún y Roquetas.

tamiento, la casa del alcalde aunque no viva en ella. En este caso, y de momento, fue la policía municipal quien les vedó el paso. Anna Galcerán croniqueó el asunto. La policía municipal estableció un estira y afloja de recaditos con los manifestantes. Que ha dicho Viola, dijeron, que sólo recibirá una comisión. Bueno, bien. Subirán 17. No, sólo 10. Subieron 2. Regateos. Hasta que luego de dos horas, pam, los 17. Entretanto, los 183 vecinos restantes permanecían en la plaza parece que colgando carteles. “Cultura para el pueblo y gratuita”, “Queremos Instituto para el distrito IX”, “Instituto para barrios obreros”, hasta que llegó la policía armada y ésta sí que nada de recaditos. Sin que se produjesen incidentes —y si se hubieran producido, qué—, pim, pam, pum, fuera, no valieron coplas de que estaban en la plaza porque el alcalde no les había dejado entrar a hablar con él. La entrevista de los 17 con el alcalde tampoco iba bien, pero esto ya es harina de otro costal. Bueno, en realidad fue tan mal que la gente se largó gritando Viola dimisión por tatista y por tatón, que es lo que se le ha gritado siempre a este tático.

Bien, bueno, quizá sea interesante advertir que estos celadores del orden —¿celadores?, ¿orden—, tanto azules como grises, y aunque parezca mentira, en su mayoría son fauna de barrio. Su statu quo —estado de cosas; aquí su bolsa o su bolsillo— no les da para más, para zona residencial, o barrios de lujo que no son barrios, ni mansiones, fincas, pueblos o urbanizaciones lejos de la ciudad, nada, sólo barrio-barrio, tipo servidor de ustedes, o casa cuartel, y vas que chutas.

Bueno, a los primeros se les admite en el vecindario. El urbano es muy serio metiendo

multas, pero congenia con tullidos, vendedores de iguales, camareros, gente con paraditas de tabaco o de pipas, quiosqueros, con toda esa humanidad que hace vida de calle en su oficio, igual como la hace él. A los segundos se les hace el vacío. En tiempos se les hizo la rosca, por temor. Sus mujeres eran las preferidas en las tiendas. Pisaban fuerte. Hoy son ellas las que intentan caer bien en el vecindario. Bueno. Ahora, tales tales, beben solos en los bares. Bueno. Antes les pagabas una copa; ahora no quieres que ellos te la paguen. Bueno. Pensar que como elementos de barrio que sufren también en su carne los problemas que afectan a los demás podrían participar en sus intentos de soluciones, bueno, sería pensar lo imposible, que al parecer es algo





que no se puede pensar. Entre los que tuvieron que cargar o intentar cargar contra los vecinos y paisanos el día más largo de la batalla de Can Clos, había números que sufrían constantemente en sus pituitarias el hedor de las basuras por el hecho de que vivían en los bloques de la poli del Polvorín, y sin embargo cargaron, o iban a cargar, contra sus hermanos de infortunio. Bueno.

Candel (remedando): Bueno, bueno, bueno, bueno, bue...

Bueno, pese a tales diferenciaciones, ambos elementos —azules y grises— se ayudan. Los azules, los de moto concretamente, cuando hay manifestaciones ciudadanas, bueno, corren arriba y abajo que se las pelan y chivatean por radio por dónde van, o dónde están, o cómo van, o cuántos son los manifestantes. Los urbanos de tráfico, bueno, esos les acomodan el tránsito. ¿Porque no les queda más remedio? Bueno, de

acuerdo, a mí eso no me consta, que conste. Ultimamente hubo enfrentamientos entre municipales y gubernativos. Fue cuando la huelga de funcionarios en Barcelona, la primera de ese tipo que se hizo en el mundo, tomen nota, camaradas. Bueno, la gristapo tuvo que amonestarles, y ambos bandos se pusieron gallos —junto a los urbanos se alinearon los bomberos con sus cascos, sus hachas y sus mangueras, casi nada—; bueno, decíamos que se pusieron gallos, y cuando creías que esto había quebrantado la santa alianza o ligazón, pues bueno, resulta que no, resulta que, bueno, urbanos de a pie y de moto, bueno, han tornado a la colaboración. ¡Ay qué ver! Bueno.

Candel (remedando): Bueno, bueno, bueno, bueno, buen...

Yo: Está bien, ya no diré más la palabra "bueno". Lo juro.



Yo diría que los barrios tenemos dos grandes tipos de problemas dentro de esos muchos problemas que nos agobian y que, según pancarta, nos sobran. Bueno. ¡Ay, perdón! Bueno, no. Yo quiero aquí cincharme bien fuerte la agudeza de la expresión y ver si soy capaz de explicar con claridad esto que quiero explicar. Sé que no sabré. Que la liaré, como vengo haciendo todo el rato; que mi pensamiento se empapará de ideas como una esponja se empapa de agua y chorreará deslavazadamente, con lo que mi lengua dictará apurada, y el Candel, con eso de dale que te pego a la máquina igual que si él fuera también una máquina, irá cogiendo las cosas al pie de la letra en lugar de interpretarme, y lo acabará de estropear todo.

Candel: Por favor...

Yo: Bueno. Perdón: bueno, no. Y perdón por lo que de ti he dicho, Paco. Yo lo que quiero decir es que hay dos divisiones, en esto de los problemas, y luego, dentro de esas dos divisiones, dos más otra vez, no dos cada uno de los dos, sino dos en el uno que forman los dos. ¡Brrr! Ya me estoy liando.

Yo diría que nosotros los barrios tenemos dos tipos de problemas a los que yo llamaría, simplificando, y para entendernos, "materiales" y "espirituales", esto es, los que afectan a las necesi-

dades corporales, digámoslo así, también para entendernos, y los que atañen a necesidades del alma, sigamos diciéndolo así también igualmente para entendernos. Sobre la marcha se comprenderá mejor.

O sea —desgranemos la cuestión antes de comenzar a detallar—, hemos quedado que tenemos unos problemas materiales y otros espirituales y que, después —en esto ya no habíamos quedado—, ambos grupos de problemas son "generales" o "particulares", y si afináramos más, diríamos que tanto en esos problemas generales o particulares como materiales o espirituales, existe otra división, la "unilateral", esto es, la que coge un sólo lado o se refiere solamente a un aspecto o parte de una cuestión, por ejemplo, el que un grupo de viviendas, dentro de un barrio, tenga los ascensores que no le funcionan, mientras en otros bloques de casas sí. Existen bloques de eso que llaman vivienda social o protegida a los que no les han funcionado jamás estos mecanismos. Cuando un grupo de viviendas de este tipo forma un barrio, el problema de los ascensores será un problema particular de todo el barrio. Si el barrio lo forman más viviendas iguales o del tipo que sea, pero sin esta anomalía, será un problema unilateral de barrio. Por el primer caso se puede mover el





VIVA  
LA REPUBLICA  
C.S.C.

barrio entero; por el segundo no, aunque lo ideal sería que sí. Pero vamos a ver si ponemos orden en este mejunje.

Entendemos por problemas de orden material o materiales algo así como los de la subsistencia, casi los elementales, los que ayudan no a hacer la vida amena y agradable, sino a poderla vivir; los vitales, los de necesidad inmediata, los que hacen que un barrio sea mínimamente una población y no una Cafarnaúm, una Babel, una Babilonia o cualquier ciudad de la Biblia, ciudades que, por lo que se desprende, eran más guirigay que nuestros barrios. Estas inmediatas necesidades son, a grosso modo —de modo grueso, a la babalá—, el alumbrado, el agua, la pavimentación, las alcantarillas, las aceras, los espacios verdes, lugares donde jugar los niños, recogida de basuras, semáforos... Esto y más —sus derivados y ramificaciones— parece algo tan elemental que no debería ni mencionarse, y, sin embargo, existen compadres míos que llevan siglos cojeando de algo de lo expuesto, a veces de la mayor parte de lo expuesto y, en ocasiones extremas, de todo lo expuesto.

En el negociado de problemas espirituales, aquellos que vienen después del techo y la panza, colocaríamos la falta de escuelas, pocas escuelas, caras escuelas, malas escuelas, toda la rama de escuelas, guarderías, parvularios, primaria, institutos, alfabetización mayores, formación profesional, échale guindas al pavo o asunto; ídem lugares de reunión, lugares de diversión, centros para ancianos, centros sociales, bibliotecas, asesorías (carencia de todo esto y más, que quede claro, échale también guindas al pavo, a todos los pavo-asuntos, desde luego).

Ambos grupos de problemas, los de la panza y



los del alma, ambos, se dividen a su vez e igual en dos, dijimos, y dijimos también, y si no, lo decimos ahora, que no dos divisiones el primero y dos divisiones el segundo, sino dos divisiones los dos a la vez. Y estas dos divisiones son los problemas generales y los problemas particulares.

Candel: Lo dijiste, lo dijiste. Especifica y ve al grano. Cuando te haya enseñado a escribir ya habremos acabado el libro.

Yo: ¿Habremos?

Yo (siguiendo): Bueno, digo, bien; específico. Yo casi me atrevería a decir, aquí y ahora, que todos los problemas que hemos enumerado, tanto materiales como espirituales, son de orden general, pues los tienen todos los barrios, unos más agudizadamente y otros de un modo más

paliado. A todo lo citado de falta de alcantarillado, nula o deficiente pavimentación, siglos en colocar alumbrado en las zonas recién nacidas, ausencia de espacios verdes, escuálidos y raquíticos —ocres y no verdes— los pocos que hay, carencia de semáforos en los cruces más peligrosos, privación de espacios para que jueguen los chicos, quienes se meten por entre las ruedas de los coches persiguiendo la pelota, deficientísima atención sanitaria, amén de la ya explayada gama del abanico escuelas, del eclipse de entidades culturales, de etcétera, etcétera, etcétera, tacatata, tacatata, hay que añadir, como contraste ante la carencia, la acumulación de industrias en estos culos de saco que nosotros somos, y con ello toda la triste secuela de contaminación y degradación ambiental que tales amontonamientos entrañan: contami, degradá, ruina y vejez de los edificios al cabo de pocos años, ruidos fabriles, enloquecedor tránsito rodado por tratarse de zonas de trabajo, con camiones que te hunden los tímpanos con su trepidación y sus rugidos de claxon y las aceras y el asfaltado con sus voluminosas ruedas dobles, tantas como zapatos un ciempiés, etcétera, etcétera, etcétera, tacatata, tacatata, tacatá otra vez. (Hay que leer bien y con entonación esto del "tacatata, tacatata, tacatá".) Para entendernos, todas estas cuestiones las hemos englobado en siete especies de plagas bíblicas que luego las explicaremos.

El problema "particular" es el que tiene un barrio y otro no, o unos sí y otros no. Evidentemente, dentro de estos problemas particulares, existen los comunes a varios barrios, mientras que otros barrios ya los tendrán solucionados o convertidos en pasables. Así pueden haber equis



barrios vecinos o distantes entre sí con, por ejemplo, deficiencia de alumbrado, o con carencia de agua, o sin ninguna escuela, con el problema que sea, pero con una agudización tal del asunto que, en tales casos, algunos problemas conceptuados como "generales", en ellos se transforman en "particulares", incluso, a veces, y según el grado de carencia o de deterioro, en "particularísimos". De todos modos, y en múltiples ocasiones, hallamos barrios nuestros con un problema tan particular que parece como

si los demonios del urbanismo, de la estructuración, del jo/robar al prójimo para que lo mío vaya bien, del abusos de éstos porque son más pequeños, se desataron insanamente —localmente, demencialmente, furiosamente— en su momento y así, sin que nadie los atara de nuevo, continuaron un tiempo, siempre, por lo común, demasiado tiempo, a veces como eternizados. Tal ocurrió con parte de los barrios de la Zona Franca que fueron, tal como he ido contando, durante quince años o más el cagadero de Bar-



celona a causa de los vertederos municipales de basuras que les habían asentado en el puente de sus narices para mayor inri. O el sector Valle de Hebrón, estribaciones de Horta, soportando las pelotas del Porcioles, dos enormes depósitos verdes y redondos, globos de butano o del gas que sea, depósitos, esos y tantos otros, de los que siempre se dice que son extraseguros y que nunca explotarán, hasta el día en que lo hacen, y que los plantaron allí por pelotas de un alcalde, y de ahí y de su parecido a esos atributos el nombre que les han endosado. En otros lugares es una fábrica siempre soltando humos, siempre soltando pestes. En el barrio de más allá es el paso a nivel de un tren que mata a Dios y a la madre al más elemental descuido y todos tan panchos, tan panchos los que no tendrían que estar panchos sino culpables. El de más acá, tal uno de Manresa —barriada Mión— con las calles sin asfaltar, sólo tierra, estando así desde que se formó el barrio, una pila de años, y lo que estarán, dicen sus habitantes, al parecer por insécula seculorum —por los siglos de los siglos—, todo porque el barrio consiste en casas que la gente edificó en solares sin urbanizar ni planificar. Era un barrio nacido como en la ilegalidad y no constaba su existencia. Así como los regímenes se legalizan al cabo de un tiempo de existir por ilegales que sean, los barrios no. Por lo visto, el municipio no pavimentaba porque para él no existían, y los vecinos, como no existían, no podían hacer nada al respecto aunque quisieran, que querían (1). Igual sucedió con otro barrio de

(1) Candel dio una conferencia en esa barriada el día 10 de enero de 1975 y Barrio registra las imprecisas impresiones que le suministró Candel. De ese



ciudad provinciana, hijo de una urbanización que vendió solares a todo meter a gente sencilla, dejando la pavimentación para más adelante. Ya los vecinos convertidos en propietarios —¿valiente timo esto de la propiedad horizontal!; ¿por qué al pobre le empobrece ser propietario mientras que al rico siempre le enriquece?—, la urbanización se lavó las manos respecto al asfalto de sus vías, y el ayuntamiento se las lavó, se las lava y se las lavará. Esto del uno por el otro la casa sin barrer —en este caso y el de antes el asfalto por colocar—, es epidemia archicorrientísima en los pagos del barrio obrero y suburbial. A incluir en lo del barrido de nadie son esos pasos a nivel sin guarda de trenecillos o trenazos que, por lo que sea, atraviesan un barrio o muchos barrios en su itinerario, que aquí quiere decir camino trazado de antemano. Surgida la vía del tren antes que la calle o carretera cuyo cruce forma ahora el paso a nivel peligroso, los del ferrocarril dicen que a ellos no les toca subsanar el asunto, pues ellos llegaron antes, y los del municipio que ellos no son los del desaguizado, o la razón que sea, y así se anda, con los que ni lo comieron ni lo be-

barrio se ha llegado a decir que si el barro valiera dinero, los vecinos de Mión serían millonarios. Era un barrio que pagaba el haber sido "tolerada" su construcción —esto es: hacer la vista gorda— en los años cincuenta ofreciendo —ofreciendo que es vendiendo— parcelas a los inmigrantes. En este mes de octubre de 1976 en que Barrio y Candel todavía están pergeñando este libro se ha aprobado la "primera" —remárquese la palabra— fase de urbanización del sector. Rogamos al poco valedor Dios de los Barrios pobres que la aprobación siga adelante.— (Nota del Autor Omnisciente.)





bieron, palmando. En realidad, los barrios somos el cúmulo —montón de cosas, el no va más— de la injusticia perpetua, de la befa y el escarnio —injuria, afrenta, pero en la propia carne, creando llaga— que es capaz de soportar la familia humana.

Candel: No te me pongas así, hombre.

Yo: Pues me pongo. Y parece mentira que tú digas eso viviendo donde vives, que ayer, cuando al Dostoievski le dio la epilepsia en esa calle que hay entre La Viña y los nuevos pisos del Fomento, cascándose contra una piedra al caer y perdiendo el conocimiento, la ambulancia, que llegó cuando llegó, pues en toda la zona no

hay ni un hospital ni un ambulatorio, botaba por entre los pedruscos, casi sin poder llegar al Dostoievski, que parecía muerto, y luego se lo llevó repecho arriba, sacudiéndolo como si fuera dentro de una coctelera, todo en un ambiente desolado de agrio atardecer de barrio; bueno, pues —bueno no—, tú cerrabas los puños y los abías...

Candel: Para, para; diríase que te dan cuerda. Serénate y procura retomar el hilo de tus argumentaciones.

Yo: Bueno. Bueno, no; bien. Andaba yo diciendo antes, respecto a divisiones en este embrollo de problemas que me hago...

Candel: Sí que te lo haces. Al grano, al grano.

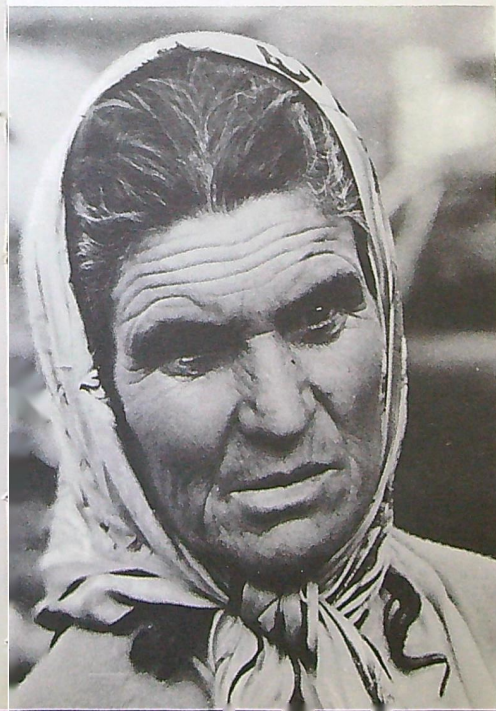
Yo: A la mierda, a la mierda.

Candel: Grosero, grosero.

Yo (siguiendo): Andaba diciéndome que además de los problemas "generales" y "particulares" que ya hemos analizado o, al menos, echado un vistazo, quedaban los que para entenderme, siempre para entenderme o entendernos, llamaba "unilaterales", problemas "unilaterales".

Candel: Qué vicio tienes de repetir tanto las palabras y conceptos...

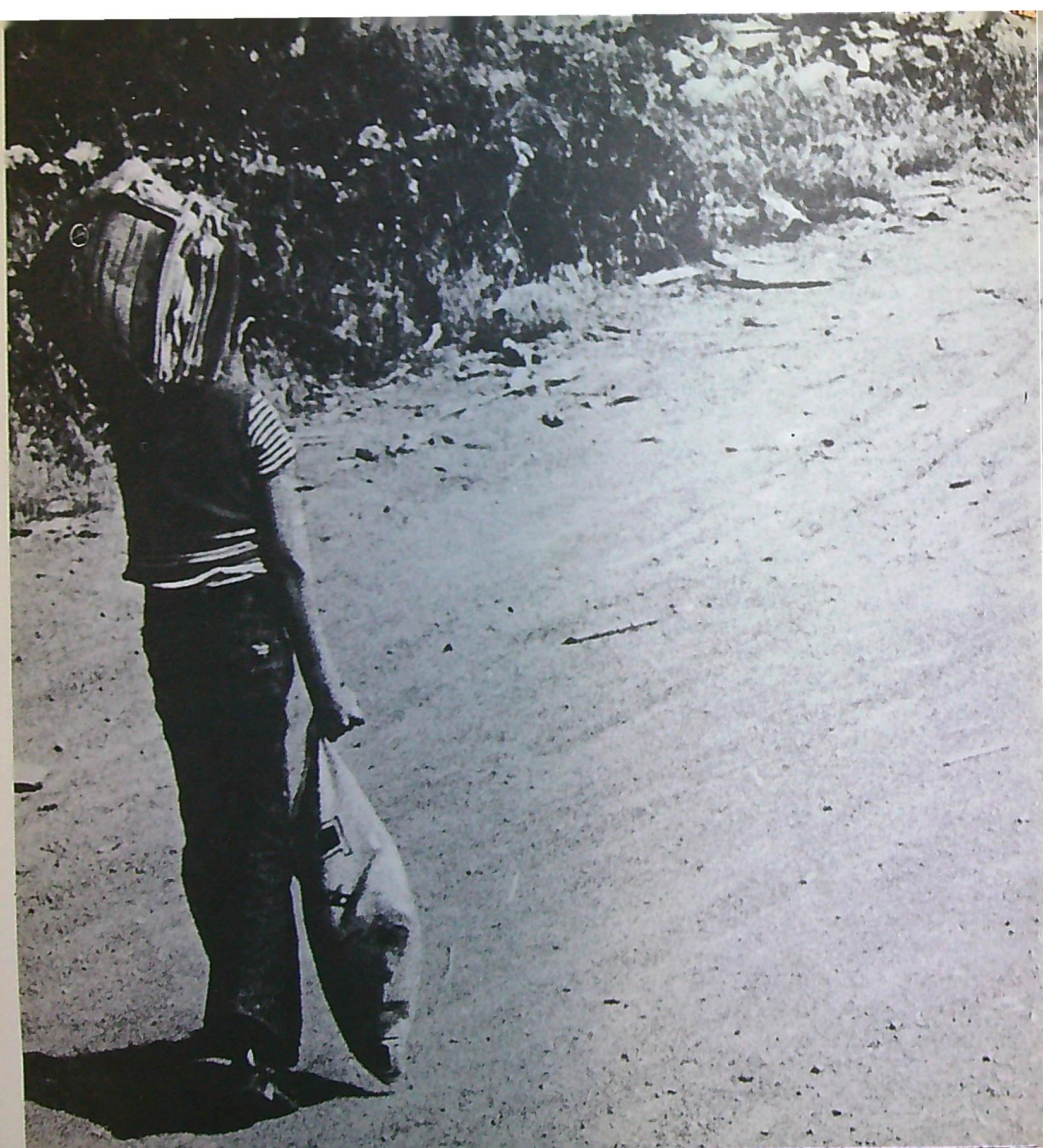
Yo (sin hacer caso, siguiendo): Estos también son abundantísimos. Son situaciones que afectan



sólo a un sector de barrio o de zona, a veces un mínimo sector; por consiguiente pueden dejar —por lo general dejan— indiferentes o insensibles al resto de la comunidad, a lo que queda de vecindario. Ya explicamos lo de los ascensores. Un ascensor se estropea en cualquier escalera. Ocurre corrientemente. Pero no pasa nada. Se avisa a la casa de los ascensores y vienen y lo arreglan. A veces se estropean demasiadas veces. Otras veces, los arregladores no vienen tan de prisa como se quisiera. Pero en fin, eso, en el fondo, nada, pelillos a la mar. Pelillo es una causa leve de leve motivo o leve disgusto, no el diminuto de un pelo. Pero es que el ejemplo aducido antes no eran pelillos, ni un ascensor, sino todos los ascensores pertenecientes a todo un bloque de viviendas protegidas, esas viviendas del qué monas, qué cucas, cuando la inauguración, y al poco, pam, birrias. Estos ascensores de marras diríase que funcionaron el día del estreno, para quedar bien, y ya, luego, por más que sus usuarios —los que usan— marearon a patronatos y a organismos todos relacionados con tales bloques, nunca más lo hicieron.

Otras veces se trata del resquebrajamiento de viviendas de un sólo tramo o trozo a causa de un túnel que están excavando o de unas obras del metro que se están haciendo. Sin esforzar la imaginación —o esforzándola; lo de sin esforzarse era para no cansarse— busquemos la anomalía que sea y la mostraremos: grietas, hundimientos, humedades, sótanos inundados, goteras como mapas, todo ello en cuanto a escaleras de pisos, en cuanto a grupos de viviendas reducidos, a reductos algo así como íntimos o personales, pero también pueden buscarse anomalías externas afectando igualmente sólo a este o aquel





sector de vecindario, como son cruces de calles peligrosos, molestias de alguna nociva industria, desniveles, socavones, lo que se tercie, ¿se me entiende? O sea, son cosas que me molestan a mí y a ti no, o al revés, a ti sí y a mí no, y entonces yo me ahogo y amargo y tú te quedas indiferente o yo me quedo tan tranquilo y tú te mueres.

Si los problemas "unilaterales" no aglutinan al barrio, los "generales" —comunes a todos los barrios, no lo olvidemos— tampoco. Estos, en todo caso, se prestan a servir de bandera, en una tónica amplia y predicadora, para poder decir: se nos hace, se nos dice, pasamos, padecemos, sufrimos... Los "particulares", en cambio —aquellos que te azotan a ti con todo tu sector—, sí. Cuando la gente sufre en su propia carne un dolor, no en la carne del hermano solamente, se espabila y arrima el hombro. Resumiendo, podríamos decir que los problemas generales son la demagogia continuada, los particulares son aglutinantes y los unilaterales el sálvese el que pueda.

Candel: Visto así, como un simple enunciado y guiándote por la etimología de las palabras parece que los problemas generales tendrían que ser los aglutinantes, los particulares el sálvese el que pueda y los unilaterales el ejemplo de lo que te podría pasar si no te unieras con los demás, pero con tus explicaciones y la carga filosófica que tú le has puesto detrás al asunto, todo queda cambiado.

Yo: Mira, Candel, intentar poner en pie de guerra a todos los habitantes de los barrios diciéndoles que el problema escolar es generalmente deficitario, hará mover la cabeza a todo el

mundo diciendo que sí, que sí. Ahora bien, explicar a toda una zona o barrio que un plan parcial o comarcal les amenaza particularmente a todos ellos con barrerles, pone en movimiento a todos sus habitantes, a todos, siguiendo ciegamente a quienes se pongan al frente de la problemática. Y firmarán instancias, pegarán pólizas, se manifestarán, irán en comisión a ver a las autoridades, repartirán octavillas, tacatacatá, tacatacatá. (Léase bien y con entonación.) Yo sé que es cierto que unos trabajarán como locos y los otros irán a remolque, y que cuando la cosa fracase, que será lo más probable, se cargarán a quienes dieron la cara y el do de pecho con sus critiqueros. Incluso abundan los tipos que racanean. Escépticos, no creen en nada. Si se fracasa, ellos ya lo sabían de antemano, pero si la ofensiva resulta, entonces se unirán a lo que se llama el carro de los vencedores, procurando no quedarse fuera de juego ni tan siquiera los últimos. Cuando el problema expuesto a los vecinos es el unilateral, el de sólo unos cuantos, conseguir que los otros cuantos se pongan también al lado, es prácticamente imposible. Quienes hoy sienten la causa de los barrios en algo así como la causa del proletariado, los componentes de sus diversas asociaciones y otras entidades, ya explican, ya, que hay que formar junto al compañero que está pasando por el tubo a fin de que mañana, cuando te toque a ti ser escaldado, estén los otros a tu lado, y esto porque la unión hace la fuerza, o porque... Todavía —confiemos en que llegará el día que no— muchos te dirán que si quieres arroz, Catalina, que se ve era una señora a la que este tipo de grano no le gustaba nada.



Según cuenta la Biblia, Dios —allí le llaman Jehová y Yavé; Jehová en las Biblias de antes y Yavé en las de ahora— le cascó de valiente a Egipto. Dios, Jehová o Yavé, se ve que entonces era así. Le sacudió estopa a Sodoma y a Gomorra, también a Babilonia, a Babel, yo qué sé. Igual daba leña o algo peor a una ciudad como a una nación, a una persona como a mil, a una tribu como a un rebaño. A Egipto le mandó las plagas. Gobernaba en Egipto el Faraón y se supone que la Faraona y lo hacían mal, como todos los gobernantes, y Dios-Jehová-Yavé, plas, mandó las plagas (Candel —las manos en la cabeza—: Hala, hala, hala), que fueron de sangre —contaminación de las aguas—, ranas —infección de la tierra—, mosquitos —rompimiento de la ecología—, tábanos —corrupción del ambiente—, peste —desaparición de la riqueza ganadera—, pústulas y tumores —enfermedades contagiosas—, granizo —pérdida de cosechas—, langosta —traída por el viento solano se merendó lo que dejó el granizo—, tinieblas —como si todos los humos industriales de ahora les envolvieran— y muerte de los primogénitos de Egipto —igual que si hubiera actuado la gran represión—. ¿Verdad, Paco, que parece una edición cotidiana de uno cualquiera de nuestros periódicos? Candel: Hala, hala, hala.) (1)

Acordándonos de tales historias, yo he pen-

sado que los barrios también sufrimos el azote de diversas plagas, aunque no creo que nos las mande Dios, pues no sería razonable que nosotros —yo, mis hermanos, quienes nos habitan— sufriéramos los desaguisados de nuestros mandamases, esos desaguisados que son, fueron y serán catastróficos. En aquellas latitudes bíblicas se ve que se las traían tanto los que mandaban como los que eran mandados, mientras que aquí es otra cuestión. Yo he armado esta especie de tinglado comparativo porque las plagas de Egipto fueron siete y en los barrios, calculando a gordo modo, también son siete.

Candel: Hala, hala, hala... Por favor, ¿quieres contar las plagas de Egipto?

Yo (contando): Una, dos, tres, cuatro...

Candel (para sí): No sé que ocurre, pero todo el mundo cree siempre que son siete.

Yo: ...seis, siete, ocho, nueve y diez. Pues me habéis hecho trizas el planteamiento.

Candel: ¿Me habéis? ¿Yo? Anda y no te preocupes y sigue con él.

Yo: Sí, pensaba que eran siete. Se ve que el

(1) De todos modos, el Candel, mucho "hala, hala, hala", un "hala, hala" que emplea despectivamente y no animadoramente, pero el Barrio que dicta el libro conoce la Biblia mejor que él.— (Nota del Autor Omniscente.)

número siete es el número religioso por excelencia. Por ello pensaba que en el catecismo de los barrios que algún día tendrá que escribirse, los niños de la catequesis cantarán: "Las plagas de los barrios son siete: moscas, ratas, agua, barro, ruidos, humos y basuras." Desde luego son más. Diez. "Pobreza, degradación y abandono." Y más. Pero estas siete son primordiales, algo como el aire, el agua, la tierra y el fuego cuando se habla de elementos. De esas siete se derivan las otras, o las vamos a hacer derivar si acaso buscamos derivaciones. Aunque bien pudieran ser esas derivaciones las cabezas originales y de ellas derivaran las plagas que hemos nombrado.

Candel: Hala, hala, hala...

Yo (sin hacer caso): Derivación: procedencia, traer su origen de alguna cosa, resultado, consecuencia, deducción.

El recitado de las plagas barriobajeras ha sido ordenado del modo que lo hemos ordenado más en razón de consonancia —porque parece que así suena bien— que por lógicos encadenamientos, o sea, por correctas derivaciones. En realidad puede decirse que no hay unas plagas primeras o generadoras, sino que todas invaden al unísono, que quiere decir a la vez. Pero miraremos de encadenarlas, aliarlas y alearlas, o sea: aliarlas, que se dan la mano; alearlas, que se dan el pico. Miremos, pues.

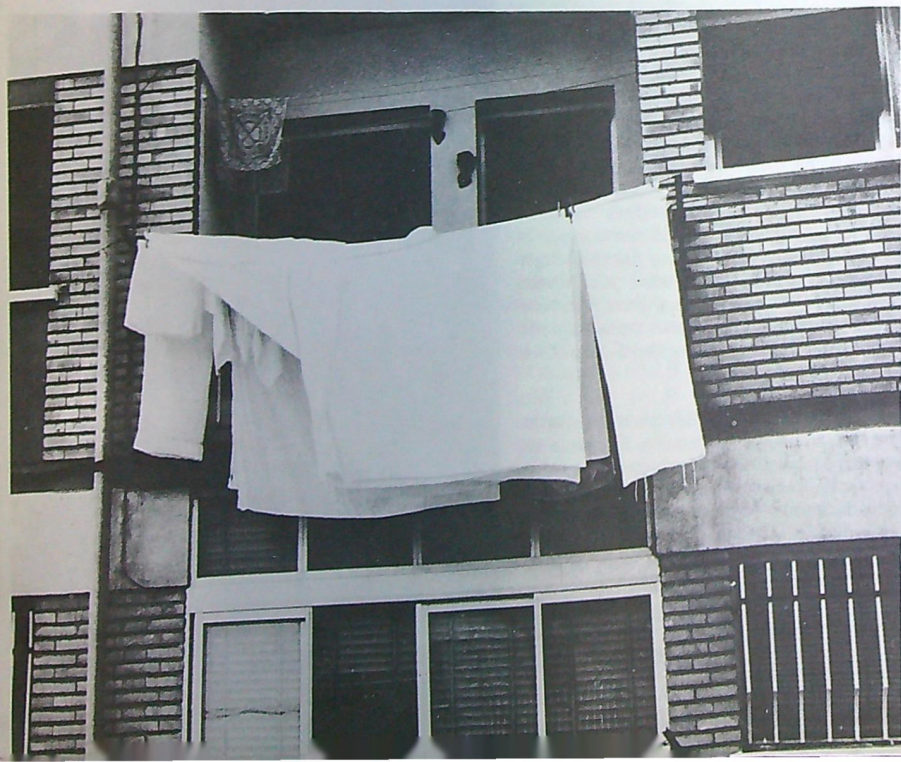
1) Moscas: ¡Bah! Decir hoy que las moscas son una plaga suena a imaginación. Realmente son más un símbolo a lo plaga bíblica que otra cosa. Las moscas han sido una constante plaga, peste o epidemia en la historia de las personas y de los animales de bulto, pero hoy el dedeté las ha hecho cisco; a ellas y a toda clase de insectos.





tos parásitos y domésticos. Eso no obstante, en los suburbios y en sus zonas desidiaosas que, generalmente, son más las que son que las que no son, mosconeán en densa nube sobre los montones de desperdicios y detritus. En los lugares que, por lo que sea, el vecindario arroja su basura, las moscas forman cortejo y se te cuelan en la boca o se te meten por detrás de los cristales de las gafas, golpeándote las persianas de los ojos, introduciéndose hasta en las orejas. En otoño son pertinentes y pertinentes; más aún: impertinentes.

Hasta las altas terrazas de los áticos son capaces de invadir, ahí, sobre todo, los tábanos, pues son más remontadamente voladores, y en los lugares infectos, donde se abandona la carroña, el gato o el perro muerto, la rata aplastada, los desperdicios de carnicería o pescadería, se afanan las moscas verdes y metálicas. En según qué años abundan a montonadas; en otros no se ven tanto. En zonas muy zarrapastrosas son las amas. De puertas adentro de tu casa, aún te defiendes de ellas; en la calle, y en establecimientos que tienen que estar con las puertas



abiertas, como bares y tiendas de la alimentación, te las ves y te las deseas. Junto a la mosca hay que alinear algún otro insecto: el mosquito, donde hay charcas y aguas residuales, y la cucaracha, reina de las cocinas, cuartos de aseo y habitaciones o almacenes, donde hay alimentos o trastos. También, a las cucarachas, se las combate digamos que eficazmente con surtidores de insecticidas, aunque a veces es como si tales venenos las resucitaran y engordaran; trepan pimpantes por las cañerías hasta los pisos más altos y no sabes por dónde se te meten incluso en las entrañas de la nevera, donde mueren refrigeradas. Las moscas —y con ellas las cucachas, mosquitos, los insectos que sean—, en esta maldición bíblica que representa el haberlas catalogado como plaga, encarnan el obstinado embargo que lo desagradable ejerce siempre sobre aquello tuyo, todo aquello tuyo que te es tan propio y tan placentero. A poco que descuidéis la vigilancia contra el enemigo os tornarán a martirizar y a comer. Aunque plebeyas y pobres sólo invaden los estamentos pobres. Parecen la soldadesca de los ricos. También simbolizan las parásitas capas sociales que viven a costa de los que trabajamos y sudamos...

Candel: Hala, hala, hala...

2) Ratas: Dicen que dicen que dicen que tocamos a una rata por ciudadano. ¿Dónde está la mía, que me la como? No sabemos si es a rata por ciudadano de Barcelona o a rata por ciudadano de Madrid o a rata por ciudadano de Barcelona y Madrid o a rata por ciudadano del mundo entero. A mí, como ciudadano con muchos ciudadanos dentro de menda, me tocan Dios y la madre de ratas. De todos modos, y según mis

cálculos, que yo también los he hecho, aunque sean a grueso modo, en los barrios suburbiales se toca a tres ratas por ciudadano. Entonces ya es más difícil comérselas. Como quiera que las estadísticas funcionan al modo elementalmente socialista de contar todo lo que hay que repartir, contar después a los que han de recibir el reparto y dividir, resulta que tocamos a lo que no tocamos, sin que quepa aquí lo de unas veces para bien y otras para mal, ya que siempre, en tales repartos, tanto si le toca como si no le toca, al pobre siempre le va peor.

Candel: Me gusta, maestro, porque te expli-cas.

Yo: Si no me explico, me explicaré. Cuando se dice que en el mundo se asan tantos pollos diarios siendo tantos ciudadanos en condición de mascar, tocando, por consiguiente, a tantos, se olvidan que algunos, por su capacidad adquisitiva, mascan tantos, mientras que otros, por su capacidad no adquisitiva, no mascan ninguno. Con las ratas igual, pero al revés. Aquí, el de poder adquisitivo, por su mejor hábitculo, rechaza la rata que le toca, mientras que el de menguado poder adquisitivo, por su peor hábitculo, admite la rata que el otro rechaza. Parado —absurdistad que envuelve contradicción—, paradójico pero verdad. Mientras las zonas residenciales —residenciales en el sentido corriente y al uso, no en el enciclopédico— brillan limpias por la ausencia de estos roedores, las zonas nuestras del cochambre y la miseria aparecen invadidas por esta plaga tanto o más que por la de las moscas. Y aquí no hay dedeté —en este caso raticida— que las contenga. Las campañas de desratización son a escala municipal, no a particular ciudadana, o mejor dicho, las hace el mu-





nicio cuando quiere, no cuando lo desean los núcleos ciudadanos, pareciendo que consisten, tales campañas —esa es tu sensación por el resultado—, en expulsar a estos animalitos de las zonas “altas” de las ciudades canalizándolas hacia las “bajas”. Y así estamos, con las tres o cuatro ratas o quizá más por barba o por cabeza. Aunque preciso es tener en cuenta que también en los barrios, entre sus pobladores, unos tocan a más ratas y otros a menos y quienes a ninguna.

Entendámonos. Por tónica general, la gente no sufre las ratas en sus pisos, como a lo mejor sí las moscas o las cucarachas. En el tipo de vivienda vertical la rata no tiene cabida, cuanto más alto el piso, menos. Pero sí mucha gente de las plantas bajas, de las barracas y de ciertas especiales latitudes o ubicaciones, poseen rata a domicilio, amén del ratoncillo, que si no da asco, puede producir en cambio gran destrozo en armarios de ropa, o entre los papeles y libros, allí

donde a él se le tercié, siempre en pro de su confortabilidad y subsistencia, angelito. Las ratas, en los almacenes de tiendas y de fábricas, ya arman más marimorena. De todos modos, y aunque sectores de gente suburbial no tocan no a tres ratas, sino a ninguna, digamos que como vecinos de censo si tienen tal cantidad asignada, pues el número de estos múridos —denominación familiar a la que pertenecen los roedores— pululando nuestra geografía es inmenso. La rata es un animal repugnante que se reproduce vertiginosamente, portador de enfermedades contagiosas, voraz y destructor. En sectores donde el caldo de cultivo les es propicio, su misma proliferación las hace audaces, no vacilando en invadir no sólo las plantas bajas, sino los pisos más altos, trepando por las paredes como si fueran lagartijas. Así ocurría y ocurre aún en los barrios de Can Clos y Polvorín debido a los vertederos de basura próximos, antaño en función y ahora conservando en sus entrañas y aledaños esta especie de pasto de ratas. Testigos presenciales afirman haberlas visto trepar hasta terrazas y áticos. Muchas de ellas se han ahogado constante e insistente en los depósitos que abastecían de agua a los citados Polvorín y Can Clos. Los solares abandonados, donde van amontonándose los desperdicios, son sus cuarteles generales. Cruzan las calzadas a la velocidad del rayo y desaparecen por los sumideros de las cloacas. A alguna que otra la despanzura un coche o camión. Los chavales promueven cacerías a su costa. Y en el barrio de Ciudad Meridiana llegaron a haber tantas que sus vecinos organizaron una especie de montería y hasta concedieron trofeos a quienes se hicieran con más piezas, todo ello en una digamos desesperada parodia por conseguir llamar

la atención de los que por más que se les llame, es como si no se les llamara. En las zonas de barracas, las ratas han llegado a morder a los niños pequeños dejados por la madre un momento en la cuna. Han devorado dedos y manos de esos pequeñines. Son como el ácido nítrico, que es ese ácido que usan los pintores para morder la plancha de sus aguafuertes. Ellas también lo muerden y se lo comen todo. Son capaces de





atravesar un tabique. En el barrio de San Cosme y San Damián, un barrio que está en El Prat, agujereaban el cielo raso de las viviendas, boquetes como puños. Las ratas son como el búnker. Siempre resucitan. Siempre reaparecen. Siempre atacan. La mínima cuestión les sirve para ensañarse. No hace mucho, a una vecina loca de uno de estos barrios como yo, le dio por no sacar la basura a la calle. Llenaba bolsas y las dejaba por todos los rincones de la casa. Incluso colgaba estas bolsas de desperdicios en la percha del recibidor. Y en seguida hicieron su aparición las ratas, quienes desde allí, agujereaban tabiques y puertas e invadían las casas de los vecinos. Hay que insistir: igual que los del búnker, que en cualquier bloqueo de ideas infectas y pestilentes, se hacen fuertes y desde allí procuran invadir lo decente. Se envalentonan cuando el enrarecido ambiente les es propicio y huyen como ratas —las ratas como bunkeristas— cuando se ven descubiertos y se les planta cara...

Candel: Hala, hala, hala...

3) Agua: El agua es una plaga paradójica —esto es, y acordaos, lo contradictorio, sí siendo no, no siendo sí—, pues es plaga tanto por carta de más como por carta de menos. Las barracas sufrieron siempre la carta de menos —aparte de la de más, de la que luego hablamos—, ya que carecían de ella. Tenían que ir a buscarla a las fuentes de barrios próximos, y cuando el municipio les colocó fuentes en su mismo bollo barraquista, aquello fue un acontecimiento. Pero no son únicamente los barrios barraquistas quienes carecen del precioso y líquido elemento, que dicen los líricos —lírico: gilipollas que suelta las cosas bonitamente o en

verso (Candel: ¡Hombre! Yo: No, tú, no)—, sino que también hay barrios más estables o definitivos que los barraquistas con su problemita del agua, tal los barrios antiguos, como, por ejemplo, el compuesto por las calles Albarracín, Moncayo y Sarasate junto a La Mina, que toda su vida resolvieron esta necesidad con pozos que tenían en los patios, hasta que al tornarse éstos insalubres recurrieron a las fuentes cercanas, y también algunos barrios nuevos en los que se les eterniza el alta del agua o que, por anomalías de conducción, no les llega pese a todas las instalaciones, o llega el agua a las plantas o bajos, pero no a los altos o áticos. En fin... Sin embargo, y aunque tal vez no lo parezca, peor es todavía la carta de más, cuando el agua baja del cielo en forma de lluvia pausada y torrencial —sobre todo torrencial—, siendo para unos bendición y maldición para otros. La lluvia no solamente encharca amplias zonas en todos los barrios bajos, casi diríamos que cuanto más bajos en bajo nivel geográfico más, sino que, a la mínima, produce inundaciones. Llena los sótanos de infinidad de viviendas —Bellvitge, La Paz, San Cosme y San Damián son ejemplos a voleo— y su agua penetra, aunque sea unos dedos, en infinidad de plantas bajas de tales latitudes nuestras, y eso por más que se trate de agüilla mansa y no torrencial; basta, únicamente, que sea pertinaz. Cuando se trata de lluvia impetuosa tunde los techos de las barracas, discurre hecha un río por según qué calles, hace saltar las tapas de las cloacas e inunda los sectores de escaso desagüe. Y si es tromba el agua que se descuelga, entonces, Dios mío, es que llega a arramblar con cierto tipo de barrios, concretamente con los de barracas y los de "coreas", esas viviendas



artesanales, por lo general de ladrillo visto, que se construyen los propios interesados donde pueden y como pueden. Su afincamiento en laderas de montaña, vaguadas, ramblas, litorales o riberas las hace sumamente deleznable ante esos embates. La tragedia del Vallés, que tantas vidas costó en el año 1962, no fui ni más ni menos que eso: un barrio de coreas, el de Las Arenas, junto a la ciudad de Terrassa, levantado en una torrentera seca, donde no había vestigio de que el agua hubiera pasado por allí nunca

jamás. Esta rambla canalizó la lluvia de la tromba y, pam, el desastre. El agua desatada es como las fuerzas del orden cuando se desordenan.

Candel: Hala, hala, hala...

4) Barro: Aquellos polvos trajeron estos lodos, aunque quizás el refrán sea al revés. El agua, y en todos esos rodales —calles, plazas, atajos, trochas, veredas, arrabales— en que el asfaltado y la pavimentación brillan por su ausencia, se convierte, pasado el chubasco, en



Candel: Hala, hala, hala...

lugar de así o asá, sí que la ve, ya lo creo que la ve. Pero, e insistiendo, lo de tenue es sólo al minuto de haber limpiado. En cuanto transcurra más rato ya es como si no se hubiera sacado antes el polvo, y como pasen días, el polvo se te come a ti y tú nunca podrás comerte al polvo. Todas las amas de casa mencionan siempre el polvo como el más fastidioso enemigo harto difícil de eliminar, pero en los barrios que somos nosotros —yo, mis hermanos—, el polvo es algo así como la amenaza constante e implacable contra la que no vale descuidarte, pues lo levantarás de aquí y se te acostará allá. Si los barrios muriéramos, el polvo se haría el dueño de todo. El polvo siempre se adueña de todo, como el dinero, como quienes poseen el dinero, como...

Candel: Hala, hala, hala...

que media vivienda, la que da a la calle, sea ruidosa, y la otra media, la que da a los interiores del edificio, silenciosa. Todas las casas en sí son ruidosas y tiemblan y retiemblan cuando esos camiones que parecen paquidermos —cli, cli, cli, cli, cli— pasan por debajo de galerías, balcones o ventanas. Y para huir del estruendo no queda la escapatoria de refugiarte en el otro extremo de la casa, como en las casas señoras de la ciudad a las que este sonoro e insistente rodar también las ha alcanzado, y no cabe esta huida por la sencilla razón de que no hay otro extremo. Nuestros habitantes aseguran que ya se han acostumbrado a la mortificación y que el ruido no les hace nada, pero luego son de los que van por la calle haciendo guiños y hablando solos, sonajas perdidos. Tenemos, además, otros ruidos desagradables y desaforados. Hay barrios —Polvorín, Ferrocarriles Catalanes, Piulachs, La Viña, Plus Ultra, Port, Can Tunis, son todo un ejemplo de ruta maldita— a quienes bordea o cruza un tren —en este caso trencillo—, quien, por no cargarse a ningún cristiano —le aplaudimos el gesto—, desgarrá tímpanos a la hora que sea, por más interpenetrante que resulte, a base de retozones, penetrantes e hirientes pitidos: pit, pit, pit, piiiiiittt... Quedan también las industrias aludidas, unas con sus pitos y sirenas de entrada y salida, otras con el tableteo de sus máquinas, otras... Aunque todavía hay algo peor, y es tener alguna de ellas, por pequeña que sea, en los bajos, en los patios interiores, en el solar de al lado, sobre todo si estas industrias vecinas y vecinales son caldererías, planchisterías, serre-rías, marmolisterías... Tenemos inquilinos que andan a grito pelado dentro de su casa y eso sin estar enfadados ni peleándose con nadie, todo a



fin de dominar los ruidos exteriores y procurar entenderse o simplemente que les entiendan. Unase a ello el ruido local, por decirlo así, el que produce el vecindario en el interior de sus viviendas: ante unos tabiques de papel, un suelo de cartón y un techo de celofán, todo sonido se retransmite y acrecienta de un modo bárbaro; así oyes tu tele y la del vecino, y su radio y su tocadiscos, empapándote del cantante que a ti no te gusta, pero le gusta a él; las riñas y gritos familiares son como música de fondo y ambiental escasamente sinfónica y agradable, y en la quietud de la noche puedes llegar a oír el interruptor de la luz que se enciende y se apaga en cualquiera de los pisos que te circundan, el chorro del pis en el orinal de la vecina de arriba, quien parece tiene para ello su hora marcada, el

pedo sonoro y la tos cavernosa del vecino que madruga y se desobtura por entrambas canales, etcétera, etcétera, etcétera... La cantidad de ruidos que se producen son incontables, y la de sonidos que percibimos inimaginables. Toma tomate de algunos más, de unos cuantos más de ellos: estruendo y algarabía de los bares cercanos, zumbido de aviones que navegan por zonas ciudadanas civiles que no deben cruzar, gamberros con moto dándole con fruición al escape de gas, tableteo de toda la estructura de tu edificio porque el metro subterráneo deambula prácticamente por entre tus cimientos, apunta, Candel, apunta, apunta que no acabaríamos. Cada barrio, bloque o casa tiene sus ruidos peculiares y particulares aparte de los comunes y generales. Y así andas envuelto, por más que no

quieras, en ese ruido zarandeador, monstruoso como la publicidad comercial y mercantilista que te grita, te sacude dentelladas y te acogota hasta que adquieres lo que el clan capitalista quiere que consumas y no lo que te haría falta consumir.

Candel: Hala, hala, hala...

6) Humos: Equivalen a polución, la más corrosiva epidemia del mundo moderno; equivalen a contaminación, esa contaminación que acabará, al paso que vamos, con el género humano suburbial, sino de una manera fulminante, sí de un modo deteriorante, bástenos leer cada día los mapas de contaminación atmosférica ciudadana que acusadoramente llevan los periódicos. Siempre, pero siempre de siempre, las zonas donde estamos asentados nosotros

son las más punteadas, rayadas, cuadriculadas o negreadas, lo que como grado de contaminación del aire supone débil-tolerante, moderado-molesto, fuerte-muy molesto, peligroso-agobiante, siempre subiendo, nunca bajando, toda la gama. Así es que las enfermedades más corrientes que tronchan a nuestros mayores son el asma, la bronquitis, la silicosis, el cáncer de pulmón, todos esos males que afectan a las vías respiratorias, las cañerías humanas que, viviendo aquí, sólo se alimentan de humo. Raro es el día que aparece completamente límpido el ambiente. Únicamente los días de fiesta y también después de lluvias, y no siempre, ya que el persistente entancamiento de los humos no se disipa así como así. Los humos son negros, grises, blancos, amarillentos, apelonados, densos, macizos, deshilachados, escampados o desparramados... Flotan





altos, otras veces a la altura de los pisos, otras rasos al suelo. Llenan de hollín la ropa tendida. Son como un magma que se adhiere al asfaltado, humedeciendo las calles: calzadas y aceras. Hay humo que es polvo de cemento o de cualquier otra piedra o grava triturada. La atmósfera lo absorbe y luego lo llueve sobre nuestras caras, así que mis edificios y los de mis hermanos, y aunque haga poco que hayamos estrenado fachada, estamos irreconocibles, y como que al no ser monumentos públicos nunca nos lavan... Entre los humos de los tubos de escape —motos, coches, camiones—, especialmente en horas punta de entrada y salida de los trabajos, y los humos industriales, que nunca descansan, siempre vas como ahogándote, con la nariz y la garganta entaponadas, con la sensación de que te falta ai, ai, aire para respirar. Constantemente recuerdas a los regímenes dictatoriales y totalitarios que no te dejan hablar, a estos cuarenta años de haber estado así, así, así, asfixiados...

Candel: Hala, hala, ha, ha, hala...

6-bis) Olores (otra plaga con la que no contábamos; ¿no dices nada?) (Candel: No): En ocasiones, y ante panoramas o perspectivas como las que se van pintando, la inmediata sería la de ponerte un pañuelo atado ante la boca, con lo que completaríamos la aludida sensación de amordazados, pero en seguida te detendría la poli creyendo que vas a atracar la sucursal de una caja de ahorros o de un banco, esas sucursales que en nuestras zonas tanto han proliferado. Antes, estas entidades no querían saber nada o querían saber muy poco con nosotros, y tenías que ir a la ciudad a buscarlas si acaso las necesitabas. Ahora han descubierto que nuestro

dinero, poco y roñoso, juntándolo, también pueden hacerlo bailar beneficiándonos, y por eso, cada dos por tres, te dicen que si ingresas tanto te regalan una chuchería o cualq...

Candel: Hala, hala, hala...

Yo: Es que hablar de nosotros los barrios apasiona; resulta lo del ramo de cerezas en que alcanzas una y se te vienen todas detr...

Candel: Sigue.

Los olores en nuestros ambientes de barrios populares no son perfumes de flores con todo y lo dada que es la mujer de nuestras latitudes a la maceta del geranio, del clavel, la rosa, la albahaca y la hortensia. Aunque terrazas, galerías, balcones y ventanas aparecen frondosamente atiborradas de plantas, sólo es un radio infinitesimal —muy pequeñito— lo que cubren con su aroma. El olor acre de vertederos de basura próximos, de montones de porquería abandonada en toda tu geografía circundante, de cualquier producto industrial de los alrededores —seda, fibras, papel, ácidos sulfúricos— te raspa como una lima el gañote, te calcina la pituitaria y te produce la náusea y las ganas de vomitar. Existen barrios extremadamente crucificados por esta plaga, los de El Prat, por ejemplo, que ya, al verlos, o mejor, al olerlos, no te preguntas cómo viven, sino cómo no mueren. Ante estos núcleos de vecinos envueltos por las emanaciones pestíferas y letales —letal quiere decir que puede producir la muerte— de toda una industria a la que llaman enriquecedora, pero callando lo de enriquecedora de sus accionistas, consejeros y propietarios, no puedes por menos que evocar la alegoría del pobre jumento del trabajo muerto, con los cuervos negros y de levita agarrados a su costillar, engordando a base de carroña...

Candel: Hala, hala, hala...

7) Basuras: Las basuras sí que son la madre del cordero, en este caso la madre de las plagas o punto menos. Donde hay basuras hay ratas, hay moscas, hay malos olores, hay humos, hay contaminación, yo no sé lo que no hay. El barro es basura, la lluvia conforma la basura en barro. La basura pudre el agua encharcada. Etcétera. Todas las combinaciones. Casi podríamos trazar el árbol genealógico de las plagas poniendo las basuras de raíz nutricia. Porque no son solamente esos vertederos donde va a parar la basura ciudadana o local, que si te tocan al lado estás listo, ni las plantas incineradoras o trituradoras, que como te las planten en tus reales, tres cuartos de lo mismo, sino que los barrios humildes en sí parece que son basureros por naturaleza. Igual que el dinero llama al dinero, la pobreza llama a la pobreza y la mierda a la mierda. Pese a las recogidas de basuras, las aceras quedan llenas de grandes rastrones de porquería luego de haber hecho su ronda recolectora los empleados de la limpieza. Los barrenderos peinan las calles en lugar de cepillarlas. Encima no se riegan tales calles, o se riegan escasamente. Quizá las condiciones destartalladas de la geografía urbana suburbial propician esta negligencia —descuido, falta de aplicación—, ya que todo esto no se observa ni por pienso —no el pienso, luego existo, sino el ni por broma ni por sueño, luego a barrer tocan— en las partes altas, elegantes, ricas y aristocráticas de la ciudad. Allí todo es manita de escoba y manguerita de riego sin cesar. Se comprende que nadie ensucie la calle. Sería como una blasfemia. En nuestros dismantelados manteles urbanísticos ya es otra

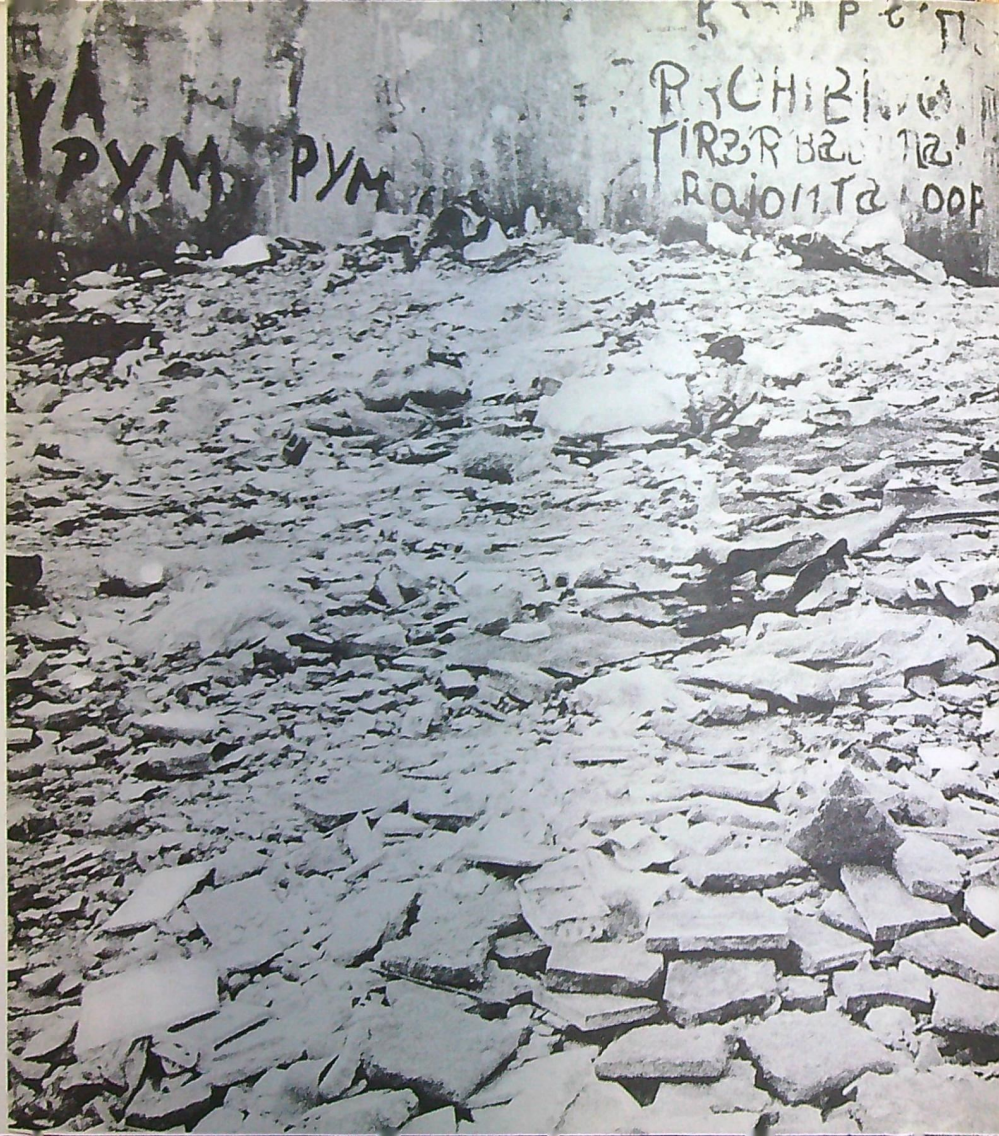
cosa. ¿Cómo se barre una calle sin asfaltar o con su pavimentación escandalosamente deteriorada? ¿Cómo se asea un descampado? ¿Cómo se mantiene limpio un solar abandonado? El hecho de ver suciedad, basura y porquería en cualquier rincón, recoveco, ángulo, calle, plaza, desnivel, trozo, trecho, invita a que arrojes tú también la tuya basura que olvidaste sacar antes de pasar los camiones recogedores, o bien porque eres marrano y puerco de por sí, el hecho de ver más marranería y porquería te exalta, no avergonzándote de ser una especie de consecuente ambiental. Existen zonas, además —ya sea porque les falta urbanizarlas o por no haber sido dadas de alta—, que son como si no existieran para los barrenderos. Aún más: al reclamarles la correspondiente pasada de escoba te hacen butifarra o pan y pipa, así, toma y toma. Por todo ello, nuestras rúas, en su mayoría y en mayor o menor grado, aparecen llenas de bolsas reventadas de basura, de papeles, compresas con vestigios de regla, botellas de plástico aplastadas, muebles viejos abandonados subrepticamente —esto es, procurando que no te vean, aunque también hay quienes los abandonan ostentosamente—, cascote, enrunas, garrones de cerdo repelados, ropa usada, zapatos que ya no tienen arreglo, la más larga lista etcétera del desecho y del desperdicio. La basura es una maldición kafkiana: la mierda del hombre ahogando a este mismo hombre, y al hombre pobre ahogándole la mierda del pobre y la del rico...

Candel: Hala, hala, hala...

Yo: Sí, porque así como al pobre le ahoga su propia mierda además de la del otro, al rico ni la otra ni la suya...

Candel: Hala, hala, hala...





*Discusión politizada entre el Barrio y el Candel*  
(sintonizada por el Autor Omnisciente)

Candel: Eres un exagerado.

Barrio: ¿Yo?

Candel: Quien te lea verá estas zonas nuestras como una jungla infernal.

Barrio: Lo son.

Candel: Mi casa, por ejemplo, anda libre de ratas, moscas, ruidos... de, prácticamente, todas esas plagas.

Barrio: Tu casa y otras. Pero las zonas, no. Y hay más casas que sí que casas que no.

Candel: Pero tus explicaciones dan paso a los clichés. Creas imágenes inexactas.

Barrio: Inexactas, no. No perceptibles totalmente a un primer golpe de vista, tal vez sí.

Candel: Eso.

Barrio: No perceptibles en toda su intensidad al ser observadas una primera y única vez, sobre todo si el objetivo testimonial por el que escudriñas no concuerda con un recargado original.

Candel: Eso.

Barrio: ¿No sabes decir otra cosa? Ahora soy yo quien te abronca.

Candel: Puedes hacerlo. Te has ganado perfectamente tu derecho a ello.

Barrio: Mira. Esto es como las biografías de los grandes personajes. Resumidas en equis





páginas sus vidas son intensas y fascinantes. Vividas tendrían largos lapsos de apacible y aburrido tiempo donde no ocurriría nada.

Candel: Claro.

Barrio: No, claro, no. Verdad. A mí no me des caba.

Candel: No te la doy.

Barrio: Mira, yo leo los periódicos.

Candel: Yo también.

Barrio: Sí, pero tú te lees del periódico todo, hasta los anuncios, que yo te he visto antes de ponernos a trabajar. Yo, sin embargo, y de los pocos periódicos que entran en las viviendas que me conforman a mí, me leo solamente lo concerniente a nosotros, que ahora es mucha tela, mejor dicho, mucho papel, pues cada barrio es una auténtica caja de truenos que se quiere hacer oír, y se hacen oír, y en todos, en todos,

pasa algo, hay anomalías, y muy terribles. Y te juro, Paco, que, entonces, creo que me he quedado corto en lo que hemos expuesto, pues no hemos hablado, por ejemplo, de los barrios que tienen escuelas que son barracones, de los que ni barracones tienen y los profesores dan clases al aire libre, de los que ni al aire libre las pueden dar porque no tienen profesores; de los que están formados por viviendas de cuarenta metros cuadrados de espacio... ¿Sabes tú lo que son cuarenta metros cuadrados para vivir y moverte, tú que tienes una casa que mide ciento dos de esos metros?

Candel: No.

Barrio: Tampoco hemos hablado de los barrios que no tienen ni dispensario, ni médicos, ni ambulatorios, nada, ni por parte del Seguro, ni por parte de la Beneficencia, ni por parte de particulares, que algo les pagaríamos; ni de los barrios que no tienen un mal lugar para que se reúnan los ancianos, esos ancianos que siempre estorban en casa y andan por ahí tomando el sol o la sombra, depende de la estación, pero más el sol, pues tienen los huesos helados además del alma; ni de los barrios que carecen... Déjame que coja los montones de periódicos que he ido arrinconando a causa de esas páginas, déjam...

Candel: No, no te dejo. En el fondo en el fondo eres un demagogo.

Barrio: ¿Y eso qué es? ¿Hinchar el perro de todo cuanto nos sucede para concienciar a la gente? Que conste que yo no lo hincho.

Candel: Por ahí, por ahí andan los tiros que pegas, pues demagogia, y en nuestra aplicación, es exagerar solamente las ideas políticas favorables al pueblo.

Barrio: Hay tanta verdad en mis exageracio-

nes que la ponderación sería lo demagogo. Si hablando de lo que hablo tuviera que callar o moderarme ocurriría aquello que dice Cristo, que hasta las piedras gritarían por mí.

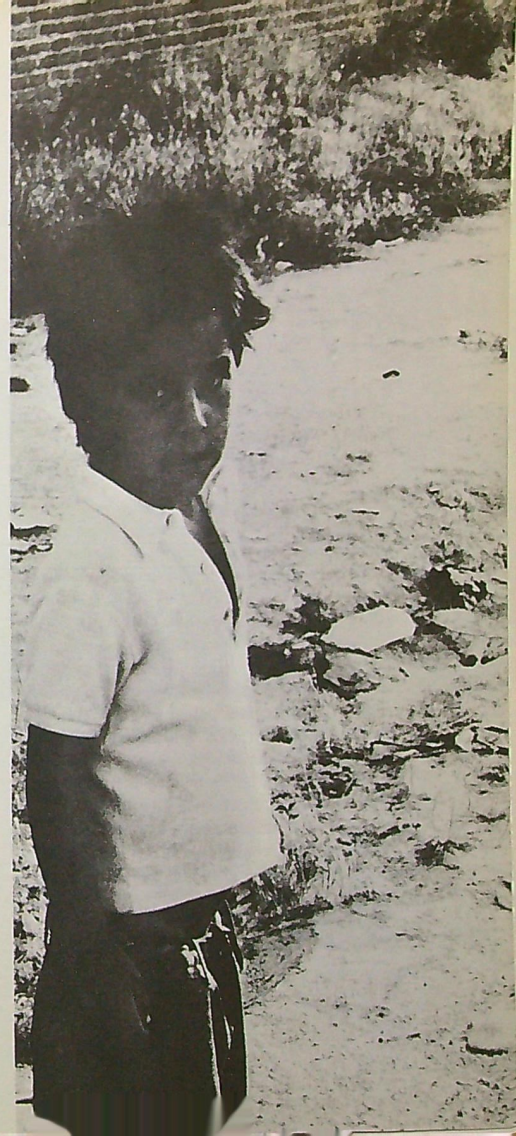
Candel: Es que tú, sistemáticamente, siempre atacas a la derecha, al poder, a los que están arriba, a los ricos... Yo, en eso, estoy contigo, pero creo que tú les embistes aunque no venga a cuento, y por ello se te ve el plumero.

Barrio: Que se me vea. Mira, mi filosofía es la de que el pobre, por reaccionario que sea, es de izquierdas, aun sin quererlo, no le queda más remedio. Los de otros estamentos son de izquierdas, cuando lo son, por planteamientos, esforzándose. A poco que se descuiden serán de derechas. En cuanto a la demagogia, con nuestra gente hay que practicarla constantemente. En cuestión de problemas de barrio aún es elemental practicarla. Aunque ha llegado el momento de "hacer barrio", que es lo mismo que "hacer pueblo", la inmensa mayoría de nuestros habitantes necesitan todavía que se les zarandee primitivamente para que el cerebro se les ponga a trabajar.

Candel: O ponerles picante en el culo para que se muevan y galopen, ¿no?

Barrio: Hala, hala, hala, hala...

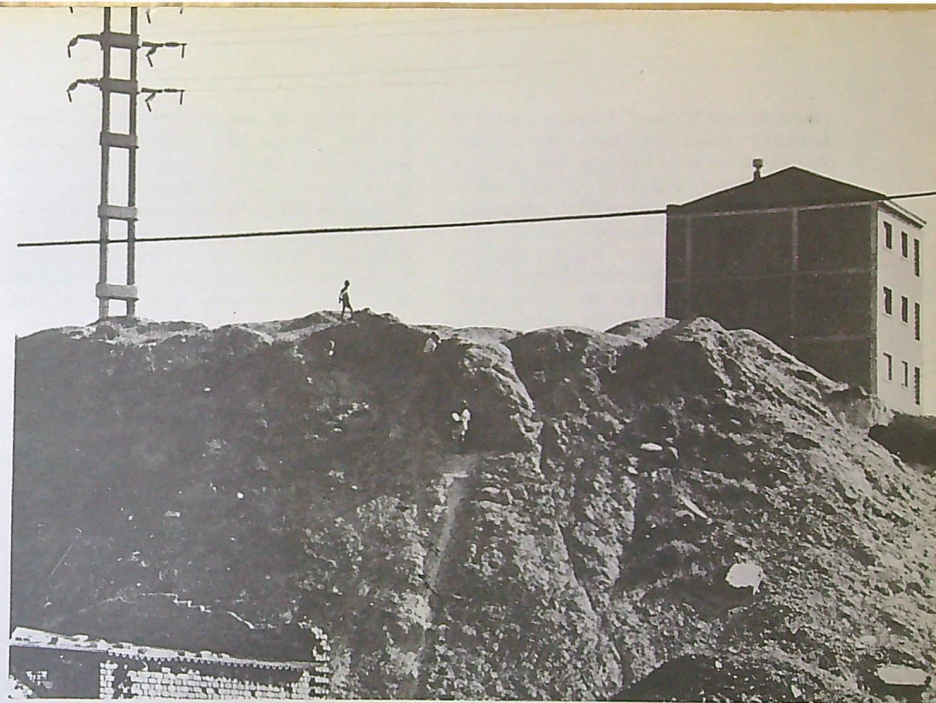
Candel: ¿Tu, ahora?





8) Pobreza: Más que una plaga es un azote. Más que un llegar o un marcharse, un permanecer o un evaporarse, es un statu quo, palabreja que ya por algún lado medio hemos explicado su significado, aquí, y en este caso, algo así como modo permanente de ser. Sí, porque se nace pobre, se vive pobre y se muere pobre, y si en las personas aún hay algún pobre que escapa de pobre y se convierte en rico o medio rico o aproximándose a rico o aproximándose a medio rico, etcétera, en nosotros los barrios, no. Nacemos mezquina y pobremente, vivimos en pobre, con pobres, rodeados de pobreza y morimos no sólo pobres y en pobre, sino arruinados. Resulta difícil que un pobre muera arruinado. Sólo se arruinan los que tienen. Pero la muerte de los barrios pobres es por arruinamiento. Nuestra calidad en la construcción es tan pobre y deleznable que jamás nos convertimos en vetustos o ruinas venerables. Cascamos más aprisa de lo necesario y los "bulldozers" o "toros" de los derribos se nos meriendan tranquilamente. Y eso con uno y otro y otro de todos nuestros edificios. En fin. Nuestros barrios son pobres. Nuestra urbanización —que no es lo mismo que "nuestras urbanizaciones"— es pobre. Nuestras entidades son pobres. Nuestras calles son pobres. Y por decirlo técnicamente, como se dice ahora en len-

guaje revolucionario, nuestras infraestructuras son pobres. Sí, lector, infraestructura es, más o menos, aquello sobre lo que se tiene que construir o levantar algo, tanto en el terreno material como en el moral o espiritual. Si las infraestructuras son pobres, se le coloque lo que se le coloque a esas infraestructuras, el resultado será pobre, pero si se le recubre con pobreza, ya me diréis. Pobres son sus infraestructuras, pobres son sus estructuras, pobres son sus sobreestructuras y pobres son sus habitantes. Y no me salgas, tú, Candel, en pro de esa rara fidelidad tuya al calco realista, diciéndome que no todos los habitantes lo son, ya que mientras existe el que literalmente se muere de hambre nos hallamos con el que tiene el riñón bien cubierto o bien forrado y no lo ahorcan ni por equis millones. El elemento general de nuestros barrios es el obrero, en todos sus escalafones si tú quieres, desde el peón al operario pasando por el parado, por el jubilado que vive solo, la viuda de exigua paga, el administrativo, el encargado, etcétera, toda la gama laboral. Nuestra burguesía local son los comerciantes. Sólo a esas cotas llegan nuestros ricos. Pese a que en nuestras zonas se asienta la más potente industria, sus amos y directivos viven a mil millas de ella; nuestros barrios ni los huelen. Se sienten



nuestros enemigos como nosotros nos lo sentimos de ellos, pero sin conocernos. Antaño, cuando el patrono andaba tan ligado a su fábrica, a veces hasta residía en esa fábrica, o la visitaba tan profusamente que era como si viviera. Ello hacía que aunque fuera paternalmente se ocupara del barrio y, a cambio de algunos títulos honoríficos que se le daban respecto a alguna entidad religiosa, social o recreativa de la localidad, pagaba alguna tontería a la barriada,

aunque fueran cosas tan dispares y de tan escasa utilidad a la población como unas campanas a la iglesia o unas camisetas al equipo de fútbol local. Hoy, algunos herederos de esos patronos de antaño, han corrido a rebanar un donativo que de los tiempos de sus padres se efectuaba a la parroquia de la diócesis porque en los locales de esa entidad parroquial se reunían los de Comisiones Obreras, esto es, sus mismos trabajadores, con el fin de plantarles cara y exigirles



reivindicaciones laborales. Tampoco residen en estos andurriales algunos dueños de ciertos comercios, sobre todo farmacias, aunque, y sin embargo, se vinculen a algunas de sus luchas. Lo mismo cabe decir de médicos, abogados y alguna otra profesión liberal que más parece cayeron por acá por despiste que por otra cosa. Ejercen aquí y viven allá. Frecuentemente, estos liberales son ganados por las causas de los barrios y pelean hombro con hombro con su gente. Pero no nos hagamos ilusiones. Nunca son barrio. Hay algo que los distingue y les segrega, por decirlo así —la palabra rechaza no es justa ni es cierta—, y eso aunque se pasen toda la vida aquí e incluso lleguen a morir aquí. Amén.

Candel: ¿No vas a meterte con la cohorte que siempre te metes, precisamente en esta plaga o apartado que tanto se prestaba a la demagogia?

Yo: No. Pero para que exteriorices tu pasmó a sí que te diré que ante una divagación en torno a la pobreza, ante el convencimiento de que ella es tu salsa y en esa salsa te ahogará, sólo puedes decir, respecto a los ricos: anda y que les den por el saco.

Candel: Hala, hala, hala, hala...

9) Degradación: Yo creo que esta es la plaga más plaga de todas las plagas que en estos momentos andan flagelándonos a nosotros los barrios. Mi particular historia, que no dará tiempo a contarla, es la de la degradación. No una degradación degradada en el sentido moralista y deshonoroso de la palabra, sino una degradación materialista de todos los materiales con que andamos formados, formados y conformados. Tampoco esta es una plaga tipo las que te da el

cliché bíblico, de una calamidad llegada como una nube y de la noche a la mañana. Esta ha sido una invasión lenta y paulatina, de las que por lejana creías que no llegaría jamás. Las edificaciones de los barrios nuevos han envejecido de prisa, sobre todo las levantadas por los organismos oficiales o con el apoyo oficial, aunque las otras también. El escamoteo de materiales en la construcción ha dado como resultado esta vejez prematura. Barrios con seis años de edad, con diez, con quince, máxime veinte, ya no se tienen prácticamente en pie. Se desmoronan a ojos vistas. No es nada raro observar viviendas a tu paso con la siguiente pancarta: "Estos pisos se hunden." Y el nombre del arquitecto o constructora como responsables, siendo inútiles los parcheos que se hacen. Qué diferencia de la alegría de sus habitantes cuando se nos construyó a la tristeza y preocupación de ahora viendo que no solamente se quedan sin casa nuevamente, poniendo en peligro sus vidas por momento, sino que tomarán a empezar el calvario de antes de llegar a estas viviendas, el calvario del techo y la cobija. Y todo son malas soluciones las que sobre estas personas se ciernen: desde tener que terminar de pagar, a pesar de todo, aquellas ruinas progresivas, responsabilizándolos entonces ya por completo de lo que quede en pie, a proporcionarles pisos sin protección de ninguna clase a precios desconsiderables, pasando por remitirlos fuera de sus zonas habituales de convivencia y vecindad, o bien tener que pleitear eternamente porque les zurzan lo inzurable, todo es factible y posible dentro siempre de lo abusivo y atroz. Los males que hicieron los hijos de puta de antaño lo pagan los hijos de la injusticia de hogaño.

Candel: Hala, hala, hala...

9-bis) Grietas (plaga con la que como con las dos de antes tampoco contábamos y que es heredera de la anterior): Sí, lo más evidente en la degradación de muchas viviendas de nuestros barrios, a veces núcleos enteros, son las grietas. Se forman dentro de las casas y fuera. No sabes cuáles asustan más. Recién acabado un edificio, y ante las primeras que surgen, finísimas y sin importancia, te pones preocupado, hablo como barrio, pero más, ahora, como inquilino. Afortunadamente en seguida te dicen que aquello es lo normal en todos los edificios cuando se produce su asentamiento, y te calmas. A los aprensivos les cuesta más sosegar y se fijan y refijan en tales grietas y las miden y las tapan y las repasan y comparan y lanzan conjeturas. Pero como realmente se demuestra que no son peligrosas, al fin dejan de preocupar y de espantarnos. Lo alarmante son esas grietas que empiezan a engordar hasta que atraviesan la pared, tanto si es un tabique interior como un muro maestro. La junta de escalera, en representación de la comunidad de propietarios, llama al arquitecto de la obra, quien suelta el mismo rollo: es una grieta lógica y natural —esta vez se trata de una que raja la edificación de arriba abajo— porque el bloque de pisos se está, eso de antes, asentando. Frente a la casa en cuestión se van formando los grupos de curiosos, curiosos expertos, pues todos entienden y todos sueltan su opinión y lo que harían. Los vecinos afectados también miran la grieta o grietas de su bloque o grupo de viviendas a distancia y mezclados con estos curiosos, algo así como para tener perspectiva, y comentan, y preguntan, y acaban por escuchar a los curiosos expertos diciendo lo que harían si estuvieran en lugar de ellos. Lo que harían estos

ajenos a la obra, nunca mejor dicho, sería llamar a otro arquitecto o ingeniero que no perteneciera a la inmobiliaria o constructora que les endosó el piso, tanto si es una entidad particular como oficial. Y los vecinos afectados así lo hacen. Y este nuevo arquitecto o ingeniero dice que sí, que sí, que aquello es una señora grieta, o unas señoras grietas, y lo que hay que hacer es meterle al edificio en cuestión una inyección antes de que se hunda, y aquello parece algo de choteo, pues aunque el edificio está enfermo no es un enfermo como vosotros los hombres, pero se ve que sí, ya que se trata de una inyección de cemento en los cimientos y que es algo así como las inyecciones de calcio para vuestros huesos. Y se hace, y el bloque en cuestión parece que aguanta, por lo menos durante un tiempo, y a la puñetera grieta, que para cuando clavaron la inyección ya se había convertido en una señorona grieta, le han metido un parche también de cemento, un parche que parece el costurón de una cicatriz, y aunque lo han pintado imitando el antiguo color, el costurón se ve de una hora lejos, pero es lo mismo. Las grietas igual se hacen, crecen y se desarrollan en los techos como en los suelos, en las paredes medianeras como en las paredes maestras. Toman diversas formas: rectas, curvas, geométricas, ramificadas, cuadriladas, llenas de ondulaciones, mixtas, todas las formas de la línea, porque la línea es su modelo o cauce. Los expertos en grietas aseguran: de éstas no vale la pena preocuparse; de éstas sí. Las curvas en forma de arco dicen que dicen que dicen que son las peores. De todos modos, a mí no me hagáis caso; para mí, todas son malas. En las fachadas de los edificios, y echándole surrealismo e imaginación, las grietas





llegan a ser hasta decorativas. Parecen patas de araña, o tentáculos de pulpo, como insinuábamos antes, o ramas, o raíces. Si los snobs las vieran palmotearían de gusto, y cuando observaran los desconchados que entre pata y pata se configuran —o entre tentáculo y tentáculo—, con su ladrillo al descubierto y todo —o entre raíz y raíz, o rama y rama—, se correrían de gusto. Más de un elitista decorará, el día que las “descubra”, su finca de esa manera, y encima creará que hace el progre y el popular. La madre que lo parió...

Candel: Hala, hala, hala...

Espera a soltar “hala”, que todavía no he acabado. Aunque caricaturesco, tú piensa que hay grietas de esas tan enormes que puedes meter la mano por ella y dársela a tu vecino, diciéndole: buenos días, felicidades, pues todavía no se nos cayó la casa encima; que hay grietas que se producen lentamente, pero que hay otras, al llegar la vivienda a cierto estado de resquebrajamiento, que se manifiestan de un día para otro, tan de sopetón que, sus habitantes, sobresaltados, de pronto, exclaman: pero si esta grieta no estaba ayer; que los pisos levantados con grava corrosiva, una grava que se autodestruye a sí misma, se abren como alcachofas o granadas; que hay techos tan agrietados que, cuando llueve, hay que ponerse chubasquero y paraguas para estar dentro de casa, y que estas situaciones tan desesperadamente peligrosas llevan, cuestan meses, incluso años, andar sus trámites de arreglo y solución, siempre en interminables pasos buscando culpables que no se encuentran y que si se encuentran es como si no se encontraran, con vagas promesas por parte de los de la batuta y riendas, promesas que no sirven para nada, hasta que un día acontece el fatal desenlace o bien, quienes así viven, apuntalando por aquí o por allá, abandonan la lucha, y con ello dan sus derechos por perdidos, manteniéndose indefinidamente al socaire del incierto remiendo en espera de tiempos mejores, esos tiempos mejores que, por lo que sea, nunca se acaban de presentar. Los snobs o elitistas que antes te escandalizaban, son unos desgraciados, sin arte ni parte en el concierto macabro de la ruina, y lo de la madre que los parió era un hablar por hablar, aparte de que esa expresión hasta puede ser un piropo. En cambio, todos los que de un

modo u otro participan en la maraña envolvente que retarda la solución o salida potable del peligro o el vivir que no es vivir bajo grietas, éstos, éstos, éstos sí que son unos cerdos y unos cabrones, me cag...

Candel: Hala, hala, hala, hala, hala, hal...

10) Abandono: También, y al igual que las basuras con sus seis o siete plagas precedentes, ésta es la madre del cordero, o sea, la causante de todas, no sólo de sus dos o tres inmediatamente anteriores, sino de todas, de todas las citadas y de las por citar. El abandono en que se tiene a los barrios es algo secular —secular: desde siglos—; se les tuvo, se les tiene, se les tendrá... Esto último a no ser que unos sustanciales cambios políticos, pero muy sustanciales, entren en juego. Hasta que no se consigan unos auténticos municipios democráticos y populares no se conseguirá nada, sólo medianos parcheos y lo que el barrio por sí mismo consiga, gane y haga. Pero a veces pienso que ni aun así —con estos municipios soñados— saldríamos del abandono, pues el diablo enemigo siempre sabe meter de un modo u otro su rabo emponzoñado en todo aquello que va camino de poder ir bien. Nuestros barrios, yo, los míos, ya nacemos abandonados en geografías abandonadas, una geografía depauperada de litoral ciudadano. Y ya todo se mueve y se moverá bajo el signo del abandono, un abandono del que a veces se quiere hacer culpable a vosotros, Candel, los habitantes de los barrios, diciendo que, vandálicamente, todo lo destruí y deterioráis,

mientras en las altas zonas del copete se renueva todo cuanto se estropea, porque aquello no lo han convertido en abandonado sus habitantes, sino el normal deterioro. ¡Jel! aquí, en nuestros meridianos, nada de eso; aquí se nos aplica el refrán de que quien en abandono mata en abandono muere, y así quedan, abandonados para siempre, o en lapsos que parecen siempre, servicios públicos, cabinas telefónicas, espacios ocres, nada de verdes, la tira de cosas estropeadas a las que estropeó el tiempo o vosotros o el accidente que fuera, eso qué más da, ya que el argumento no es ése, o ese argumento no sirve, ni el modo de salir del rodaje del abandono tampoco, un abandono que no sólo incluye ese deterioro causado por los hijos de los barrios, sino, ¿pero para qué enumerar nuevamente el abandono de todos los abandonos que hemos ido abandonando cada dos por tres en las abandonadas páginas de este abandonado libro? ¿El mismo retrato de las plagas no ha sido el retrato del gran abandono? Andamos abandonados de las autoridades, de los municipios, de los gobiernos, de los estados, de los estamentos sociales, de los “otros” ciudadanos... Somos como el pueblo. Somos el pueblo. Somos pueblo. Andamos en boca, en la boca de todo el mundo, pero no en sus hechos; andamos en sus conciencias, pero no en sus buenos actos. ¡Ay! No vale la pena extenderse. La desoladora verdad es que estamos, como dice el dicho o refrán, adandonados de Dios —me... (Candel: Hala)— y de los hombres —me cago en los hombres.

Candel: Hala, hala, hala...



Infinidad de deficiencias de los barrios, casi todos sus problemas —problema: palabra que si la excluyeran de la moderna lexicografía la gente se quedaría muda—, provienen, a menudo, de la poca atención de los Ayuntamientos.

Candel: ¿Serenos ya?

Yo: Sí. Lo que ocurre es que con estas cosas se te enciende la sangre.

Candel: Claro, claro.

En fin de cuentas —en fin de cuentas y en definitiva— los Ayuntamientos son los administradores de la ciudad, ¿no? Por tanto también son nuestros administradores, ¿no? O sea, que son el órgano que debería vigilar el que tales deficiencias no existieran. ¿Me explico?

Candel: Te explicas.

Debería vigilar, como bien vigila —o como bien hace, sabe hacer o intenta hacer, o las sub-sana antes para que no ocurran— el centro de la ciudad, las zonas residenciales, los lugares que ellos —Administración, Ayuntamiento, Poderes, Equis— quieren o aprecian, aquellas latitudes en que ellos —ahora los del Ayuntamiento—, los peces gordos y claves de tal entidad, tienen sus intereses, sus intereses o asentadas sus posaderas no reales pero sí municipales.

Casi nunca, los vecinos de estos nuestros barrios, los vecinos de estos barrios nuestros,

barrios nos, barrios nosotros, barrios principalmente afectados por la ristra de leches que hemos ido aludiendo y exponiendo y por otras que no hemos reseñado o que no hemos sabido reseñar, tienen forma de transmitir sus quejas al Ayuntamiento; ni de transmitir sus quejas ni de formular sus opiniones.

Esto ocurre porque los barrios no están representados en los Ayuntamientos, y si lo están es como si no lo estuvieran. Los representantes de los barrios en el Ayuntamiento son los concejales. Elegidos para representar un distrito, son la representación de los barrios y barriadas de ese distrito. Pero por lo general —y yo creo que habría que quitar lo de “por lo general”— esta representación es ficticia. En lugar de representar los intereses de los barrios representan los intereses del Ayuntamiento o los de algunos privilegiados. Defienden más al administrador o administradores —Ayuntamiento y cohorte (cohorte: conjunto, serie, número, en este caso, de allegados)— que no los administrados— vecinos que pagan su contribución.

Esto de los concejales tiene su miga. Esto de los concejales tiene mucha miga. Lo difícil es explicar la miga. ¿Por qué no me echas una mano, Paco?

Candel: Porque no te la sé echar.

Yo: ¿Cómo que no? Siendo más viejo que yo como eres, has de saber mucho a ese respecto.

Candel: Pues no. Mi desconfianza hacia esos señores ha sido siempre tal que nunca me he preocupado de ellos. Pese a eso, ahí va mi raquílica experiencia sobre el particular, porque como tú dices, y ahí sí que te doy completamente la razón, yo soy más viejo que tú, pero bastante más. Si la degradación de las personas fuera tan fulminante como la de los barrios yo andaría muy pocho ya. Porque tú no debes de tener más allá de diez o doce años. No echas la cuenta, que aquí, y en este preciso instante, no nos interesa. Sí; en otros tiempos me hubiera parecido puro camelo, choteo y otras hierbas, imaginar lo de ser más viejo que eso que tan viejo parece, los barrios, que algunos de ellos, claro. Eso de “algunos de ellos, claro”, ya se presuponía. Influenciado por ti, barrio de la puñeta, ya estoy haciendo tonto al lector. Sigamos con lo que tú querías saber.

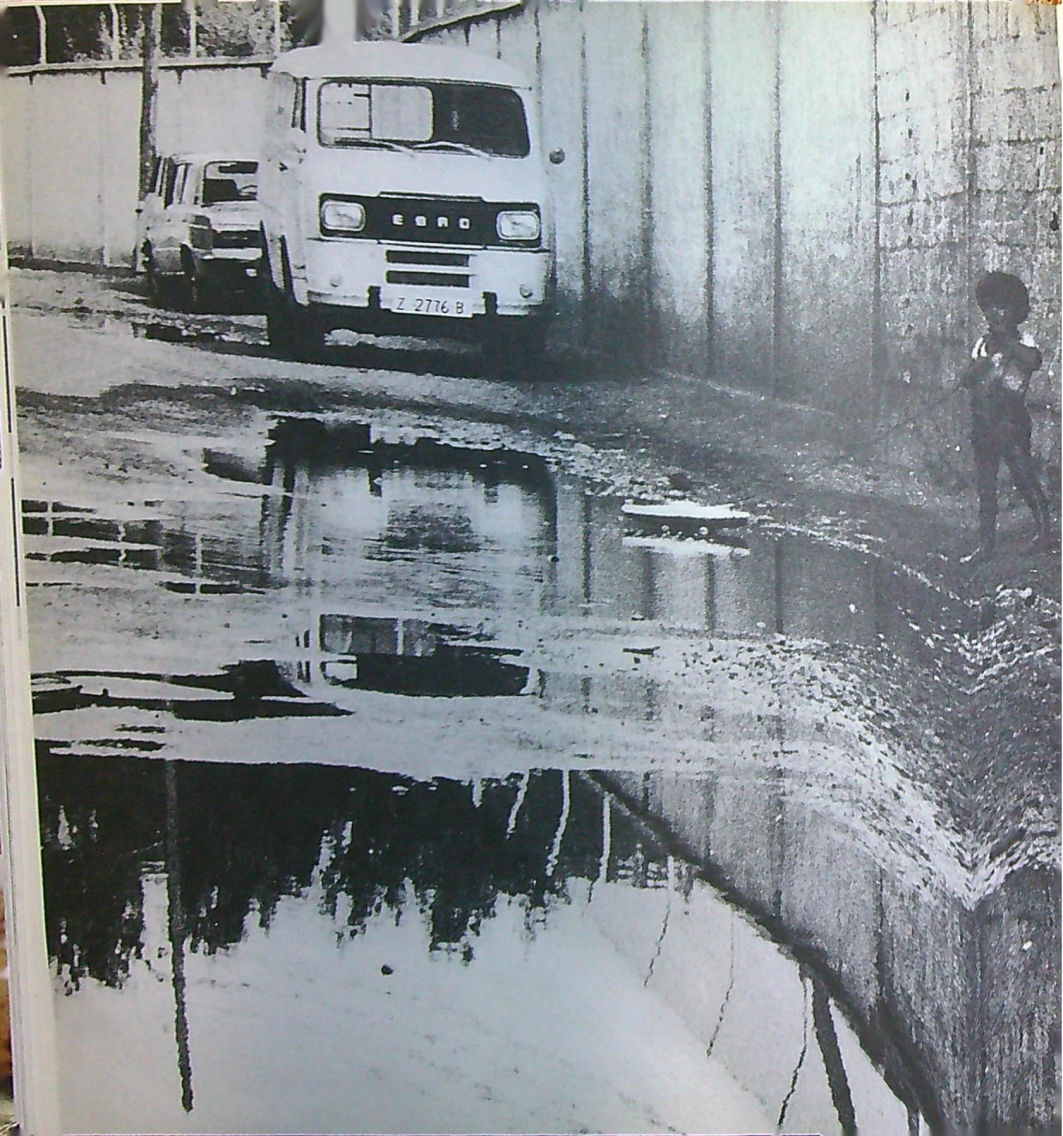
(Pausa.)

Candel (evocador): Yo recuerdo más, en cuanto a antaño, ese antaño que para mí empieza recién terminada nuestra guerra civil, a los alcaldes que a los concejales. Entonces parecía como que hubieran alcaldes y no concejales y ahora que hayan concejales y no alcaldes. Entonces los barrios tenían un alcalde, un alcalde que lo era de dos o tres barrios a la vez, tal vez de un distrito. Eran alcaldes nombrados a dedo con un pasado de gente acomodada, de derechas o fascistoide, de fidelidad al Régimen o Movimiento. Nosotros teníamos al señor Bové. Vivía en el barrio de Plus Ultra y nos alcaideaba a los de Port, a los de las Casas Baratas y a los demás barrios de la demarcación. Era la época



de los célebres alcaldes de barrio cuya misión consistía en extender certificados de buena conducta tres veces por semana y en asistir a los oficios religiosos de Fiesta Mayor y a las procesiones de Corpus con su vara de borlas. Teníamos también un segundo alcalde que vivía en Port. Ambos eran dos honorables señores. De lo que no teníamos ni idea, si los había, era de los concejales de barrio, señal de que, si existían, aún pintaban menos, por lo menos en la vida de los barrios, que los figurativos alcaldes. Hoy es al revés. Los alcaldes de barrio no existen, o sí que existen, pero como si no existieran. Continúan haciendo papeles de buena conducta que nadie va a que le hagan, pues estos papeles, los que aprovechan, los hacen policía y guardia civil, si los hacen o quieren hacerlos. Tampoco asisten a oficios religiosos ni procesiones, entre otras cosas porque ya no se celebran, y la vara de borlas no la ostentan nunca, pues no la deben ni tener. En cambio, ahora, el pájaro que brilla por existencia —su ausencia sigue notoria en el palo-





mar de los barrios— es el concejal. Asiste a las inauguraciones oficiales de edificios, monumentos, complejos deportivos, etcétera, se presenta con retraso en las catástrofes de zona y se excusa de asistir a las asambleas y actos colectivos de protesta o de lo que sea del vecindario.

(Pausa.)

Candel (siguiendo): Respecto a concejales, lo primero que recuerdo de ellos, a lo niño evocando primeras vivencias, es que una vez hubo elecciones en el distrito, y los que se presentaban eran dos, y como de costumbre, nadie sabía quiénes eran. La gente que votaba lo hacía porque tenía miedo de cargársela si no lo hacía. Uno de los candidatos se llamaba Rubio y era médico, y sus papeletas de propaganda decían votar al doctor Rubio, y la mayoría de los que votaban le votaron porque en la zona visitaba un médico pelirrojo a quien, para entenderse, todos lo llamaban o definían como el doctor Rubio. Era un hombre que gozaba de la simpatía y aprecio de la gente. Así es que muchos votaron al doctor Rubio creyendo que era el médico rubio. Y ganó ese doctor Rubio según creo recordar.

(Pausa.)

Candel: Estas votaciones y otras por el estilo siempre fueron relativísimas. No votaba nadie, solamente los miedosos. Así era que, al aproximarse a las urnas, cogían las papeleta de votación que les alargaban los gorilas de los candidatos. Hubo veces que los gorilas falangistas te rompían la papeleta que te había suministrado antes que ellos un gorila digamos que oponente. Ultimamente esto cambió un tanto. En las elecciones para concejales celebradas en Barcelona en 1973 hubo abun-

dancia de candidatos y de pugnas, y una propaganda callejera que les daba un aire de democracia americana. Sin embargo, hubo sus camelos y trampas. El caso más flagrantemente elocuente fue el de Fernando Rodríguez Ocaña. Habiéndose presentado por el Distrito Nueve, el distrito más grande de Barcelona, y habiendo obtenido el apoyo de los trabajadores —en anteriores elecciones en aquel distrito sólo había votado un 6% obrero y entonces lo hizo un 40%— consiguió tres mil seiscientos votos más que el candidato siguiente, y una porrada sobre el resto, pero la Junta Municipal del Censo Electoral, agarrándose a una chorrada —no haber presentado la nota de gastos de la campaña publicitaria antes de la proclamación— se cargo a Rodríguez Ocaña, concejal que al Ayuntamiento le daba miedo porque hubiera hecho jaque al alcalde constantemente.

(Pausa.)

Candel: Sí. Los habitantes de los barrios humildes nunca hemos creído en la honradez de estas votaciones ni en las buenas intenciones de los candidatos. El pucherazo dado a lo de Rodríguez Ocaña colmó el vaso de nuestras maliciaciones y de nuestra desconfianza.

Yo: Por pucherazo se entiende un fraude electoral.

Candel: Como siempre hemos desconfiado de las buenas intenciones de estos candidatos, nos hemos creído todo cuanto malévola mente se ha dicho sobre ellos. Así, la opinión más generalizada, es la de que estos señores realizan grandes esfuerzos y se gastan sus buenos puñados de cuartos por alcanzar unos puestos que, en realidad, deberían ser meramente filantrópicos.

Yo: Filantropía: amor a tus semejantes.



Candel: Y eso, claro, no se lo traga ni Dios, pues por aquí todo el mundo tiene anginas. Porque aun cuando hay un tope establecido de gastos de campaña publicitaria —esos gastos que le pidieron a Rodríguez Ocaña para tumbarlo por haberse descuidado de presentarlos—, esos señores gastan el doble y el triple. En las últimas elecciones aludidas, parece ser que todos pasaron del tope establecido, menos el rechazado Rodríguez Ocaña, pues éste ni quienes le apoyaban tenían tanto dinero. Hay quien emplea hasta avionetas que van escribiendo su nombre en el aire. Pues bien, todo esto, y siempre según vox pópuli...

Yo: Voz del pueblo.

Candel: ...se gasta para alcanzar unos puestos que ni siquiera gozan de remuneración. Claro que a cambio de este no cobrar ni cinco tienen tantos por ciento de las obras que se realizan en sus distritos, y por ahí empieza el chanchullismo, que es un método de hacerse rico al socaire de ayuntamientos, regímenes y gobiernos. La mayoría de tales concejales poseen inmobiliarias o están vinculados a ellas o negocian en terrenos, y así transforman espacios verdes en solares para la construcción, rebañan parcelas de donde no se pueden rebañar, arrancan permisos para edificar lo que sea, modifican planes parciales y lo que se presente, etcétera, todo ello a base de aquella cosa llamada unto que ya apareció una o dos veces en nuestras conversaciones. A mí me untan y yo unto a mi vez. Aunque tú no lo creas, vivimos en el país de los untados.

Yo: No, si yo me lo creo.

Candel: Pues todo eso y más es lo que piensa y dice la gente. Y en esto de la opinión popular

sucede aquello de la mujer del César, tú ya lo sabes, que no es bastante con que sea decente, sino que tiene que parecerlo. Sin embargo, estos señores, no se molestan en absoluto no ya en serlo, sino tampoco en parecerlo. Ahora, y tal como se andan poniendo las cosas, sí que procuran cuidar un poco la imagen exterior y con ello la opinión popular, porque ahora, seguramente, van a necesitar de esos ciudadanos expoliados para sus reelecciones. Antes no era necesario. Entre la elección a dedo y el pucherazo, tú, para ellos, eras una mierda. Pero esto se les acaba.

Yo: Dios te oiga.

Candel: ¿Qué rezas o murmuras que siempre me andas interrumpiendo?

Yo: Nada, nada. Sigue, que andas muy majo.

Candel: En nuestro distrito, por ejemplo, siempre salía o había la misma persona como concejal, alguien que, prácticamente, era un fantasma, pues nadie le conocía, ya que sólo se le veía en el festival anual que las cajas de ahorros daban a los ancianos y en la consabida inauguración oficial o municipal de lo que fuera. En estas elecciones de 1973 se presentaron dos candidatos más aparte de este consabido que siempre salía, o se corrió el rumor de que se iban a presentar, dos candidatas con más posibilidades populares, pues ofrecían, el uno, cierto carisma a nivel ciudadano, y el otro, una honesta conducta profesional.

Yo: El carismá es algo así como un don de Dios por el que caes bien a la gente sin tener que esforzarte.

Candel: Calla con tus aclaraciones, por favor. Ante esta situación, este señor me pasó recado a través de un conocido de ambos para inclinar-

me a su favor. El, por lo visto, creía que yo tenía influencia entre los habitantes de esta mi/tu zona, o bien que podría escribir un artículo de decantación hacia él. La nota simpática que creyó podría decidirme por su persona y por ello me la transmitía a través de su emisario consistía en que este señor, y según él, antes de nuestra guerra civil había pertenecido a la CNT. Como ahora era de Falange, esto no lo había proclamado nunca. Su pretendido izquierdismo momentáneo que, por lo visto, pensó podía conmovirme, a mí me dejó indiferente. Yo no pensaba escribir ni moverme ni por él ni por los otros, como así lo hice. De todos modos, su temor a la competencia era infundado, pues igual salió elegido. Creo recordar que los otros dos candidatos abandonaron antes de tiempo. Ahora ya sería largo de explicar que este señor también tuvo que dejar la concejalía, parece que por no residir en el distrito, aunque esto no lo veo claro, pues quienes vinieron después de él tampoco viven en la demarcación, a lo menos en la demarcación-demarcación, en su meollo. Le sucedió una concejala a quien yo, no sé por qué, llamaba a veces alcaldesa. A causa de mis escritos en pro de algunos problemas de por acá, tuvimos algunos encontronazos. La pobre mujer ya murió. Entonces han puesto a otro concejal. Etcétera. Los concejales que ahora últimamente uno ha podido tratar, pues a fin de cuidar demagógicamente su figura aparecen más por los barrios, prosiguen, más o menos, y con las excepciones al uso, igual que antes: dando coba en sus discursos inaugurales al alcalde de la ciudad que no ha podido sistir al acto pese al cariño que nos tiene y llevarnos en su corazón, y sacando a relucir después sus méritos propios de concejal,



el yo he hecho, yo he hecho, yo he hecho, que son como un largo y pesado rosario o un mea culpa al revés...

Yo: Yo creo que ha llegado la hora, en esta hora de intento democrático en que está pugnando desesperadamente España, de potenciar a muchos Rodríguez Ocaña cuando se presente de nuevo el acceso, por vía de la elección popular, a las concejalías de barrio, con las orejas como las liebres y los ojos como los gatos para que no nos coja la trampa de la impugnación. Por mucha democracia y libertad que haya —ya es ser imaginativo suponer eso—, la reacción nos hará siempre la zancadilla. Gritame “bravo” y “muy bien”, Paco, ¿o es que no me lo merezco?

Candel: bravo, muy bien

Yo: Más fuerte y más correcto, hombre, por favor.



Los barrios populares nunca hemos pintado gran cosa en el contexto social y ciudadano. Siempre se nos ha tomado por el pito del sereno o por el cubo de la basura. No es que ahora pintemos más, pero sí tocamos más sonoramente eso pito del camarada sereno y nuestro cubo huele peor. De un tiempo a esta parte los barrios han adquirido concienciación merced a las diversas asociaciones que sus habitantes han ido formando e intentan hacerse oír. Y a fe que se les oye. Aunque generalmente todo se quede en ese oírles. Pero a veces...

Yo, y por mi juventud, tengo una corta memoria testimonial, mas en la zona hemos barrios de diversas edades, con ya toda una variada variedad de esas edades, dominando incluso los jóvenes sobre los viejos, no porque hayan muerto los ancianos cumpliéndose la ley de la herencia, ya que los viejos prosiguen en su sitio, sino porque antiguamente nacían pocos barrios, mientras que ahora, con eso de la vivienda social y la explosión y amontonamiento de gente, nacemos a porrillo. Aún diré más. Hay barrios jóvenes que son más viejos que los viejos en cuestiones no de edad, claro, ni de espíritu, ya no tan claro, sino por lo del deterioro y la degradación. Existen barrios ancianos que se conservan robustos, eso lo que más, pues sus paredes son

recias y de sólida construcción, aunque han envejecido sus condiciones domésticas de habitabilidad, puesto que muchas de esas condiciones entonces no se conocían, y sus habitantes han ido subsanándolas y remediándolas como han podido y como el ingenioso ingenio les ha inspirado.

Estos antiguos barrios nacieron también paulatinamente, engordando el núcleo inicial con anexiones posteriores, mientras que los de ahora hemos nacido de una vez y de golpe. Tales barrios vetustos fueron como pueblos, nacieron como pueblos, vivieron como pueblos, incluso plácidamente como ellos, e ignoraron la vorágine ciudadana. Tenían la misma filosofía del pueblo tendente a ignorar la ciudad, de creer que la ciudad había perdido el paraíso de paz que ellos habían alcanzado. Probablemente no se les pasó nunca por el coco reclamar nada a la Administración o a la autoridad competente. De haberles preguntado qué querían, hubieran dicho nada, como el hombre que no tenía camisa pero era feliz. Los largos y tortuosos caminos de carro llenos de baches y protuberancias, de hondas y atascadoras roderas paralelas, eran más una salvaguarda de la ciudad que una comunicación. Pienso, a estos efectos y argumentos, oteando mis andurriales, en Port y Can Tunis, ¿no? Fueron

viejos, siguen siendo viejos, les cortan por aquí y los remozan por allá, y hasta casi sucumben, tal Can Tunis, pero más por razones especulativas que por envejecimiento total e irremediable. Vamos, así, más o menos, se han expresado ellos en las largas pláticas que los barrios sostenemos entre nosotros, comunicándonos durante nuestras tertulias desde las alturas de nuestros edificios, mientras abajo bulle la gusanera humana.





Estas tertulias son como un gran corro hecho por gigantes sentados en cuclillas, por consiguiente, este corro, es muy amplio, puede ser muy amplio, tanto que, a vosotros, pigmeos humanos, se os escapa el que pueda existir una comunicación entre barrio y barrio situados de punta a punta de zona. Entre los que son vecinos y se dan uno a otro las paredes de sus casas, igual que vosotros las manos, pase, diréis, aún podría ser, pero entre los otros...

No seáis panolis. Vosotros, como a duras penas comprendéis cómo se hablan las hormigas con sus antenas, los delfines con sus sonidos articulados, los macacos con sus gritos guturales, y no creéis que puedan transmitirse sus mutuas impresiones las langostas, los congrios, las babosas, cualquier familia de todas las familias que componen las especies vivas, aparte de vosotros los hombres, menos podéis imaginaros estas tertulias que aludo de sujetos como nosotros. A pesar de la capacidad de estas páginas mal pergeñadas por el compañero Candel, seguíis aferrados a que somos seres inanimados, muertos materialmente en esencia y no existiendo por nosotros mismos. No caláis que latimos y estamos vivos y animados por quienes como vosotros mismos nos habitan. ¡Ay, qué poco nos conocéis!

Con algo más de imaginación sabríais que podemos hablar entre nosotros, que podríamos hablar entre nosotros por mediación de los guiños y señales que lanza, lanzaría o puede lanzar la ropa tendida en los terrados, los brazos de las antenas de televisión, los cristales de las ventanas reflejando el sol, los cables eléctricos que como redes, gasas o telarañas nos envuelven pero que también nos enlazan, y demás infinidad de aditamentos comunes a todos nuestros edificios.

Pero si no sudáis como para imaginaros tal sencillez menos os podréis figurar o creer que incluso nada de eso necesitamos para comunicarnos. Simplemente, y como decía, formamos el corro gigantesco cada uno desde el lugar en que los urbanizadores o creadores de barrio le ubicaron. Hablamos algo así como telepáticamente entre nosotros y nos preocupamos de vosotros que sois las células de nuestras entrañas. Sabemos lo nuestro y lo vuestro. El amor siempre crea una cierta omniscencia.

Candel: ¿No explicas ahora que omniscencia es saberlo todo?

Yo: No.

Existen otros barrios que no siendo arcaicos ni vetustos —ambas palabras señalan antigüedad—, aunque tampoco jóvenes o relativamente jóvenes, nacieron ya artificiosamente, de golpe y porrazo, como nosotros los de las últimas generaciones. En mi zona, y en otras de Barcelona, las Casas Baratas del año 1929 son un ejemplo. Hoy ya, andan cascadísimas. Al igual que el Port y Can Tunis y otros barrios en otras latitudes, continuaban siendo el rincón apartado de la ciudad y como si no existieran. No entiendes cómo las levantaron tan alejadas de los núcleos urbanos. Era como si fueran unas, unos apestados. Durante muchos años, pero muchos años, los habitantes de tales geografías han hablado de Barcelona no como de la ciudad en la que están inmersos, sino como de la ciudad vecina. Todos decían, decíais: voy a Barcelona, vengo de Barcelona. Los de los barrios que nacieron mucho después, ya dijeron: voy al centro de la ciudad, vengo del centro de la ciudad. Hoy ya dicen: voy a tal dirección —calle, plaza, lugar—, vengo de tal dirección... Pero a muchos de los barrios que los nacen hoy me los ubican tan alejados de la urbe como, comparativamente, entonces. Ellos todavía dicen: voy a Barcelona, vengo de Barcelona, o voy a la ciudad (la que sea), vengo de la ciudad (la que sea). En el año

2025 ya no lo dirán. Quizás antes. Ya dirán voy a tal dirección, vengo de tal dirección. Por esas fechas, a lo mejor, todo será una gran ciudad, el mundo será sólo una sola ciudad.

Antes de nuestra guerra civil —esa guerra que fue un hachazo entre los homoplatos de España—, tales barrios vetustos aludidos, formados embrionariamente, y también los surgidos después más artificiosamente, igualmente aludidos, constaban de unas entidades aglutinadoras, como los ateneos, los casinos, las cooperativas, los coros, los orfeones, las casas del pueblo, las parroquias y las entidades deportivas. Las parroquias aglutinaban a beatas y a chiquillería y a juventud con pretensiones apostólicas; las entidades deportivas a equipos de fútbol y sociedades colombófilas. Las otras sociedades, a políticos y a obreros. Los casinos, si los había, a veces se dividían en dos: el casino de los ricos y el casino de los pobres. Pero esto ocurría más en los pueblos y en la ciudad provinciana que en los barrios suburbanos, concretamente en los barrios pobres suburbanos, donde es obvio —visible, manifiesto— que siendo barrios pobres no había ricos, o había tan pocos ricos —algún comerciante, algún fabricante— que no daban para formar casino. Ocurría lo mismo, aunque por distinto planteamiento, respecto a las casas





del pueblo, que eran lugares propios del proletariado, pero que fructificaron más en los pueblos populosos y provincias que en la gran ciudad. De todos modos, los barrios seguían siendo pueblos alejados de la ciudad más que marginados de ella, o las dos cosas, y las reivin-

dicaciones eran políticas y no urbanas. Parecía como que los barrios no necesitaban mejoras; quien necesitaba mejoras era la clase obrera. Se olvidaba que la clase obrera residía en los barrios. Era como si se fuera a todo o nada. Y resultaba y resultó nada.

La guerra civil de los homoplatos fue algo así —sin “algo así”; “fue”— como un borrón y cuenta nueva, aunque en este caso, y pronto lo dirán los historiadores, fue nada de “cuenta nueva”, sino sólo “borrón”. Todo empezó otra vez. Lo anterior ya no servía. El progresismo y lo liberal se fueron al carajo. Más que comenzar de nuevo, fue como no comenzar. Desaparecieron las auténticas entidades aglutinadoras del elemento barrio-barrio. Sólo quedaron las parroquias con sus centros de Acción Católica y las entidades deportivas con el club de fútbol local. Surgió una tercera entidad: la Falange, con sus centros políticos. Los centros de Falange tenían un poco de centro parroquial y también de centro deportivo, con un mucho de barniz cuartelero y achulapamiento. Duraron poco. O duraron demasiado, pero arrastrando una vida lánguida, de escasa y poco representativa clientela. Los centros deportivos se limitaron a suministrar fútbol y nada más, aunque hoy pienso que muchos hombres que no podían hablar se parapetaron en ellos en espera de tiempos mejores. Los centros parroquiales ejercieron y prodigaron paternalismo, falsa caridad, apostolado y desesperado afán de proselitismo, no vacilando en el chantaje del bono y de la manta a fin de robustecer ese proselitismo. Y uno imagina que porque la clase

obrero andaba completamente perdedora y derrotada y con ninguna esperanza de poder gritar y hacerse oír, se replegó instintivamente en unos tímidos inicios de reivindicación tipo urbanístico de barrio y nada más. Algún curilla encabezó alguna protesta ante un derribo de barracas, y estas protestas debieron de ser los primeros balbuceos en la lucha de los barrios. La clase obrera que yacía aherrojada en estos barrios, se desperezaba por ahí. Dejádme que sea lírico, iluso y como soñador en este brutal comprimido histórico y sociológico que estoy haciendo.

Candel: Pero si te está saliendo muy bien...

Yo: Gracias.





En fin. Los barrios arrastraron una vida extrañamente paradójica, no sé si se me entiende. Crecían, se tornaban voluminosos, se multiplicaban, rodeaban las ciudades y las poblaciones abrazándolas fuertemente, albergaban una escásima y deficiente clase media, una enorme masa obrera y un desbordado lumpproletariado, y todo lo que de deficitario entrañaban se les pudría dentro y lo asimilaban como podían, generalmente mal, sin poder o saber canalizar o exteriorizar su protesta y su descontento. Las autoridades no les querían oír, y quienes en buena ley deberían haberles representado, era como si no existieran, pues no se les veía el pelo, acordaros.

Diversas asociaciones hacían lo que podían, más en el ámbito cultural que en el socialmente reivindicativo. Los centros parroquiales, los centros sociales, ciertas asociaciones de padres de alumnos, de padres de familia, otras asociaciones culturales, bregaban, a su manera, más fraternal, folklórica, pintoresca y paternalmente que de otro modo, como si ellos fueran antorchas o elegidos y los otros tinieblas o insectos, no sé si se me comprende. Primeramente, y con charlas, conferencias, coloquios, cineforums, representaciones teatrales, se intentaba concienzar a la gente en una lenta labor de



grano de arena, gota de agua o mancha de aceite, no sé si se me entiende. La Iglesia había ido pegando un viraje, apartándose de su clásico integrismo, y un plantel de clero joven revolucionaba sus centros parroquiales. Las fuerzas políticas de la clandestinidad se infiltraban en muchos de estos lugares y laboraban calladamente en la sombra. Se trataba de abrir los ojos, de demostrar la gran fuerza que representa la unidad, de culturalizar... No sé si se me entiende. ¡Cuánta tarea tienen y tendrán nuestros historiadores desbrozando tan largo silencio, mirando de parcelar las laberínticas catacumbas que hemos tenido prácticamente todos como morada, muchos incluso sin saberlo! No sé si se me sé explicar.

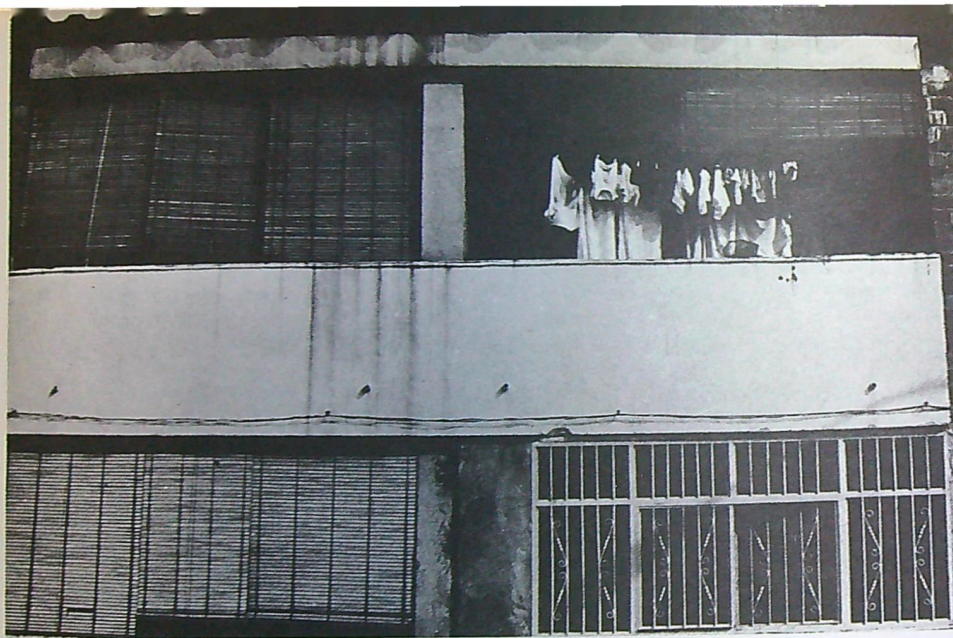
Las viviendas de tipo social, por decirlo así, o porque las llaman así, las levantadas por entidades oficiales o municipales, tales como el Patronato Municipal de la Vivienda y la Obra Sindical del Hogar, esas edificaciones que hoy son de las más degradadas en los complejos urbanísticos de barrios, acostumbran a tener unas dependencias para que se reúnan, aglutinen o solacen sus moradores, una o algunas de las plantas bajas proyectadas para bares y comercios. Tales dependencias quedaban incorporadas como Centro Social al servicio del grupo o barrio. Se le destinaba una asistente y una junta de vecinos lo dirigía. Hablo en pasado, pero han proseguido y prosiguen más o menos actuando así, o en esta planificación o condición. Servían o deberían servir para que las entidades promotoras de este tipo de barrio ejercieran un control, a través de estas asistentes sociales, sobre estas barriadas, no sé si se me entiende. Pero el tiro, en muchas ocasiones, les salió por la culata, no

sé si se me sigue entendiendo.

Indudablemente, muchos de estos centros sociales, dan pena. Quizá sería mejor decir que daban pena, pues la mayoría se han autopromocionado y erigido, tal vez, en lo contrario de lo que querían sus promotores que se erigiesen, no sé si se me sigue comprendiendo. En fin, daban pena, y algunos siguen dando pena. Un pequeño bar, cuatro mesas, un billar, un armario biblioteca sin libros, una tele y viejos jugando a las cartas, al dominó o a las damas. No era el decorado mezquino en sí lo que daba pena, sino el rancio y aburrido ambiente, no sé si se me sigue explicando bien. Parecía como que estos centros sociales no tenían otra misión que resguardar del frío, la lluvia o el calor a estos viejos o similares elementos.

Sin embargo, otros de estos centros, y como apuntábamos, y yo diría que los que más, como seguía apuntando, pitan y funcionan en el sentido positivo de la palabra, no sé si se me entiende. Con una asistente social concienzada —concienzada y concienzada—, y el ramo de asistentes sociales tiene generalmente eso, que su profesión, las calamidades que ven y que tienen que intentar remediar, las conciencia; con una buena asistente social, pues, que sepa rodearse de unos buenos colaboradores, el centro social llega a convertirse en el alma del barrio. Es más, llegan a invertirse los planteamientos. No promotores, asistente social, junta, centro y barrio, sino barrio, centro, junta, asistente y promotores. La junta pita y la asistente les cubre ante promotores. Organizan actos culturales, deportivos, sociales, encabezan protestas, informan, aconsejan, asesoran, etcétera, etcétera... Hasta la formación de las Asocia-





ciones de Vecinos han sido muchas veces los adelantados de los barrios. Paralelamente con ellas lo continúan siendo y, en según que casos, se disputan el liderazgo, pese a que las competencias de líder no tendrían que existir, pero en fin, vosotros sois seres humanos con flaquezas y nosotros, los barrios, tenemos esa humanidad que no acostumbráis a tener vosotros para comprenderlas. Los centros sociales, con las asociaciones de vecinos y las parroquias —los centros parroquiales ya no; las parroquias— forman, en ocasiones, algo así como los grandes triunviratos —gobierno de tres— en los sectores populares;

si estas entidades y otras ya citadas son muchas en tales sectores, carburando todas, aunque sea cada una a su aire, pero siempre con un mínimo de coordinación, encabezando o aglutinando un barrio o dos, esta o aquella barriada, o ambas, toda una zona o distrito, acaban por constituir un amplio y poderoso frente. En fin, no sé si se me entiende.

Candel: Pues yo más bien creo que no.

Yo: ¿No?

(Candel le golpea la espalda a Barrio, en este caso una pared, de un modo cómplice y conchabado.)

Las asociaciones de vecinos han sido como el punto de mira que ha polarizado hacia un objetivo las luchas de barrio, llegando a hacer puntería. Puede que hayan sido las entidades populares que más tantos positivos se han apuntado. Los barrios fueron durante mucho tiempo entes sufridores y pasivos, y estamos hablando en posguerra y franquismo, que es cuando los barrios demográficamente se desbordan. Los barrios están pasando de ser una "unidad" nostálgica, dice Huertas Clavería, a ser un "motor" de ciudadanos conscientes que aumentan día a día. Esta unidad, en el fondo, tampoco existía tanto como ahora nos parece. Esa nostalgia que apunta Huertas, la del cualquier tiempo pasado fue mejor, nos lo hacía creer así.

Con todas las dificultades que la lucha social en sí entraña, entran primero en ella los tajos, las minas y las fábricas que los barrios. Nos estamos refiriendo no a una lucha concreta, sino a la lucha que el ser un estamento o clase o pertenecer a él o a ella impenablemente comporta. El obrero, desde su puesto de trabajo, actúa; desde su puesto de vecino es mero espectador. Había casos esporádicos —las "comisiones de barrio", con características muy similares a las Comisiones Obreras: clandestinidad y limitadas a la vanguardia más consciente—, pero no la "ya"

lucha continua y continuada que se llevan "ahora" los barrios en algo así como un meneo propio o autodinámico. La mitad del papel de la prensa lo ocupan estas luchas y conflictos. No diremos que las asociaciones de vecinos sean, hayan sido, la principal máquina en tales luchas, pero sí que su condición archilegalizada les ha ayudado propiciadoramente.

Candel: ¿Y tú eras el que refunfuñabas por mi lenguaje enrevesado y técnico?

Yo (siguiendo y sin hacerle caso a Candel, pues no puedo hacerle caso; víctima de mi propia trampa no puedo desmenuzar tan desmenuzadoramente; me doy cuenta de que, a nivel llanísimo, falta lenguaje para expresarse; siguiendo, pues): Las asociaciones de vecinos empiezan a aparecer a finales de la década de los años sesenta, pero no es hasta los años setenta que adquieren importancia y vigencia, llenando ese hueco que el resto de entidades aludidas o citadas estaban imposibilitadas de llenar por su carácter, corrientemente, antañón o de supeditación a unos terceros, ya que casi todas actuaban con coberturas parroquiales, deportivas, patronales, etcétera. Se pudieron crear al amparo de la Ley de Asociaciones del 24 de diciembre de 1964 mediante la elaboración de unos estatutos y la posterior aprobación del Gobierno Civil, y



salir así, pese a todos los reparos, a cara más descubierta. La primera asociación fue creada por las barraquistas de Montjuïc, los de la Zona Valero. Se llamaba "La Esperanza" y se aprobó el 2 de enero de 1968. Surgió con el afán de resolver el traslado de los habitantes de aquel grupo de barracas a unas viviendas más dignas, y cuando lo consiguieron ignoro si desapareció o qué. Otros sitúan como la primera nacida en Barcelona, la del barrio San Antonio. Desde 1970, la inmensa mayoría de los conflictos sociales que por sus condiciones de vida se dan en los barrios, son protagonizados y dirigidos por las asociaciones de vecinos.

Puede decirse, pudiera decirse que las primeras asociaciones de vecinos surgían en razón de unos problemas concretos. El plan parcial de Collblanc-Torrassa da origen a la asociación de vecinos del mismo nombre; el plan de Torre Baró-Vallbona-Trinidad, a la de Nueve Barrios; los conflictos de los habitantes de pisos de la Obra Sindical del Hogar, parieron gran número de asociaciones en diferentes barrios. Si primero surgieron en razón de unos problemas concretos, con vistas a la efectividad que suponía una legalización jurídica, después brotaron muchas más a tenor de su eficacia. Era como si los barrios hubieran descubierto su voz, su representatividad, su libertad y su democracia.

De todos modos no resultaba fácil conseguir montar una asociación de vecinos. Hechos los trámites oportunos tardaban un año o más en autorizarlas. A unas les costó más, a otras menos. Según que veces se agilizaba su autorización; según que otras se retrasaba. Dependía de la catadura de quienes habían solicitado tal asociación, no una catadura moral, sino política.



Como todos hemos estado fichados, o lo seguimos estando, por lo visto se repasaba la ficha. La ficha no es sólo a nivel de individuo. Los barrios también tenemos ficha. No policíaca; sí tipo de rumor o clamor general. Así se dice que este barrio es muy revolucionario, aquél muy tirao p'álante, ese otro de los que plantan cara; que el barrio tal es de tal modo y el barrio cual es de cual otro. Y también se dice: ya están aquí los de tal barrio, como queriendo decir: ¡joj!

Cuando la Asociación de Vecinos del Port cursó su respectiva instancia, llegó un momento que creyó que jamás sería autorizada. Lo fue al cabo del año y todos supusieron, tú, Paco, el primero, que lo fue, o lo debió ser, en parte, porque uno de los solicitantes era un ex policía armada, quien tuvo un cargo en la junta de la asociación, pero como la asociación se complacía la vida con cosas políticas —así llaman la mayoría de la gente a las protestas contra la injusticia del poder—, el hombre dimitió.

Las asociaciones de vecinos han sido uno de los fenómenos más curiosos en la lucha de los barrios. Hablamos en pasado por costumbre, quizá por costumbre literaria, esas costumbres literarias que adquieren más los que no escriben habitualmente, como yo, que quienes lo tienen por oficio. Lo digo porque digo "han sido" en lugar de "son", aunque quizá, ya, ahora, o de ahora en adelante, tendrían que ser, en buena ley y lógica, más "han" que "son", pero eso ya lo veremos, pues yo, a todo lo que está ocurriendo en estos momentos, no le veo el cuerpo por más que nos enseñan tanto la oreja, o quizás ese tanto enseñarla, me hace desconfiar. También veo, metido de hoz y coz en las malas costumbres literarias, que digo "escribir" por "dictar". Perdón. Aunque el presente es más real y concreto que el pasado —lo digo por el "han" y el "son"—, pues el pasado, en buena razón física no existe, en literatura y en historia existe más el pasado que el presente. Tuvieron, ese tipo de asociaciones una gran pujanza. Empezaron a actuar con una cierta timidez. Primero lo hicieron a través del vehículo de lo cultural, en deslavazados intentos por dar esa especie de madre de todas las cosas, que creemos es la cultura, a los huérfanos hijos de barrio. Era una cultura relativa: cinefóruns y conferencias, como decíamos antes, en las que no faltó nunca la de la emigración, la de los problemas de barrio y la de la sexualidad, está última a petición de los socios juveniles. Más adelante, llenas de audacia e imaginación, las asociaciones supieron adueñarse de la calle. Ejemplos de esta audacia e imaginación —más imaginación que audacia—, y en Barcelona —como somos barrio de Barcelona, Barcelona es lo que más conocemos—, fueron la expo-

sición de los problemas del barrio del Carmelo —"El Carmelo ignorado" se titulaba la exposición— dentro de una enorme tienda de campaña, de esas tiendas que llevaban los americanos en la guerra; la colocación de la primera piedra para una escuela en unos solares abandonados de la Pegaso, en los barrios de La Sàgrera y Sant Andreu; la aludida cacería de ratas a fin de atacar la falta de higiene en la Ciudad Meridiana; la búsqueda del objeto más insólito en la playa de Poble Nou a fin de atraer la atención sobre el pésimo estado de esta playa; un stand para mostrar la solución que proponía la Asociación de Sants sobre la Plaza Salvador Anglada; una exposición de murales con la historia del barrio y denuncia de los culpables del actual estado de cosas en la Maresma; una olimpiada popular ante la falta de centros deportivos que había en los Nueve Barrios... Como se ve, en esta imaginación al poder de los barrios, la paradoja —primera piedra de escuela donde no la hay ni soñadamente, montería de ratas, olimpiada por ausencia del deporte— es constante. En la campaña contra las basuras que invadían prácticamente Can Clos, la Asociación de Vecinos de Nuestra Señora de Port, y como contraste, empleó, sobre todo cuando llegó la hora de la barricada humana, más audacia que imaginación, nada de paradojas.

Las asociaciones de vecinos vinieron a nacer como protesta de los sectores populares ante la explotación de la clase de vida en sus lugares de residencia. Sus planteamientos tienen un enorme paralelismo con los llevados a cabo por los obreros en las fábricas. No se olvide que los sujetos que sufren parecidas explotaciones son los mismos.



Si los centros parroquiales tenían su local o sede en las iglesias, los centros sociales en los bajos o tiendas de los nuevos bloques, los clubs deportivos en los bares y los coros en las tabernas, las asociaciones de vecinos nacieron sin sede...

Candel: Por lo general.

Yo: Sí, por lo general, siempre por lo general; todo cuanto digo es siempre por lo general. Las asociaciones de vecinos carecen de patrimonio económico y de terceras tapaderas, sustentándose con las cuotas de sus socios, pequeñas cuotas y pocos socios, de veinticinco a treinta pesetas mensuales y de trescientos a quinientos socios corrientemente. Multipliquen y hagan cuentas, que yo no tengo ganas, y verán que no hay ni para pagar el más mediano alquiler de cualquier local que no llega ni a medio decente. Incluso, a veces, y estando dichas asociaciones dispuestas a financiarse un local, quienes tenían que alquilarles tales bajos no se hallaban en buena disposición para hacer el gesto. Un vago miedo inexplicable por la conflictividad que planteaban las asociaciones y sus emanaciones o

tufos políticos, las hacía indeseables al ciudadano timorato. Esto ocurría sobre todo al principio, hace unos años.

Son muchas, muchas, las asociaciones que no disponen de local social, otras lo tienen chiquitito y poca cosa, costándoles un ojo de la cara, de esa cara física que no tienen pero que siempre la están dando, y otras aprovechan los locales que les ceden otras antiguas entidades que hemos ido aludiendo más que describiendo a lo largo del dictado, sobre todo las parroquias. Así nos hallamos con antañonas entidades que están en los barrios pero no viven los barrios, disfrutando de amplios locales que no saben utilizar, mientras las unidades combativas viven sin techo, o algo así como en hospedaje volante, hoy nos ceden el local para una asamblea éstos y mañana nos lo dejan aquéllos. Y esto es grave, pues los locales aglutinan a la gente y la carencia de ellos la dispersa.

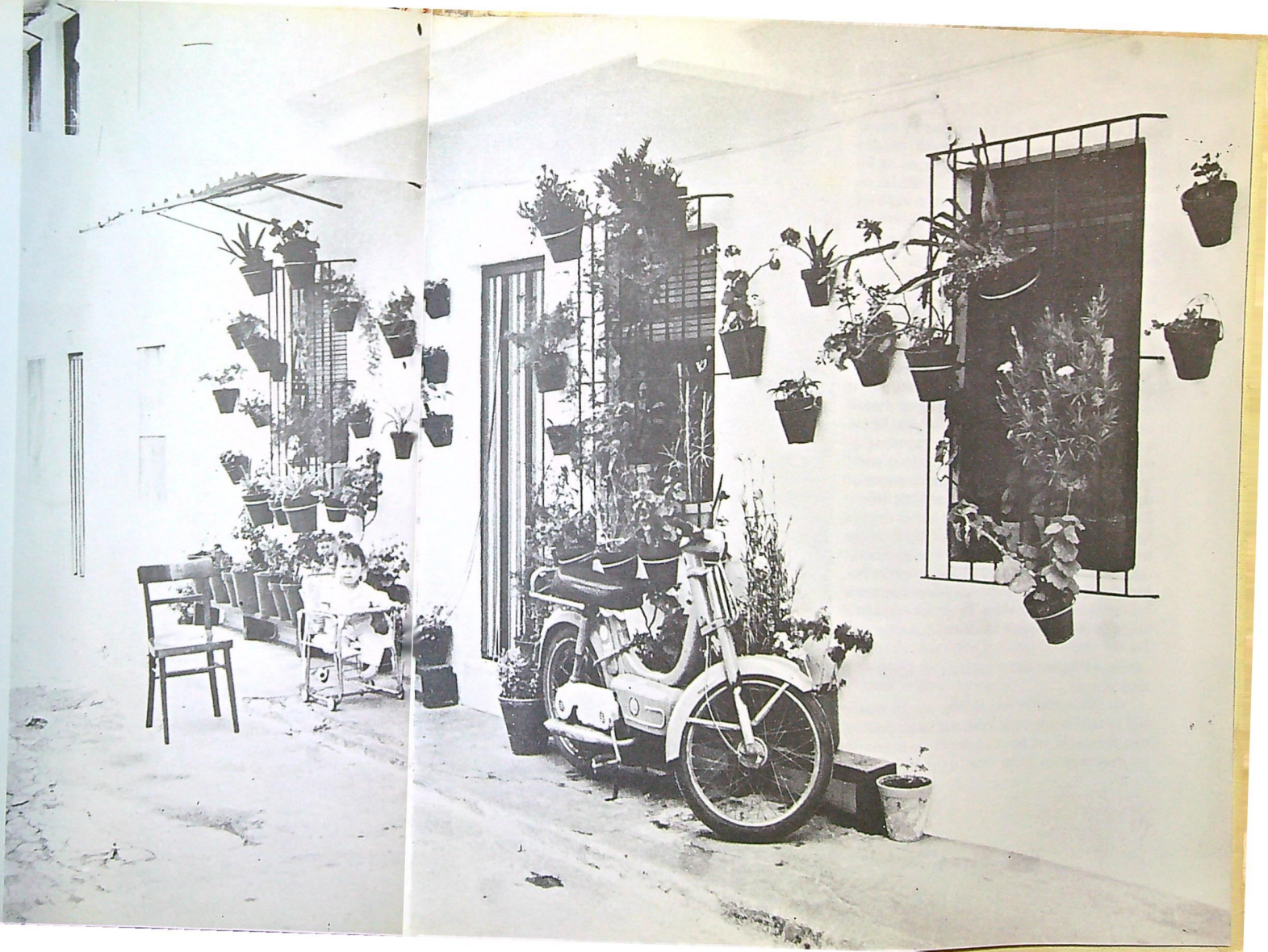
Candel: Oye, si no abrevias, no acabarás el libro nunca; lo que acabarás es el espacio que nos cedió el editor.





Las asociaciones de vecinos son la recuperación de la vida colectiva en las barriadas, creo que ha dicho María Angels Rivas, presidenta de la asociación de ese tipo de los barrios de Nueve Barrios, y eso pese a los cuatro gatos y el cabo que, generalmente, siempre generalmente, a la orden, mi general, las componen y las gobiernan. Aún, esta de Nueve Barrios, es de la que más pita. Incluso tiene su localito social. Pero hay muchas otras...

Los centros sociales, por ejemplo, los que han podido prevalecer, o volver por sus fueros, por decirlo así, han ejercido una labor de base más directa, o más directamente, unas veces con más autenticidad, pero otras con más paternalismo; las asocias de vecis han hecho, más que otra cosa, una labor de representatividad y de enfrentamiento con los poderes totales a través de los medios jurídicos que les da su legalización, una especie de legalización carimástica que, no sabes bien por qué (Candel: Hombre, creo que sí se sabe por qué: por su nacimiento independiente de otros organismos que no te tutelan), las hace parecer más legales que las otras organizaciones o asociaciones aunque también estén pasadas por ventanilla. Y quizá por esa especie de corporeización —tener cuerpo y densidad— que han alcanzado, este ser ellas sin tener a





nadie detrás, a pesar del mucho ruido y pocas nueces que a veces, infinidad de veces, muchas veces, muchísimas veces, arman o tienen, se les teme y vigila más que al resto de entidades de barrio, son más temidas y vigiladas, o vigiladas por temidas, por los vigilantes que vigilan estas cuestiones. Resultando así que sus más acérrimos enemigos los tienen en los mismos que las autorizaron y dieron vida: los gobiernos civiles y los ayuntamientos, o en quienes deberían colaborar con ellas: los concejales, las fuerzas vivas de la población y las fuerzas armadas, tanto gubernativas como municipales, quienes no toleran voces discrepantes en el concierto que autoridades, administración y celadores prefieren sean los hormigueros de los barrios, a quienes desean más como colmenas que como avisperos. De ahí su rabia contra ellas, incluso por parte de la ultraderecha, que ha cometido vandálicos atentados contra las que más significativa y revolucionariamente se han retratado, tal la de Nueve Barrios y alguna otra, a las que de vez en cuando han desmantelado tales bárbaros. No atacarán en cambio, no, a la que funciona —lo de funcionar es un decir— en el barrio Sudoeste del Besós, que pertenece a la Falange, dicen unos, o a la Guardia de Franco, dicen otros, todos, unos y otros, pioneros de este Oeste del Sur o de este Sur del Oeste.

Candel: Repito, si no abrevias no acabarás el libro nunca.

Yo (francamente angustiado por lo mucho que se tendría que decir, pero que ya no censura, sino el espacio, no nos deja decir): Un momento, un momento; un poco más, un poco más...



A las asociaciones de vecinos les costó trabajo —por lo general, siempre por lo general— ganarse su merecido liderazgo —por lo general, siempre por lo general esto del liderazgo, no lo del merecido— en las luchas prácticamente callejeras de los barrios. Si no todas eran falangistoides como la mentada, sí había las que eran y son sumamente conservadoras. Compuestas por comerciantes y honorables vecinos sólo servían para trámites de engalanaduras callejeras cuando algún festejo o inauguración. Por esto eran llamadas despectivamente “bombilleras”, ya que sólo servían para colocar bombillas. Durante un tiempo...

Candel: Corta ese rollo, que eso no interesa demasiado.

Yo: Bien. Las asociaciones combativas de los barrios suburbanos se llevaron al fin el gato al agua comiéndose a los bombilleros cuando supieron copar incluso la Federación de Asociaciones de Vecinos. ¿He cortado bien así?

Candel: Sí, pero abrevia, abrevia, o no acabarás el libro nunca.



Poco queda por decir, o mucho queda por decir de este rico nuevo caro elemento acaparador y polarizador de la conflictiva vida de barrios...

Candel: Hala, qué frase.

Con todas sus dificultades, las asociaciones de vecinos han podido posibilitar protestas legales, convocar a la prensa, movilizar en pro de los barrios a colegios de profesiones liberales, auspiciar acciones paralegales, mantener asesorías jurídicas que las han orientado y han orientado al barrio a través de ellas —esto ha sido importantísimo—, plantando cara, de ese modo, a cuestiones de envergadura, atacando planes parciales y comarcales de urbanismo y constituyendo incluso un ariete que llega...

Candel: Un ariete era una máquina empleada para batir murallas.

...que llega a conmovir concejalías y municipalidades. Pueden pleitear. La Asociación de Vecinos Collblanc-Torrassa que como dijimos surgió a raíz de un plan parcial que no les convenía, pudo llevar al propio Ayuntamiento de Hospitalet al Contencioso-Administrativo de Barcelona y luego ante el Tribunal Supremo a causa de ese plan que la Corporación municipal había aprobado para el sector.

Pese a todo esto se ha observado cierta o mucha reticencia entre el vecindario en incorpo-

rarse a ellas. Aparte de la negligencia, apatía y aborregamiento —aborregamiento, ¿por qué no?— de los habitantes que nos habitan, había también una desconfianza propia hacia esa propia legalidad que las potenciaba. La gente siempre ha desconfiado del poder y de los que mandan. Su reflexión era ésta: si las asociaciones de vecinos estaban autorizadas o legalizadas por esos que ellos consideraban instintivamente sus enemigos, éstos autorizados no podían ser cosa seria y fiable. Así de sencillo y razonable. ¡Toma, Jeroma!

Las asociaciones de vecinos y los centros sociales se han visto mangoneados y manipulados por partidos políticos. Esto, que es bueno, también ha sido malo. Han creado pugnas y rivalidades, sobre todo entre los mismos organismos de un distrito o sector, y han asustado a timoratos y a elementos que, por precaución y pocas ganas de complicarse la vida, no se meten en nada, pero que en esto aún se hubieran metido. Los políticos han olvidado a menudo que ellos, sus ideas y sus partidos tienen que estar al servicio de los barrios a través de sus entidades, pero nunca estas entidades a su servicio para hacer proselitismo en los barrios.

Candel: No te pongas enfrente de la clase política que te caparán.

Estas rivalidades de grupos políticos han in-

validado muchas veces las luchas de barrio, sobre todo cuando se ha ido en pos de la reivindicación absoluta y abstracta olvidando la reivindicación inmediata y concreta. Los políticos han hecho suyo, por lo general, siempre por lo general, aquello de que el que mucho abarca poco aprieta. Pero por otro lado han posibilitado y positivizado el no encerrarse en una concepción parcial del barrio, sino que han conectado y han hecho conectar con otras realidades inherentes a los habitantes de los barrios por su calidad

de clase proletaria, como ha sido el paro y el despido obrero, amparando y alentando a los trabajadores de una fábrica asentada en su demarcación aunque estos obreros no habitaran en su distrito, o muchos de ellos no fueran de allí. (Candel: Pese a lo interesante del tema, sigue abreviando o no acabarás el libro nunca.) Posiblemente la falta de "normalidad" política haya sido el elemento más potenciador de las asociaciones de vecinos. Posiblemente, posiblemente...





Con la muerte del general Franco, los barrios han entrado en esa enfervorizada ansia democrática del pueblo español. Los barrios somos más pueblo que nadie. Los gerifaltes políticos tienen los ojos puestos en nosotros. Para los de izquierda somos una potencia y una potenciación; para los de derecha, una especulación demagógica que a la hora de las realidades —luego de habernos exprimido— olvidarán.

Nuevos movimientos de barrio o más movimientos de barrio desbordan a las entidades citadas. Donde no pitan o no son suficiente las asociaciones de vecinos y los centros sociales, se montan asambleas democráticas aunque sea en plena calle. Fuerzas sindicales como CCOO, CNT, UGT, USO, convulsionan todas las zonas industriales, que es donde, más que generalmente, andamos nosotros asentados. Los partidos políticos de la izquierda están representados en todas las entidades y en todos los barrios, o más que representados, figuran. En las poblaciones que no existen o no proliferan las asociaciones citadas —en sus barrios—, han funcionado o funcionan otras, como asociaciones de padres de familia, asociaciones de padres de alumnos, asociaciones de amas de casa, comunidades populares, yo qué se.

Generalmente, siempre generalmente, claro, y en una zona de barrios donde surgen varias en-

tidades o movimientos —¡tantas!, ¡tantos!—, a veces, y como hemos indicado, existen tensiones políticas y afanes de vedetismo por parte de sus componentes. Todos tiran de un lado y de otro del problema en juego, con lo que el problema lo estiran y lo alargan. Las tiranteces existen hasta cuando cierto sentido común aúna empujones, esfuerzos y voluntades. El día que todos estos organismos carburen a un mismo ritmo y en igual dirección seremos una fuerza rugiente, potente e imparable...

Candel: —

Yo: No digas nada. Ya he acabado. Déjame que eche una pequeña arenga.

#### PEQUEÑA ARENGA

Asociaciones, centros, entidades, organizaciones de barrio, organizaciones de nosotros, organizaciones y centros de la clase que seáis, no queráis crecer y engordar vosotros solamente. No queráis ser los abanderados de la zona. No

queráis que el barrio os sirva a vosotros, que nosotros os sirvamos a vosotros. Servid vosotros al barrio. No busquéis prestigio, sino solucionar. No boicoteéis a los otros haciendo vuestro aquel nefasto slogan de que el que no está conmigo está contra mí. No os dejéis manejar por ajenos al barrio. Velad y defendad a los barrios y velaréis y defenderéis todo lo demás.

Vecinos, no acudáis a las entidades de vuestros barrios solamente cuando os atañe el problema más o menos general pero que para vosotros se ha convertido en concreto y particular. No las abandonéis luego, solucionado o no, ni siquiera por esta última causa. Id también a ellas cuando luchan por problemas de otra parcela del sector que no es la vuestra. No os encerréis en el me sirve o no me sirve. Sed generosos para con vosotros y para con los demás.

Político, no políticos hasta desangrarlas las luchas y reivindicaciones de barrio.

Finalmente, intelectual, universitario, artista, lo que seas, elemento ajeno a los barrios, que has ido a ellos subyugado por esa fuerza de atracción que tenemos las zonas populares, que

tiene el dolor, la miseria y la pobreza, no quieras ser más sabio que sus habitantes. Ve a ellos —a nosotros— con humildad o no vayas.

Candel (aplaudiendo): Clas, clas, clas, clas...

Yo: ¿Cuánto tengo que pagarte por la transcripción?

Candel: Nada. No faltaría más. Porque tú no has alquilado mi voz. Yo no te la he prestado. Te la he dado. ¿Quién más y mejor que tú tenía derecho a ella?

Yo: Gra... (Ha ido a hablar, pero llora.)

Barrios, a 26 de octubre de 1976





